



Sophie Saint Rose

Barreras

del

Pasado

Barreras del pasado
Sophie Saint Rose

Ava Rawson intentaba reconstruir su vida después de que su novio la dejara plantada en el altar ante trescientos invitados. Lo único que le quedaba era la herencia de su abuela y había llegado la hora de tomarse tiempo para pensar sobre qué quería hacer con su vida. Pero su llegada a Friedman Valley le demostró que sus nervios no estaban destrozados del todo, porque conocer a Sean y a sus nuevos vecinos fue la gota que colmó el vaso.

INDICE

[Barreras del pasado](#)

[INDICE](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Dos meses después](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

Capítulo 1

Ava intentaba contener los nervios rodeada de los familiares de su prometido. Miró al cielo con sus ojos verdes al borde de las lágrimas, porque parecía que iba a llover y era lo que le faltaba.

—No, te preocupes —dijo su suegra forzando una sonrisa hasta formar una mueca—. Llegará enseguida. Seguro que ha habido un problema con el coche.

—Señora, llevamos esperando casi una hora —dijo su amiga Berti fulminando a la mujer con su mirada—. ¿Por qué no coge el teléfono? ¿Fallan las líneas telefónicas?

—Oh, Dios mío —susurró Ava llevándose la mano al vientre agarrando la tela de su impresionante vestido de novia estilo princesa, sintiendo que su corazón latía como loco—. Me estoy mareando.

—¡Ni se te ocurra desmayarte! —Berti la cogió por el brazo sujetándola.

Su suegro se acercó pálido con el sacerdote, que ya llevaba la sotana blanca para el matrimonio. —Querida, deberíamos hablar con los invitados. ¡Llevan una hora sentados y no sé qué hacer!

—¿Y me lo pregunta a mí? —gritó medio histérica—. ¡Pregúnteselo a Greg! ¿Dónde está?

—No podemos localizarle. —El hombre muy nervioso se pasó la mano por la frente. —Temo que no venga.

—¿Y su amigo? El padrino —preguntó su amiga agresivamente—. ¡Seguro que está con él!

—Albert tampoco contesta al teléfono.

—Dios mío. —Ava se giró porque no podía ni mirarles, llevándose las manos a sus rizos pelirrojos recogidos en un primoroso moño. —¡Me ha plantado!

Sintiendo que iba a vomitar en cualquier momento corrió hasta uno de los setos, echando el poco desayuno que había podido comer, nerviosa por casarse con el amor de su vida. Berti la sujetó por la cintura abrazándola. — No te preocupes. Nos iremos a casa y mataré a ese cabrón.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¡Me ha dejado plantada! —repitió incrédula sin poder decir otra cosa.

Berti se volvió y gritó —¡Nos vamos!

—¿Y si esperamos...? —Berti miró a su suegra furiosa. —Sí, creo que lo mejor es que se vaya a casa.

La organizadora de la boda se acercó corriendo con los cascos puestos y habló con su suegro atropelladamente. Ava apartándose de su amiga, corrió hacia ella. —¿Qué ocurre, Lisa? ¿Dónde está Greg? Ha ocurrido algo, ¿verdad?

—Siento decirte esto, Ava. Se suponía que tenía que estar aquí hace una hora y como no había llegado, envié a mi ayudante para comprobar si estaba bien. No se ha subido al coche que tenía que recogerle, que llegó a su hora, y al entrar en su piso porque nos ha abierto el portero... —Miró a su suegro que asintió para que continuara. —Las maletas de la luna de miel no estaban y los billetes tampoco. He llamado al aeropuerto y ha cambiado los dos billetes a las Maldivas por dos billetes a París. Se ha ido hace veinte minutos.

—¿Has dicho dos? —dijo sin aliento pálida como la muerte—. ¿Has dicho dos? —repitió gritando porque nadie le contestaba.

—No sabemos quién era el otro pasajero. No han querido darnos esa información.

Se tambaleó hacia atrás y todos fueron a intentar sujetarla, pero ella gritó —¡Estoy bien!

Berti le hizo un gesto a su marido cogiéndola del brazo y Armando bajó los escalones de la Iglesia con su hijo de tres años para abrir la puerta de la limusina negra.

Mirando sin ver, se dejó llevar hacia los escalones sin poder creérselo. Greg había sido quien había insistido en esa boda de trescientos invitados! Ella quería casarse en la intimidad con pocos amigos y conocidos. Su suegra la había prácticamente obligado a casarse con un vestido de novia que

llevaría una princesa. ¿Había consentido todos sus caprichos y ahora la dejaba plantada? ¿Después de dos años de noviazgo? Impresionada se sentó en la limusina con Berti a su lado que le acariciaba el brazo sin dejar de abrazarla.

Ni se dio cuenta que llegaban a su piso en la veintiséis este. Se dejó llevar casi en estado catatónico. Ni se daba cuenta de que estaba llorando y cuando la sentaron en el sofá miró a su alrededor sorprendida porque su salón estaba lleno de regalos y cajas abiertas. Vio una figura de cristal que representaba una mariposa. Se la había regalado una compañera de la revista y le había encantado. Ahora tendría que devolverla. Tendría que devolverlo todo. Que se preocupara por eso la hizo reír histérica sin dejar de llorar y Berti le susurró a su marido que llamara a un médico. Armando dejó al niño sobre la alfombra antes de sacar el teléfono muy preocupado.

Berti se sentó a su lado limpiándole las lágrimas que habían corrido su impecable maquillaje. —No te preocupes, ¿me oyes?

—¿Has visto que figura tan bonita? —Señaló la figura de cristal. —Greg había dicho que la pondríamos en la mesa del salón. —Abrió los ojos como platos. —¡Dios mío, he firmado la hipoteca de la casa nueva! —Empezó a hiperventilar. —¿Cómo voy a pagarlo todo sola? —El pánico comenzó a invadirla y Berti le gritó que respirara. —¿Me ha engañado? —susurró antes de perder el sentido.

El abogado le puso delante los papeles de la compraventa. —Siento que todo haya salido así, Ava. Has perdido la herencia de tus padres con todo esto.

Reprimiendo las lágrimas cogió el bolígrafo de oro y firmó la venta de la casa que había comprado para su vida de casada. Confiando en su prometido, que tenía otra hipoteca con la revista que dirigía, se dejó convencer porque como ella no tenía ninguna carga, debía solicitar la hipoteca sola. Ava, como una estúpida, había puesto como aval su piso, herencia de sus padres, y ahora lo había perdido todo. Tres meses después de ese horrible día, le pasaron una orden de embargo sobre su piso y tuvo que malvender las dos casas para pagar las deudas más los intereses de su retraso. Había hecho un negocio redondo.

—Todo no. Me queda la casa de mi abuela en Texas. —Forzó una sonrisa porque odiaba que sintieran pena por ella. Desde que Greg había desaparecido la miraban como si fuera una sombra de sí misma. Ella que siempre había sido admirada por su tesón y su trabajo, envidiada porque tenía un novio que todas deseaban, lo había perdido todo por confiar en él.

El abogado le entregó el contrato al notario, que asintió revisándolo. — Con esto se liquidan sus deudas, señorita Rawson. Muchas gracias.

—No, gracias a usted. —Se levantó mostrando su extrema delgadez bajo su vestido azul oscuro. —No se ofendan señores, pero espero no verles más.

Ambos asintieron y ella fue hasta la puerta de caoba poniéndose la correa del bolso sobre el hombro. Cuando salió los hombres se miraron. — Pobre mujer —dijo el abogado—. Perdió a sus padres muy joven, ¿sabe? Tenía apenas diecisiete años y consiguió salir adelante y ahora le ocurre esto.

—Si ha podido superar eso, puede superar esto también. —El notario cogió su carpeta de cuero. —¿Se sabe algo de ese cabrón?

—Se fugó con su secretaria. ¿Se lo puede creer? Dejó a esa maravilla por su secretaria, humillándola ante todos sus conocidos.

El notario apretó los labios yendo hacia la puerta. —Espero que reciba su merecido.

—Y yo.

Sentada ante la ventana de su despacho, miró al exterior esperando la visita que llevaba tres meses pendiente. Greg no se atrevía ni a acercarse a la redacción de la revista por no encontrarse con ella. Seguro que había esperado que dejara el trabajo, pero no tenía pensado darle ese gusto. Había luchado muchísimo para llegar hasta allí y si ese cabrón quería que se fuera, le iba a sacar hasta el hígado.

Llamaron a la puerta y se volvió en su sillón. —¿Si?

Jason, su secretario, metió la cabeza en el despacho. —Me voy a comer. Parece que está a punto de bajar. ¿Quieres que me quede?

Cuantos menos testigos mejor. Forzó una sonrisa. —No, gracias.

Puedes irte.

Su secretario la miró preocupado y Ava disimulando cogió la portada de la revista. —Deja la puerta abierta, por favor.

—Sí, claro.

Cuando se alejó ella apretó los labios. Sabía que últimamente no era la mejor compañía. Notaba como todos sus conocidos dejaban de llamarla y ahora era la novia plantada que se había vuelto una amargada. Incluso Berti ahora la llamaba menos cuando habían sido amigas desde la Universidad. No le extrañaba. Era una compañía pésima.

Mirando la portada sin verla, pensó que ese hombre hasta le había quitado el entusiasmo por su trabajo. Le importaba la portada un pito y la tiró sobre su escritorio de mala gana justo cuando su ex prometido barra cabrón traidor entró en su despacho en mangas de camisa. Estaba muy incómodo y cerró la puerta mirándola a los ojos con esos ojos azules que la habían vuelto loca. Literalmente.

Nervioso al ver su frialdad se pasó la mano por su cabello rubio antes de meter las manos en los bolsillos del pantalón. —Hola Ava.

Ella levantó una ceja. —¿Hola Ava?

Greg se tensó por su tono. —No quiero discutir.

—Eso está claro, cabrón hipócrita. —Se levantó porque se sentía en desventaja y furiosa siseó —Lo he perdido todo por tu culpa. ¡He tenido que vender el piso de mis padres!

Tuvo la decencia de sonrojarse. —Lo siento.

—¿Lo sientes? ¡Al menos podrías haberme ayudado con la casa!

—¿Eso es lo que te importa? ¿La maldita casa?

—Me importó que me dejaras plantada ante trescientos invitados, pero en este momento lo que me jode es que perdido la herencia de mis padres y que me quedan mil pavos en la cuenta después de pagar todos los gastos. — Greg se sonrojó de nuevo. —Debería demandarte, porque hasta utilizaste uno de los regalos, que he tenido que abonar, para irte con esa zorra de vacaciones olvidándote de todo. Mi abogado me lo ha aconsejado, ¿sabes?

—¿No me digas? ¿Quieres ir por las malas?

Le miró como si no le conociera y se volvió a sentar en su sitio, sin poder entender cómo había sido tan estúpida para estar a punto de unir su vida a la de ese hombre. —Termina de una vez. ¿Qué quieres?

Sacó un papel del bolsillo del pantalón mientras ella acercaba el sillón a su mesa y apoyaba los codos sobre la superficie. —Como por lo visto lo único que te importa es el dinero, aquí tienes medio millón de pavos para perderte de vista.

Asombrada miró el cheque y se tapó la boca con una mano. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin poder creérselo. Al parecer podía seguir sorprendiéndola. —Me estás echando. Con todo lo que he trabajado para la revista. No puedes caer más bajo.

Él se tensó. —Tienes que entenderlo. Verte no es plato de gusto y los rumores corren por la empresa. Uno de los dos tiene que irse y esa tienes que ser tú.

Cogió el cheque y forzando una sonrisa irónica lo abrió para ver que sí que era de quinientos mil dólares.

—Te agradecería que te fueras de inmediato.

—¿Por qué me pediste matrimonio, Greg? —preguntó con la voz congestionada de dolor.

—¿Tú qué crees? —preguntó con un desprecio que le retorció el corazón—. Empecé a salir contigo porque me gustabas, pero lo que me atrajo realmente fue tu fuerza y tu tesón en el trabajo. Aunque debes reconocer que en la cama no nos iba bien del todo. Pero te pedí matrimonio porque era lo que tocaba.

Dios, era un ser tan insensible que ponía los pelos de punta. Cómo la había engañado. —Apuesto que Dorothy es mucho mejor en la cama que yo.

—Eso no lo dudes. —Fue hasta la puerta y la abrió furioso.

—¿Sabes Greg? No me echas por los rumores —dijo levantándose—. Me echas porque al verme la cara, te das cuenta de lo gilipollas e insensible que eres. Pero no te olvides que tienes que mirarte en el espejo todas las mañanas y tendrás que seguir viéndote la cara de cabrón que tienes. —Sonrió dejándole de piedra. —Por cierto, no sé si has tenido el valor de hablar con tus padres. Pero te han desheredado. Gracias por el cheque. Te aseguro que lo voy a disfrutar.

Greg palideció antes de irse y Ava sonrió cogiendo su cheque de la mesa y su bolso antes de salir dando un portazo que rompió los cristales. Varios la miraron asombrados. —Vaya, hay corriente. —Greg, que estaba en el ascensor, la miró con rencor. —¡Por cierto, Greg! Tienes la polla más pequeña que he visto nunca. ¡Parece un cacahuete! —Las risas recorrieron la sala y él se metió en el ascensor. —¡Y no te preocupes! ¡Puedes meterte este trabajo de mierda por el culo!

Varios aplaudieron mientras iba hacia el ascensor como si nada. Greg pulsó el botón de nuevo nervioso. Seguro que pensaba que se le iba a tirar a la yugular. —¡Y otra cosa! —gritó a los cuatro vientos—. ¡La tirada ha caído en estos tres meses! ¡Así que vete pensando en cómo vas a recuperar las pérdidas sin mi ayuda, hijo de mala madre!

Las puertas se cerraron y ella se volvió hacia su gente que la aplaudía y la jaleaba. Hizo una reverencia y les guiñó un ojo antes de salir de la redacción por las escaleras.

Capítulo 2

Pulsó el botón de la radio para que buscara otra emisora, pero solo salía música country. Cuando llegó a una de éxitos de los ochenta sonrió al oír a Madonna y mirando el paisaje empezó a canturrear “Vogue” moviendo la cabeza de un lado a otro. Era lo que necesitaba para cargar las pilas y empezó a cantar desgañitada. Jadeó al ver la desviación en la autopista hacia Friedman Valley. Menos mal que había llegado. Después de cinco días de viaje en coche desde Nueva York estaba deseando dormir en una cama decente.

Igual era una locura pasar un año sabático en un lugar tranquilo al oeste de Austin, pero después de todo lo que había ocurrido, necesitaba encontrarse a sí misma y cuando Berti le sugirió que debía poner sus cosas en orden, decidió que igual debía empezar por una herencia de su abuela que no había visitado nunca. Era extraño haber heredado una casa de alguien que no había conocido. La abuela Ava, de la que llevaba su nombre, nunca había querido saber nada de ellos. Su madre la había llamado en muchas ocasiones, pero después de cuatro palabras colgaba disgustada por algo que la abuela había dicho. Pero aun así su madre seguía llamando. Recordaba una vez que había llegado del colegio y su madre hablaba por teléfono. Había dejado la mochila sobre el sofá y había escuchado a su madre llorando porque la abuela no quería verla por el pueblo. Ava recordaba que había sentido rencor por la abuela, pero luego se le pasó porque su madre se negaba a hablarle del tema. Simplemente forzaba una sonrisa y le decía que ya se le pasaría. Que tarde o temprano le encantaría conocerla. Pero eso no pasó y la abuela murió un año antes que sus padres al caer de una escalera. Su madre se enteró cuando le llegó una carta del abogado después del entierro. Escuchó como lloraba en su habitación durante días por no haber podido arreglar las cosas antes de su

muerte. Su madre no quiso volver al pueblo de su abuela nunca más y cuando murieron sus padres, ella no tenía ningún interés. De vez en cuando recibía una factura de una empresa que se encargaba del mantenimiento de la casa y ella la pagaba sin preocuparse demasiado. Ni siquiera sabía cómo era y a lo mejor se llevaba una sorpresa.

Pasó por el pueblo y sonrió maravillada porque era encantador. El ayuntamiento de ladrillo rojo con un reloj le recordó el de la película “Regreso al futuro” y la calle principal tenía casas preciosas de estilo victoriano, que le recordaron que allí en otra época había habido una mina de oro que había hecho próspero al pueblo. Decidió detenerse para hacer una buena compra, porque seguro que en casa no tenía de nada.

Aparcó su cuatro por cuatro nuevo ante lo que parecía una tienda de ultramarinos. Sonrió al ver la bandera de los Estados Unidos ondeando en la entrada. Se notaba que allí eran muy patrióticos. Bajó del coche y cogió el bolso. Hacía un calor espantoso y al salir sin el aire acondicionado se notaba un montón. Menos mal que se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes roja. Entró en la tienda y la mujer mayor con el cabello teñido de rubio le sonrió de manera encantadora. —Buenos días, si necesita ayuda no dude en pedirla.

—Muchas gracias —dijo cogiendo la cesta.

Se acercó a la estantería de los cereales y sonrió al ver su marca. Estaba al fondo de la tienda cuando escuchó la campanilla de la entrada y levantó la vista distraídamente para ver entrar a un hombre enorme que se quitaba el sombrero vaquero en ese instante. Cuando dejó el sombrero sobre el mostrador sonriendo a aquella mujer, se quedó mirándole con la boca seca. Estaba de perfil y ella se fijó en su espeso pelo negro. Sus ojos bajaron por su nariz recta hasta sus finos labios. Ava se pasó la lengua por el labio inferior viendo como esos labios se movían. Era el tipo más atractivo que había visto en su vida y trabajando en una revista había visto de todo. El desconocido movió el brazo para apoyar el puño sobre el mostrador y ella sintió que se excitaba admirando ese musculoso brazo. ¡Era imposible que alguien tuviera ese cuerpo! Sin darse cuenta dio un paso hacia él por si estaba viendo mal, dejando caer la lata de salchichas que tenía en la mano. El sonido hizo que el hombre la mirara y al ver sus ojos verdes casi se marea por el deseo que la traspasó. El tipo sonrió mirándola de arriba abajo y Ava casi se desmaya del gusto sintiendo que se le contraía el vientre. Como una adolescente se puso

como un tomate agachándose para recoger la lata del suelo. La metió en la cesta a toda prisa antes de mirar a la estantería de nuevo como si allí estuvieran las cosas más interesantes del mundo. De reojo vio que el tipo sacaba la cartera del bolsillo posterior de sus vaqueros y le entregaba la tarjeta de crédito.

—Sean, no hacía falta que me pagaras la cuenta ahora. Tú tienes crédito ilimitado.

Disimulando pasó a la siguiente estantería y cogió un bote de espuma de afeitar sin darse cuenta. Al ver lo que había cogido, se sonrojó para volver a colocarlo en la estantería a toda prisa. Al mirarle de nuevo, gimió porque la observaba sin cortarse con la cadera apoyada en el mostrador y los brazos cruzados.

—Ya puedes firmar —dijo la mujer sonriendo de oreja a oreja.

Ava decidió que ya había hecho bastante el ridículo y cogió un paquete de tampones decidida a ignorarle. Lo que le faltaba. Colgarse por un musculitos cuando la acababan de plantar en el altar.

Cogió un helado que empezó a comerse allí mismo, porque hacía un calor de mil demonios, y revisó la cesta. Papel higiénico. Le faltaba el papel higiénico. Con la cesta sujeta en su brazo, metió el helado en la boca antes de coger un paquete de papel.

—Hola, he decidido acercarme ya que estás decidida a comprar media tienda.

Del susto mordió el helado con fuerza quedándose la mitad en la boca y metió el paquete en la cesta antes de sacarse el palo de la boca haciendo un gesto de dolor porque estaba muy frío, pero aun así lo masticó a toda prisa antes de volverse. El hombretón estaba tras ella y le sonreía de tal manera que el helado de hielo se le deshizo en el acto. Tragó forzando una sonrisa. —Hola.

—No eres de aquí, ¿verdad? No te había visto nunca.

—Soy de Nueva York.

Él la miró de arriba abajo comiéndosela con los ojos. —¿Y qué se le ha perdido en este pueblo a una chica tan preciosa como tú?

Se sonrojó por el piropo. Era lo que necesitaba. Que un hombre que

estuviera para comérselo le tirara los tejos.

—Voy a tomarme unas vacaciones.

—¿Aquí?

Estaba tan sorprendido que le entró la risa y él dio un paso hacia ella apoyando el antebrazo en la estantería que estaba a su espalda. Sintió que cada uno de sus poros respondía a su cercanía y separó los labios mirándole a los ojos. —Sí, aquí. He tenido un año un poco duro y necesitaba unas vacaciones.

Él estiró la otra mano y cogió un mechón pelirrojo acariciándolo entre sus dedos. —Pues has venido al sitio perfecto. Lo pasaremos bien.

—Eres muy seguro de ti mismo, ¿verdad? —Sonrió encantada.

—¿Más que uno de Nueva York?

—Más que ninguno de cualquier otro sitio.

Sean se echó a reír asintiendo y se apartó de ella. —Perdona, no quería ser descarado. ¿Dónde te alojas?

—A dos kilómetros de aquí. —Se volvió para ir hacia el mostrador y el hombretón la siguió haciendo sonar los tacones de sus botas sobre el suelo de madera. ¡Madre mía, era el sueño de cualquier mujer! Miró sobre su hombro sonriendo, dejando la cesta ante la mujer.

—A dos kilómetros de aquí. No sé si encontraré la casa.

Ava se echó a reír. —¿Conoces la casa Morris?

Él entrecerró los ojos. —La conozco muy bien.

—Pues ahí me quedo.

—¿Has alquilado la casa Morris, bonita? —preguntó la mujer tecleando en la caja otro producto.

—No, no la he alquilado.

Los dos la miraron atentamente. —Perdona, no me he presentado. Mi nombre es Sean Friedman.

Ella sonrió alargando la mano. —Yo soy Ava Rawson.

Sean perdió la sonrisa de golpe y no le dio la mano. Al darse cuenta de que ninguno le decía nada, ni movía un gesto, se tensó dejando caer la mano.

—¿Ocurre algo? —Miró a la mujer que la observaba como si fuera un insecto maloliente.

—No, no ocurre nada —respondió Sean cogiendo su sombrero—. Tengo que irme. Buenos días.

Asombrada por la decepción, miró su espalda mientras salía de la tienda poniéndose el sombrero.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó sin poder evitarlo—. ¿He hecho algo mal?

—Son ciento seis dólares.

Asombrada miró a la mujer. —¿Cómo dice?

—Si no le gusta el precio, puede irse.

Necesitaba esas cosas y no sabía si había un centro comercial por allí, así que sacó la tarjeta de crédito a toda prisa porque la mujer parecía a punto de echarla en cualquier momento. Hasta ella misma tuvo que guardar sus cosas en las bolsas de papel, porque después de cobrarle la señora no movió un dedo. Había cambiado tanto su actitud que no lo entendía.

—Disculpe... —dijo con las bolsas en los brazos—. ¿Puede decirme qué ocurre?

—Si no lo sabes tú, no pienso decírtelo —dijo con desprecio—. ¿Pero quieres un consejo? —Se encogió de hombros sin saber ni qué decir. —Vuelve a Nueva York y desaparece de nuestra vista. Será lo mejor por tu bien.

Abrió los ojos como platos. —¿Me está amenazando?

—Es una advertencia. Ahora sal de mi tienda y no vuelvas más.

Nunca en su vida se había sentido más indignada. Encima la echaba de la tienda y le prohibía la entrada. Enderezó la espalda antes de salir de allí recordando que no le había cobrado el helado. Claro que se lo había cobrado. ¡Se lo había cobrado con creces!

Metió la compra en la parte de atrás del cuatro por cuatro e iba a cerrar el maletero cuando vio a Sean caminando por la acera de enfrente. Cerró con fuerza antes de cruzar la calle furiosa. —¡Oye! —Él no se detuvo y Ava le cogió por el brazo. —¡Te estoy hablando a ti!

Sean se soltó como si le diera asco su contacto y asombrada le miró a los ojos. —¿Qué coño te pasa?

—A mí no me pasa nada —respondió fríamente—. No te acerques más a mí. ¿Me oyes?

Otro que la amenazaba. Harta puso los brazos en jarras. —¿O sino qué?

Sean apretó los labios y dio un paso hacia ella, pero no se dejó intimidar. —Ava, no querrás saberlo. No sé qué buscas aquí, pero solo vas a causar problemas. Lárgate antes de que te lleves una sorpresa.

—¿Estás loco? ¡No puedes ir por ahí amenazando a la gente! ¡Este es un país libre!

La miró a los ojos. —Este pueblo no olvida y yo aún menos. Debería haber quemado esa puta casa hace años. —A Ava se le pusieron los pelos de punta cuando se alejó de ella.

Una mujer la miraba desde la ventana de la tienda de enfrente cotilleando y cuando se dio cuenta de que la había visto, se apartó a toda prisa como si no quisiera problemas. Le daba la sensación de que había entrado en el salvaje oeste y que le iban a pegar un tiro en cualquier momento. ¡Estupendo, iban a ser unas vacaciones de lo más relajantes!

Cuando llegó la finca siguiendo las indicaciones que el abogado le había dado por teléfono, detuvo el coche bajo el arco que ponía Morris. Según le habían dicho, antes era un rancho de ganado. Su abuela se había deshecho de él antes de morir, pero viendo la entrada debía ser impresionante. Emocionada aceleró deseando ver su casa. Al girar en una curva siguiendo el camino, se quedó algo sorprendida de que estuviera lleno de hiervas como si hiciera mucho tiempo que nadie pasara por allí. Siguió el camino unos quinientos metros admirando el paisaje. Aquello era precioso. Al mirar al frente gritó de la sorpresa al encontrarse con una maravillosa casa de estilo victoriano. ¡Era enorme! Tenía tres tejados en pico y un porche con arcos que algún día debían haber sido blancos. Emocionada aceleró perdiendo la sonrisa poco a poco al comprobar que no estaba tan bien cuidada como parecía desde lejos. La pintura había desaparecido en muchas partes y en otros sitios estaba colgando. Gimió al ver que una de las ventanas

decoradas del primer piso estaba rota. Al mirar las otras ventanas, perdió el aliento al darse cuenta de que todas estaban rotas. Como si las hubieran apedreado. —¿Qué mierda es esta?

Furiosa detuvo el coche y salió de él a toda prisa. Atónita vio que el porche estaba sucio y que aquella casa no había sido mantenida en absoluto. ¡La habían timado durante años! Subió el primer escalón que se rompió por su peso. Hizo una mueca al ver que se había clavado una astilla en el talón. Eso le pasaba por llevar sandalias. Dobló la rodilla y se apoyó en la barandilla para no perder el equilibrio y quitársela. Le resquemaba un poco, pero no iba a morir por ello. Miró hacia la casa y esperaba que no se le cayera encima. Le daba la sensación de que nadie iba a ir a rescatarla.

Posó el pie en el siguiente escalón y comprobó que aguantara su peso antes de seguir subiendo. Sacó la llave que le habían enviado por correo y abrió la mosquitera haciendo una mueca al ver que la red había desaparecido. Metió la llave en la cerradura, pero la puerta se abrió antes de que la girara. Casi se le cae el alma a los pies al ver el estado del hall. Estaba claro que los estudiantes del instituto habían pasado por allí. Había un montón de botellas por todas partes y al caminar hasta lo que había sido el salón vio un pentagrama pintado sobre la chimenea. Apretó los labios al ver el estado de los muebles, que en otro tiempo habían sido maravillosas antigüedades. Al ir hacia la cocina, se llevó la mano al pecho al encontrarse un gato muerto hace ya mucho tiempo, pues estaba casi disecado, colgado por el cuello del ventilador del techo. Pero qué clase de monstruos habían estado en su casa. Asqueada se tapó la boca con la mano y miró hacia las escaleras. No quería ni imaginarse lo que se encontraría allí.

Salió al exterior y sacó su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros. Casi grita de la alegría al ver que tenía cobertura. Llamó a información para que la pusieran con el sheriff.

—Oficina del sheriff de Friedman Valley —dijo una chica comiendo chicle.

—Soy la dueña de la casa Morris a dos kilómetros de la ciudad. Mi nombre es Ava Rawson y han asaltado mi casa. Quiero que venga una patrulla.

—¿Me puede repetir su nombre? —Parecía asombrada y no le dio buena espina.

—¡Ava Rawson!

—Esa casa está abandonada, señorita Rawson —dijo con burla—. Dile a Billy, que como sea una broma, me voy a cabrear. Este número es para emergencias.

—Mira, guapa... ¡O le dices al sheriff que venga cagando leches a mi casa o la que me voy a cabrear voy a ser yo! ¡Soy periodista!

—¿Es en serio? ¿Es Ava Rawson?

—¡Pues sí!

—¿Será zorra? ¿Cómo se atreve a acercarse al pueblo?

Atónita escuchó como colgaba y miró el teléfono sin poder creérselo. Fuera de sí se subió al coche y a toda velocidad volvió a la carretera. Aceleró para llegar al pueblo cuanto antes cuando escuchó una sirena y sonrió con alivio. Aparcó en el arcén y esperó a que el ayudante del sheriff se acercara. Un tipo de unos cuarenta años se acercó con chulería hasta su ventanilla sin quitarse las gafas de espejo y Ava sonrió. —¿Es usted el sheriff?

—Exacto, señorita. Documentación.

—Precisamente iba a verle. ¡Han asaltado mi casa! He llamado a su oficina, pero se debe haber cortado porque ...

—Documentación.

—Oh sí, claro. —Se volvió hacia su bolso y sacó la cartera. Al entregarle el carnet el tipo le hizo un gesto con la cabeza para que bajara del coche. —¿Tengo que bajarme? Si fuéramos hasta mi casa...

—Abajo.

Lo dijo tan fríamente que suspiró porque estaba segura de que ese tipo no la iba a ayudar en absoluto. Resignada bajó y el tipo miró el carnet antes de mirarla a ella. —Así que ha venido a hacer una visita a la casa de su abuela.

—De eso quería hablarle. ¡Me han asaltado la casa!

—Eso es lo que ocurre cuando se deja una propiedad abandonada.

—¡No la he abandonado! ¡Mi madre contrató a un servicio de mantenimiento!

El sheriff levantó ambas cejas. —¿Un servicio de qué?

—Espere que se lo enseñe. —Se acercó al maletero del coche y lo abrió. Revolvió en una de las cajas donde tenía los papeles y sonrió entregándole un papel. —Esa es la última factura. Y como puede comprobar es de principio de mes.

El sheriff apretó los labios. —Así que habían pagado para que la casa estuviera en condiciones. Esta empresa cerró hace años, señorita.

—Eso no puede ser. ¡Me envían las facturas cada principio de mes! —dijo indignada—. Me cobran materiales cada poco, como pintura o tablas...

El sheriff suspiró quitándose las gafas, entregándole el carnet y la factura. —¿Quiere poner una denuncia?

—¿Que si quiero poner una denuncia? Por supuesto que sí. ¡Me han timado!

—No se lo aconsejo. Pero está en su derecho.

—¿Que no me lo aconseja? —No salía de su asombro. —¿Pero qué ocurre en este pueblo? Me cobran de más en la tienda y me prohíben la entrada. ¡La de la centralita de la oficina del sheriff me llama zorra! ¿Y ahora me entero de que me timan y no me aconseja denunciarlo? ¿Qué coño ocurre aquí?

El sheriff metió los pulgares en el cinturón chasqueando la lengua. —No debería haber venido.

Asombrada levantó los brazos. —Vamos a ver... ¿Usted no es el sheriff?

—Lo soy.

—¡Pues quiero poner una denuncia!

—Eso solo ocasionará más problemas.

—Así que tengo que aguantarme, ¿no? ¡No sé quién ha sido, pero me han timado miles de dólares en siete años!

—La entiendo.

—¡Me entiende, pero no piensa hacer una mierda!

—Controle su lenguaje, señorita.

Ella sonrió asombrada. —¡Esto es la leche! ¿Ahora soy yo la que tengo

que controlarme?

—Suba a su coche y vuelva a su casa. No busque líos.

—¿Que yo busco líos? —Incrédula vio que iba hacia el coche patrulla.

—¡Oiga! ¿No piensa ayudarme?

—Buenos días.

La patrulla pasó ante ella y frustrada gritó golpeando la rueda con el pie. Gimió cuando se hizo daño en el dedo gordo, antes de subirse a su coche cojeando. Estaba a punto de llorar de frustración. Ella que había ido allí a relajarse, se encontraba en otra dimensión. ¡Estaba claro que la habían gafado!

Dos horas después cogió una bolsa de patatas fritas y un refresco, sentándose en los escalones del porche porque no sabía qué hacer. No tenía ni dónde dormir, porque todas las camas estaban rotas y no pensaba bajar al sótano para averiguar si había agua caliente. ¿Debería irse a un motel? Vio pasar una ardilla ante ella y aunque las odiaba, no le dio importancia. Estaba claro que había llegado a un punto en que pasaba de todo. Su vida era un auténtico desastre. Mejor dicho, desastre monumental. No tenía trabajo, no tenía hogar... por no tener, no tenía ni amigos de verdad. Aunque eso era culpa suya porque siempre había estado tan volcada en su novio y su trabajo que solo tenía amistades superfluas. Solo Berti seguía ahí y ella creía que lo hacía más por compromiso que por otra cosa. Si se cayera allí muerta porque la partiera un rayo, nadie la echaría de menos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y sin poder evitarlo miró al cielo casi deseando que ese rayo cayera. Para su pesar el cielo estaba totalmente despejado.

Estaba claro que debía cambiar su vida. Miró el escalón roto. Por algún sitio debía empezar y empezaría por esa casa. Puede que no la quisieran allí, pero si era agradable terminarían por aceptarla e igual alguien le contaba por qué querían que se fuera. Se metió un puñado de patatas en la boca sin dejar de mirar el escalón. ¿Qué habría ocurrido para que la trataran así? ¿Su abuela había vivido con el rechazo de todo el pueblo? Si era así, pobre mujer. ¿Por eso no habría perdonado a su hija por dejarla sola?

Movió la cabeza de un lado a otro. No merecía la pena especular

porque no llegaría a ningún sitio. Lo mejor es que se fuera de compras. Necesitaba mil cosas. Pero ni loca volvería a la tienda de esa bruja, porque se quedaría con sus ahorros y tenían que durarle media vida. ¿Habría un centro comercial por allí?

Mirando por internet a través del móvil, encontró un centro comercial a treinta kilómetros. Sonrió de oreja a oreja. —Perfecto. Vamos allá.

Después de vaciar su coche y de veinte minutos de trayecto, casi llora de la alegría cuando llega al centro comercial y ve una hamburguesería. Se comió un menú completo y con el estómago lleno se sintió mejor. Se pasó toda la tarde de compras y cuando estaba allí vio que un hombre llevaba muchas cosas de bricolaje en el carrito. Se acercó para preguntarle dónde estaba esa tienda y contenta bajó un piso. Adoraba internet.

En la tienda de bricolaje encontró en el tablón de anuncios el número de un hombre que cambiaba cristales. Lo apuntó a toda prisa. Le preguntó a la chica de información de la tienda si conocía un fontanero y la chica sacó una caja de cartón llena de tarjetas de visita. —Sírvase usted misma. Ahí hay de todo. Nos las dejan para estos casos.

—Gracias.

Asombrada cogió tarjetas de todo lo que pudiera necesitar. Fontaneros, electricistas y uno que arreglaba tejados.

Empujando su carrito fue hasta las pinturas y compró seis botes grandes de pintura blanca con brochas y todo lo necesario. El chico le explicó cómo tenía que pintar y le preguntó si tenía escalera. La verdad es que no lo sabía, así que compró una que se podía poner a distintas alturas, que él le dijo que sería muy útil para la fachada. Esperaba que le valiera porque costaba bastante. Compraba todo lo que veía que pudiera necesitar y cuando lo metió en el coche, se alegró de haberlo vaciado de sus cosas porque sino no hubiera podido llevarlo todo. Sudada cerró el coche y volvió a entrar porque aún le faltaban por comprar mil cosas, como productos de limpieza.

Lo más difícil fue decidir qué hacer con las camas y al final se decantó por comprar un colchón hinchable hasta que supiera qué hacer. Después de comprar sábanas y toallas, decidió que estaba bien por un día. Pero vio una radio al salir y como no tenía televisión, la compró.

Volvía a casa comiéndose un perrito caliente muy contenta. Era hora de

arreglar su vida y sabía que estaba en el camino correcto.

Al día siguiente se levantó llena de vitalidad. La tarde anterior se había ocupado de llamar a los manitas y de limpiar la habitación que había decidido ocupar. La más grande de la casa, que tenía unas ventanas en forma de diamante que eran una maravilla. Lo malo es que no tenían cristales, pero afortunadamente no hacía frío. El colchón era muy cómodo para ser hinchable y había sido una buena compra.

Se lavó con agua fría y se puso los pantalones cortos del día anterior para no manchar su ropa de firma. No estaba tan loca. Decidió ponerse una camiseta azul que ya se había puesto bastante y desayunó unos cereales. Empezó a sacar muebles rotos que ya no tenían arreglo, diciendo para sí que era una pena. Los quemaría con toda la madera, porque dudaba que hasta allí llegara la basura. Seguro que había contenedores de reciclaje en algún sitio. Tenía que encontrarlos.

El cristalero estaba tomando medidas a todas las ventanas cuando la vio sacar un sillón con esfuerzo. —¡Señorita, puede tapizarlo!

Miró a aquella cosa de flores que parecía bastante cómodo. —¿Seguro?

—Se lo tapizaría mi cuñado. ¿Quiere que le llame?

—Si me hace el favor...

—Por supuesto.

El fontanero salió rascándose la cabeza antes de ponerse la gorra de nuevo que estaba llena de telarañas.

—Bien, ¿cuál es el diagnóstico?

—Queme la casa y hágala nueva.

—¡Ni hablar! Esta casa tiene carácter. Está algo herida, eso es todo. ¿Cuánto me va a costar?

—Las cañerías son del siglo pasado. No cumplen la normativa y debe cambiar la caldera.

Eso sonaba caro. —¿Debo cambiar los baños?

—Por supuesto. Varias llaves están cerradas. En cuanto meta agua en

esas cañerías, habrá fugas por todos lados. Incluso he encontrado un boquete en uno de los baños. Y en ese boquete se habían llevado la tubería.

Tomó aire para el presupuesto. —Vale, suéltelo. ¿Cuánto?

—Los cuatro baños nuevos y las cañerías con la caldera... Veinte mil más o menos.

Jadeó antes de reír encantada. —¡Veinte mil! Uff, pensé que me iba a decir cincuenta o así.

—Bueno, si quiere le subo el presupuesto.

—¡Ja! —Abrazó al hombre. —Gracias, gracias.

El tipo sonrió. —De nada. No hemos hablado de la cocina.

—¿Usted arregla cocinas?

—Ese cascajo hay que cambiarlo entero.

—¿No se puede arreglar?

—Venga conmigo.

Le siguió hasta la cocina y el hombre abrió una puerta ignorando completamente al gato, que seguía colgado en su sitio. Al ver el moho casi grita de la frustración. —Entiendo.

—No debe preocuparse. He abierto esa pared y no hay moho. Es sólo en los armarios porque no se limpiaron en su momento y ha podrido la madera.

—Bien. ¿Esto también lo hace usted o tengo que contratar a alguien?

—Seis mil y yo se lo arreglo.

—Hecho. —Le tendió la mano y sonriendo se la estrechó.

—Cuando termine, tendrá la casa más hermosa del contorno.

—Yo con tener agua caliente...

El hombre se echó a reír asintiendo y siguió con su trabajo.

Capítulo 3

Dos días después, Ava estaba en el porche lijando uno de los cajones de una cómoda que podía restaurar, cuando se acercó una camioneta negra. Pensó que era uno de los obreros, pero al ver a Sean tras el volante se tensó. Se quitó los cascos que usaba para no escuchar los golpes que la rodeaban y fue hasta las escaleras. Sean se bajó de la camioneta furioso. —¿Has demandado a los Rogers? —gritó muy enfadado.

—Ya estoy harta de que me tomen el pelo. ¡Y te aconsejo que bajes el tono! ¡Estás en mi propiedad!

—¿Cómo te atreves a demandar a nadie cuando no te has preocupado por esto en tu vida?

—Hay algo que se llama ley. ¿Sabes? ¡Y esos Rogers me han timado miles de dólares durante todos estos años! ¡Miles de dólares que ahora tendré que reponer para dejar la casa en perfecto estado! ¡Además, se han perdido recuerdos que eran de la familia por los actos vandálicos de los chicos del pueblo! ¡Debería demandar al ayuntamiento por no ponerlo en mi conocimiento! ¡Todos participasteis en el timo!

La miró incrédulo. —¿Tú hablas de recuerdos familiares cuando nunca pusiste un pie en esta casa mientras tu abuela vivía? ¡Si no la conociste! —le gritó a la cara.

—¡Nunca nos permitió venir! ¡Y no tengo que darte explicaciones!

Se volvió y él la cogió con fuerza del brazo dándole la vuelta. —¡Claro que no! ¡Se avergonzaba de la zorra de tu madre que nos destrozó la vida a todos!

Atónita vio cómo iba hasta su camioneta fuera de sí, temblando por

dentro por el odio que vio en sus ojos. Escuchó unos pasos en el porche y se volvió para ver a Hank, el de los cristales, que sacó un cigarrillo encendiéndolo mientras la miraba. —Menos mal que no me ha visto.

—¿Le conoce?

—Soy del pueblo. Mejor dicho, lo fui hasta que me casé y me mudé. Claro que conozco a Sean, es el dueño de medio estado.

Avergonzada, porque él supiera algo que ella no sabía, susurró —¿Me lo puede explicar?

—¿El qué muchacha?

—¿Qué ocurrió?

Su cara de sorpresa no la pudo disimular y dio una calada mirándola a los ojos. —¿No sabes lo que ocurrió hace veintisiete años? —Negó con la cabeza. —El padre de Sean se iba a casar con tu madre. ¿Eso lo sabías? —Impresionada dio un paso hacia él. —Ya veo que no. Harry fue conmigo al colegio. Nos conocíamos desde pequeños. Se casó muy joven y su mujer murió al dar a luz a su segundo hijo. Murieron los dos. —Miró al vacío pensando en ello. —Fue un funeral que no olvidaré nunca, porque ahí me di cuenta de que Harry no había amado a su mujer.

—¿Cómo se dio cuenta de eso?

La miró a los ojos. —Por cómo miraba a tu madre. Se notaba que la adoraba. No me extrañó que la cortejara un par de meses después. Hubo rumores en el pueblo, pero él era el dueño, así que los rumores cesaron.

—Pero ese hombre le llevaría a mi madre...

—Doce años más o menos. —Sonrió divertido. —Pero Harry era como Sean, todo un hombre. No había una mujer que no suspirara por él. Incluso la mía. —Se echó a reír. —Le pidió matrimonio a Susan antes de un año. Y ella dijo que sí. Tu abuela estaba tan orgullosa. Iba a ser una Friedman. Pero entonces llegó Steve Rawson a hacerse cargo del rancho porque tu abuela ya no podía con todo.

—Mi padre.

—Días antes de la boda desaparecieron y cuando se enteró de lo que había pasado, a Harry le dio un infarto fulminante que le mató. Sean se quedó solo y tu abuela se moría de la vergüenza.

—Dios mío. —Se llevó una mano al pecho pensando en el karma. —
¿Qué fue de Sean?

—Una prima de su padre se ocupó de él hasta que cumplió los dieciocho. No la soportaba. Fue una tortura para él estar bajo su supervisión y que controlara sus finanzas. Era una derrochadora que gastaba el dinero a manos llenas. Fueron once años horribles para él. Iba al instituto y después trabajaba como un mulo para no estar en casa con esa zorra que le amargaba la vida. —Tiró la colilla sobre la barandilla. —Es increíble que se haya convertido en el hombre que es hoy, habiendo perdido a sus padres tan pequeño. Era un niño.

—Y me odia.

—Sí. —La miró a los ojos. —Eso es algo que no va a cambiar. —Se iba a meter de nuevo en la casa cuando se detuvo y la miró. —¿Son felices?

—Mis padres murieron hace años, pero sí. Fueron muy felices. Se amaban con locura.

—¿Murieron? ¿Juntos?

Negó con la cabeza. —Mi padre murió en un accidente en la constructora donde trabajaba y mi madre sufrió un ictus meses después. Siempre pensé que se dejó morir.

—Puede que sea así. Es increíble que los dos perdierais a vuestros padres en tan corto espacio de tiempo. ¿Cuántos años tenías?

—Diecisiete.

—Lo siento. Susan me caía bien.

—Gracias.

El hombre sonrió con pena antes de entrar en la casa de nuevo. Agotada se sentó en los escalones del porche pensando en todo lo que había ocurrido sin que nadie se hubiera dignado a contárselo. Lo sentía mucho por Harry, porque sabía lo que era que te dejaran plantado antes de la boda y lo sentía por su abuela, que debía haber estado muy avergonzada sobre todo ante una comunidad tan pequeña. No quería ni pensar lo que había sentido Sean. Pero como había vivido el matrimonio de sus padres, sabía que se habían amado con locura. Puede que las formas no hubieran sido las correctas, puede que debieran haber hablado con todos antes de irse, pero cómo se iban a imaginar

que a Harry le fuera a dar un infarto. Habían buscado la salida fácil y les había estallado en la cara. Era increíble que su abuela y sus padres hubieran muerto en tan corto espacio de tiempo. Como si se cerrara un círculo.

Pensativa miró al frente durante horas.

Se bajó del coche y el sheriff, que estaba en la acera de enfrente, apretó los labios. Se había puesto un vestido azul de gasa para tener mejor aspecto y su cabello rojo iba recogido en una coleta. Cruzó la calle y sonrió. —Sheriff, hace un día precioso, ¿verdad?

Se acercó a ella. —¿A dónde va?

—A comer algo. ¿Me acompaña?

El sheriff apretó los labios. —No quiero problemas y los habrá.

—Yo no he hecho nada. Mis padres han muerto y no pienso dejar que me pisoteen por lo que ha hecho otra persona. No le dispararon, sheriff. Vivieron sus vidas y estoy segura porque nadie los conocía como yo, que jamás se imaginaron que ocurriría lo que pasó después.

—Hicieron daño a mucha gente, incluida tu abuela.

—¿Y tengo que pagarlo yo? —Levantó una ceja. —No pienso consentirlo. Me han insultado y me han timado. ¡A mí! Que no he hecho nada más que ser su hija. Quiero mi dinero y quiero que me traten con respeto como me merezco.

—No es por ti. Es por Sean. ¿No lo entiendes? Quieren que desaparezcas para que él no sufra la muerte de su padre de nuevo al recordar a tu madre.

Ava palideció. —Pues tendrá que soportarme porque pienso estar por aquí una temporada. —Nerviosa porque no había pensado en eso, fue hasta la cafetería y entró haciendo que todos los que estaban allí se callaran en el acto.

Se sentó en una mesa siendo objetivo de todas las miradas y cogió la carta como si no se diera cuenta. Decidió lo que quería comer y apartó la carta mirando a su alrededor. La camarera estaba en la salida de la barra sin saber qué hacer, así que Ava sonrió mirándola directamente. Resignada se acercó sacando el block de su mandil blanco. —¿Sabe ya lo que va a pedir?

—Sí, gracias. —Cogió la carta de nuevo. —Tienen menú diario, ¿verdad?

—Sí, hoy hay chili.

Sonrió encantada. —¡Estupendo! Hace siglos que no lo como. Y una cola light. Para compensar.

La chica asintió apuntando. Se volvió mientras los demás seguían observando y al mirar hacia la puerta vio que un hombre rubio se acercaba a su mesa. Debía tener la edad de Sean y aunque no era tan musculoso tenía bastante fondo. Él sonrió de manera chulesca, colocando su taza de café sobre su mesa. —Así que la nieta de Ava ha venido al pueblo.

Ella sonrió alargando la mano. —Ava Rawson.

—¿Y cuánto cobras, guapa?

Ava, sin perder la sonrisa, se giró en su silla apoyando el codo en el respaldo. —¿Cuánto cobro?

—Por un revolcón.

Varios rieron a su alrededor sin ningún disimulo y Ava sonrió más ampliamente. —¿Estás insinuando que soy una puta? ¿Me conoces de algo?

—Conozco a las de tu clase y como eres hija de la señora Rawson... — Miró a su alrededor haciéndose el gracioso. Varios rieron y Ava sin perder la sonrisa siguió observándole.

—¿Estás insinuando que como mi madre era una puta, yo también lo soy?

—Exacto.

Se levantó en el acto cogiendo el respaldo de la silla y se la partió en la cabeza, dejando a todo el mundo con la boca abierta al ver que el tipo ponía los ojos en blanco antes de caer tan largo como era al suelo de linóleo azul. Ava sonrió y cogió otra silla antes de sentarse.

—Vaya hostia —susurró un hombre en la barra antes de girarse.

—¿Alguien más quiere hacerse el gracioso?

Varios negaron con la cabeza y la camarera se acercó con el cuenco de chili y una cola. La puerta de la entrada se abrió haciendo sonar la campanilla y el sheriff entró en el local acercándose al tipo del suelo. Chasqueó la lengua

agachándose a su lado y dándole una palmadita en la cara. —Barry, despierta.

Ella cogió la cuchara y miró su comida frunciendo el ceño al ver que algo flotaba sobre el chili y le daba la sensación de que era un escupitajo. Dejó la cuchara sobre la mesa y sonrió al sheriff. —Acabo de perder el apetito. Sheriff, ¿quiere chili?

—Nunca rechazo una comida gratis. —Cogió una silla, pasando del tipo del suelo y se sentó ante ella.

La camarera abrió los ojos como platos viéndole coger el plato y se lo arrebató de las manos. —Mejor le traigo otro.

Ava sonrió. —Mejor traes dos. Y recuerda que no sabrás el que voy a comer, bonita.

El sheriff vio cómo se sonrojaba y la fulminó con la mirada. —¿Sally?

—Ahora mismo se lo traigo.

—Y otra cola. El sheriff debe estar acalorado.

—Sí que lo estoy —siseó mirando a los que allí estaban, advirtiéndoles que no causaran problemas.

Ava sonrió apoyando los codos sobre la mesa. —Y dígame sheriff. ¿Cómo se llama?

—Ben Smithson —respondió con una sonrisa—. Al parecer estás mejorando la casa.

—Ahora estoy arreglando el interior. —Cogió su cola y la miró con desconfianza. No flotaba nada, así que decidió arriesgarse. Bebió de la pajita. —Intento restaurar alguno de los muebles.

—Es una casa preciosa. De las mejores del contorno.

—Gracias.

—¿Y cuáles son tus planes?

Sabía que él hacía todas esas preguntas para que los del pueblo se enteraran de sus intenciones.

—Pues voy a tomarme un año sabático y necesitaba salir de Nueva York.

El sheriff se tensó y ella se echó a reír. —No he robado un banco ni

nada por el estilo. Mi prometido decidió irse de viaje el día de mi boda y como era mi jefe, me echó a patadas.

La miraron con los ojos como platos y ella se echó a reír. —Al parecer la historia se repite.

—¿Es coña? —preguntó la camarera—. ¿Te estás intentando hacer la graciosa?

—¡No! ¡Podéis mirarlo en internet! Incluso hay videos de mis amables invitados. Trescientos. —Chasqueó la lengua cogiendo la cuchara. —El muy cabrón se fue de viaje con su amante con los billetes de nuestra luna de miel. Incluso perdí la casa de mis padres porque habíamos comprado otra casa y tardó tres meses en volver. Sí... todo un partidazo. —El sheriff no salía de su asombro. —Oh, pero mis planes son no hacer nada en un año. ¿He dicho que me echó del trabajo en cuanto volvió? —Asintió varias veces. —Sí, todo un partidazo. —Se echó a reír. —Imagínate mi sorpresa al saber que mi madre hizo lo mismo. —Perdió la sonrisa. —Es para partirse.

—Ha debido ser duro.

—Pero seguro que es para mejor. Me he librado de un cabrón de primera y voy a recomponer mi vida.

En el local no se oía una mosca y forzó una sonrisa metiéndose el chili en la boca. Gimió porque estaba tan picante que los ojos se le llenaron de lágrimas. Tragó a toda prisa y cogió la cola tirando la pajita para beber cuanto antes.

Sally reprimió una risita cuando una lágrima cayó por su mejilla. —La leche. Es para campeones.

Varios se echaron a reír y escucharon un gemido en el suelo. El sheriff se volvió viendo que Barry levantaba la cabeza parpadeando. —Chicos, Barry necesita tomar el aire.

Dos hombres se acercaron y le cogieron por las axilas, sacándole del local arrastrando su cuerpo hasta la acera.

—Así que vas a quedarte un año —continuó el sheriff antes de meterse la cuchara en la boca.

—Bueno, sí. Así arreglaré la casa.

—¿Y después la venderás? —preguntó Sally sin cortarse.

—¡No! Es preciosa... —Miró el plato pensando en ello. —La verdad es que ni lo había pensado. ¿Pero qué voy a hacer con una casa así viviendo en Nueva York? Todo esto es una locura. —Apoyó el codo en la mesa pasándose la mano por la frente, sintiéndose agotada de tanto pensar.

—No hay prisa. Tienes un año para darle vueltas al asunto. —Sally le cogió el plato. —Te traeré unos huevos con jamón.

—Gracias.

—Igual terminas viviendo aquí —dijo el sheriff acabándose el chili.

—No creo que eso pase. Me encanta mi trabajo. O al menos me encantaba.

—¿Y en qué trabajabas?

—Soy periodista. O mejor dicho soy editora. Empecé como periodista en una revista y terminé como editora. Rectifico de nuevo, terminé en el paro.

En ese momento entró un hombre en el local de unos cincuenta años y estaba rabioso. Cuando la vio sentada a la mesa, se acercó con grandes zancadas. —¡Tú, puta! ¿Me has demandado?

—Ahí vamos. —Se volvió para mirarle. —Disculpe, ¿me dice su nombre? Tengo tantas demandas pendientes que no se a cuál se refiere.

—Ava... —El sheriff se levantó cogiendo del hombro al hombre. —Sal de aquí. No deberías hablar con ella.

—¡Soy Matthew Rogers!

—Ah... —Ava perdiendo la sonrisa se levantó. —El timador.

—¿Timador, puta? ¡Nunca te has encargado de nada!

—¡Puede que no porque para eso le pagaba a usted! ¡Me debe veintisiete mil dólares! —Varios murmuraron. —¿Cree que no sé que mi madre le pagaba antes de morir? ¡Lleva once años cobrando por no hacer nada! ¡Si hasta tuvo el descaro de facturarme una caldera nueva! —El tipo tuvo la decencia de sonrojarse. —¡Suerte tiene que no le denuncie por lo penal! ¡Debería ir a la cárcel por la poca vergüenza que tiene! —dijo perdiendo los nervios—. ¿Acaso porque mis padres se fugaran del pueblo, usted puede hacer lo que le dé la gana? Mi madre confió en sus servicios y usted es un aprovechado que ha utilizado esa historia para sangrarme. ¡Espero que el juez le quite hasta el hígado!

Él la miró rojo de furia y siseó —Te vas a enterar, puta. Esto no va a quedar así.

—¿No me digas? ¿Quieres pelea? —Se iba a tirar sobre él cuando el sheriff la sujetó por la cintura apartándola.

—¡Rogers, lárgate de una vez!

La señaló con el dedo. —No te olvides de mi cara.

—¡Sería imposible con lo feo que eres, cerdo aprovechado!

Sally abrió los ojos como platos y chilló tirando el jamón con los huevos al suelo al ver que Rogers levantaba el puño para pegarla. El sheriff le dio un puñetazo antes de que la tocara, haciéndole caer sobre uno de los parroquianos sentados en la barra.

—Te lo advierto Matthew, como te acerques a ella, te voy a detener.

Se pasó la mano por la boca limpiándose la sangre mientras se enderezaba. —¿Ahora la proteges? ¿A esta puta? ¿Después de lo que le hicieron a Harry y a Sean?

—¡Ella no había nacido, imbécil! ¡Ahora lárgate de mi vista antes de que me cabrees!

Rogers miró a los demás y como nadie abrió la boca, salió de allí empujando la puerta de cristal con furia.

—¡Y eso va por todos! ¡Como alguien le haga algo simplemente por el apellido que lleve, se las verá conmigo! ¡Y ahora a ver si puedo comer el postre con calma! ¡Me va a salir una puta úlcera con todo esto! ¡Sally, tarta de chocolate!

Estaba leyendo un libro en el porche, tomando una cerveza, cuando escuchó el motor de una camioneta acercándose a toda velocidad. Miró hacia la carretera tensándose por si era esa bestia de Rogers cuando gimió porque era la camioneta de Sean. Se mordió el interior de la mejilla pasando una hoja intentando no alterarse.

Escuchó como bajaba del coche cerrando de un portazo y caminó hacia la escalera saltando el escalón roto para acercarse a ella. Pasó otra hoja

ignorándolo.

—Al parecer vas soltando tu lacrimógena historia sobre cómo te han plantado en el altar. ¡Si crees que soy tan gilipollas como para creerme eso, estás muy equivocada! —le gritó furioso.

Ava suspiró levantando la vista del libro hacia él. Enfadado intimidaba bastante. —¿Estás aquí por alguna razón?

—Sí. —Metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y le tiró a la cara un papel.

—Muy maduro. —Cogió el papel del suelo y lo abrió para ver un cheque de trescientos mil dólares a su nombre. —¿Y esto?

—Te compro las tierras y la puta casa. ¡Ahora lárgate de aquí!

Ava levantó el cheque para entregárselo, cogiendo el libro de nuevo para seguir leyendo. Como no lo cogía, hizo una bola con él antes de tirarlo al suelo y pasó otra hoja, aunque no tenía ni idea de por dónde iba.

—¡A mí no me engañas! ¡Te has quedado sin trabajo y has venido hasta aquí para que ocurriera precisamente esto!

—No sé de lo que me hablas, pero allá tú con tus pensamientos. —Cogió la cerveza y le iba a dar un trago cuando él se la arrebató tirándola contra la pared.

Ava gritó llevándose la mano a la cara tapándose el ojo. —¡Joder, Ava! —Se arrodilló a su lado apartando su mano, pero asustada se levantó alejándose de él. Sus ojos se llenaron de lágrimas entrando en la casa corriendo. Nerviosa fue al único cuarto de baño que tenía y apartó la mano para ver el cristal verde incrustado sobre la mejilla. Podía haberla dejado ciega por unos centímetros. Reprimió un sollozo porque lo tenía clavado y su mano tembló al intentar quitarlo mientras una gota de sangre caía por su mejilla. Apretó la mano en un puño con fuerza intentando calmar los nervios, antes de abrirla de nuevo respirando hondo.

Sean entró en el baño y ella gritó histérica —¡Fuera de mi casa!

Pálido se acercó y la cogió de los brazos para sentarla sobre el inodoro. —Déjame ver.

Furiosa le golpeó en la cara y Sean la cogió de las muñecas con una mano mientras con la otra levantaba su barbilla. Juró por lo bajo y susurró —

Voy a llamar al médico. No te lo toques, puedes dejarte dentro algún resto.

—¡No necesito tu ayuda! —le gritó a la cara antes de echarse a llorar —. ¡No necesito a nadie!

Sean asintió soltando sus muñecas lentamente y ella fue hasta el espejo y se quitó el cristal dejando ver el pequeño corte que empezó a sangrar con fuerza. Cogió una de sus toallas nuevas y la mojó en agua antes de limpiar su mejilla.

—Necesitas que te pongan un punto.

Cubriéndose la mejilla con la toalla le gritó —¡Fuera de mi casa! ¡Puede que seas el dueño del pueblo, pero esta es mi casa y quiero que te vayas de una puta vez!

Sean apretó las mandíbulas antes de salir del baño dejándola sola. Se echó a llorar porque aquella era la gota que colmaba el vaso. ¿Qué había hecho para tener tan mala suerte? No era mala persona. Incluso en su trabajo la apreciaban a pesar de tener que tomar decisiones duras en muchas ocasiones. ¿Por qué de repente le salía todo mal? Apartó la toalla de nuevo y sollozó porque le quedaría cicatriz. Sorbiendo por la nariz salió del baño y cogió las llaves del coche. Sean estaba en el porche caminando de un lado a otro cuando la vio salir. —Ava, deja que te lleve.

—Púdrete. —Se subió a su cuatro por cuatro y arrancó sin mirarle, saliendo a toda velocidad. Cuando miró por el espejo retrovisor vio que la camioneta de Sean la seguía. Sabía que no lo había hecho a propósito, pero le daba igual. Las consecuencias las pagaría ella. Cuando detuvo el coche frente al consultorio médico, ni se molestó en quitar las llaves del contacto antes de entrar. Una mujer de unos treinta años le sonrió hasta que vio quien era. — ¿El doctor puede atenderme?

La enfermera rodeó el mostrador. —Déjeme ver. —Apartó con suavidad la toalla y susurró —Yo la atenderé. Venga por aquí.

—¿No tiene que verme el doctor? Está muy cerca del ojo.

—No se preocupe. —La llevó hasta una sala. —Súbase a la camilla.

Mientras se subía a la camilla, ella se puso los guantes de látex y se acercó levantándole la barbilla. —No se preocupe. Casi no le quedará cicatriz.

—¿De verdad?

Sean entró en ese momento en la sala y Ava se tensó. —¿Qué haces tú aquí?

—Carla, ¿se los vas a poner tú? —preguntó preocupado ignorándola.

—Sean, sal de aquí por favor. No quiero líos en la consulta.

—Ha sido sin querer y...

Carla le fulminó con la mirada. —¿Esto es cosa tuya? Joder, los tíos no dejáis de sorprenderme. ¡Sal de aquí!

Ava le miró a los ojos. Estaba claro que no podía estar más arrepentido y casi le dio pena cómo le trató la enfermera.

Cuando se fue, la mujer le levantó la barbilla y puso una lupa sobre su pómulo para ver bien el corte. —Es limpio. Te pondré solo un punto para que la cicatriz sea mínima.

—Fue sin querer. Tiró una botella y saltó el cristal.

—Pues debería haberlo pensado antes. Te podía haber dado en el ojo. —Apretó los labios. —Perdona, pero hace poco atendí a una mujer que claramente es golpeada por su marido y me pone de los nervios. —Fue hasta un carrito y cogió una jeringuilla. —No estoy diciendo que sea tu caso, pero también me revienta cómo te han tratado.

—Ahora es más fácil.

—Claro, porque te conocen algo más. Pero es injusto que te traten así por lo que tú no has hecho. —Se acercó con la jeringuilla. —No me malinterpretes. Tu madre actuó mal. Actuó muy mal engañando de esa manera a su prometido.

—Lo sé.

Carla apretó los labios asintiendo. —Vas a sentir un pinchazo.

Cuando se alejó, Ava la vio trabajar cogiendo el hilo y una especie de tijeras. —¿Eres la doctora?

—No, pero estoy acostumbrada a estos arreglos. Hay muchos accidentes al día. Tengo más práctica en los puntos que el doctor Canion.

—Pues es una suerte para mí. —Sonrió y Carla también. Se mantuvieron en silencio mientras trabajaba y antes de darse cuenta le puso un

apósito sobre el pómulo.

—Esto ya está.

—Gracias.

—No ha sido nada.

—Oh, se me ha olvidado la cartera en casa. —Se sonrojó intensamente porque no se había dado cuenta.

—Repito. No ha sido nada. —Carla sonrió. —Bienvenida al pueblo. — Fueron hasta la salida y la cogió por el brazo deteniéndola. —¿Sabes? Antes de morir tu abuela me dijo una vez que le encantaría conocerte.

Sorprendida la miró. —¿De veras?

—Sí, pero no quería ver a tus padres. Sin embargo, le hubiera gustado conocerte. Le pregunté por qué no iba a Nueva York y no me respondió. Pude ver en sus ojos que aún estaba muy dolida con lo que había ocurrido. Una pena.

—Sí. He intentado encontrar una foto suya, pero en la casa no quedaba ningún recuerdo y obviamente mi madre cuando se fugó no llevaba ninguna.

Carla asintió. —Siento no tener una para dártela.

Se encogió de hombros. —Igual hay que dejar el pasado atrás. —Le dio la mano. —Gracias otra vez.

—Cuídate Ava —susurró pensativa viéndola salir.

Fue hasta su coche ignorando a Sean, que esperaba ante la puerta. — Ava, no ha sido a propósito. Lo sabes, ¿verdad?

Se detuvo en seco volviéndose hacia él y le miró a los ojos fríamente. —Lo sé. No te preocupes por esto.

—Por favor, vete del pueblo —susurró cuando se iba a volver.

Harta le espetó. —¡Haré lo que me dé la gana! ¡No tienes derecho a decirme si puedo quedarme o no!

Eso pareció enfurecerlo. —¿No te da vergüenza dormir en esa casa cuando ni siquiera la conociste? ¿Cuándo nunca te preocupaste por ella?

—¿Acaso se preocupó ella por mí? —le gritó a la cara—. ¡Nunca me llamó por teléfono siquiera!

Sean apretó las mandíbulas. —Estaba dolida.

—¿Sabes? Puedo llegar a entender que tú me odies por ser hija de mi madre y porque lo que le ocurrió a tu padre fue horrible. Tuvo que ser muy doloroso.

—¡Ni se te ocurra hablar de mi padre!

—¡No me interrumpas! —Tomó aire sin darse cuenta de que varios los miraban. —¡Como decía, puedo entenderte a ti, pero nadie tiene derecho a juzgarles porque se amaban y lo que ocurrió no podía predecirlo nadie!

Él apretó los puños con ganas de matarla. —Se amaban. ¡Mi padre también la quería y se rieron de él!

Ava asintió. —Lo sé. Y no sabes cómo lo siento, porque sé lo mal que se pasa.

—¡Tú estás viva! ¡No compares!

—Tienes razón. No es comparable. Yo sigo viva y pude gritarle a la cara que era un cabrón. Tampoco tenía un hijo pequeño que sufriera por ello, pero... acércate. —Él frunció el ceño acercando su cara a la suya y Ava se acercó a su oído antes de gritar desgañitada. —¡Yo no había nacido, gilipollas!

Él se apartó llevándose la mano al oído. —¡Ni conocí a tu padre, ni conocí a mi abuela, pero sí conocí a mis padres! Gracias a que se escaparon estoy aquí y aquí me voy a quedar. ¡A ver si se te mete en esa cabeza unineuronal que tienes! —Atónito vio cómo iba hasta su coche y abría la puerta furiosa. —¡Por cierto! ¿Si no me hubiera llamado Ava, me hubieras pedido una cita?

—¿Perdón? —Varios se acercaron muy interesados en la respuesta.

—¿Una cita? ¿Sabes lo que es? —gritó a los cuatro vientos—. ¿Me la hubieras pedido?

—No me gustan las pelirrojas.

Eso la cabreó aún más si eso era posible y entrecerró los ojos. —¡Serás imbécil! ¡Imbécil y mentiroso!

—¿Y tú? ¿Hubieras dicho que sí? No hace falta que respondas, me comías con los ojos.

—No, no te comía con los ojos. ¡Es que nunca había visto hablar a un oso!

Varios se echaron a reír viéndola subirse al coche y con ganas de matarlo arrancó.

Muy alterada sacó el coche y el sheriff tuvo que frenar en seco para no golpearla. Sean puso los ojos en blanco y el sheriff sacó la cabeza por la ventanilla. —¡Ava! ¿Sabes lo que es un espejo retrovisor?

—¡Perdón! ¡Es que estoy tan atontada con Friedman que ya no sé ni lo que me hago! —Varios se echaron a reír a carcajadas y un tipo le dio una palmada a Sean en la espalda, que seguía observándola fijamente. Ella le hizo un corte de manga haciendo reír a su público y el sheriff pitó. —¡Ya voy!

Aceleró dejándolos atrás, mascullando lo imbécil que era ese montón de músculos. Que no le hubiera pedido una cita. Menudo mentiroso. Si hasta le había preguntado dónde vivía y le había dicho que lo pasarían bien. ¡Pues no lo estaba pasando bien! ¡No lo estaba pasando bien en absoluto!

Capítulo 4

Estaba sentada en el suelo del porche pintando de blanco uno de los cajones de la cómoda cuando el fontanero salió de la casa. —Voy a comprar unas cosas que necesito para el baño.

—Muy bien.

—Señorita, ¿está segura de que quiere que todos los baños sean blancos? Va a ser la casa más blanca de Texas.

Sonrió pasando la brocha. —No todo va a ser blanco. —Soltó una risita. —Pero casi.

—Bueno, usted manda. Como ya es tarde, no volveré hasta mañana.

—Hasta mañana, Phill.

Dejó la brocha sobre el bote y se levantó para entrar en casa para hacerse un sándwich. Estaba hambrienta y le molestaba cocinar para ella sola. Echaba la mantequilla en el pan cuando le sonó el móvil. Extrañada porque no se identificaba la llamada descolgó. —¿Diga?

Alguien carraspeó al otro lado y se apartó el teléfono del oído molesta. Volvió a acercarlo para escuchar una voz de hombre. —¿Ava? ¿Estás ahí?

—¿Quién es?

—Soy Sean Friedman. —Ava entrecerró los ojos. —Me preguntaba cómo estabas. ¿Te duele?

—¿Tú qué crees?

—Que sí.

—¿Entonces para qué preguntas?

—¡Porque quería saber si estabas bien!

—¡Estoy bien, gracias!

Él suspiró al otro lado de la línea. —También me preguntaba...

—¡Suéltalo de una vez que no tengo todo el día! —Cogió su sándwich de pavo y le dio un mordisco.

—¿Quieres salir a cenar?

Ava escupió el trozo de sándwich. —¿Me estás pidiendo una cita?

—¡No es una cita! ¡Es para limar asperezas!

—¡En Nueva York si te invitan a cenar es una cita!

—¡Esto no es Nueva York! ¡Los amigos van a cenar juntos!

—¿Ahora somos amigos?

—Te juro que si te tuviera delante te estrangularía.

Sonrió antes de darle un mordisco al sándwich y decir con la boca llena. —Has llegado tarde. Ya estoy cenando.

—¿No me digas? —siseó con mala leche.

—Quizás podamos quedar como amigos otro día. Chao. —Colgó dejándole con la palabra en la boca.

Encantada cogió una cerveza de la nevera y volvió al porche. Dios, qué bien se sentía. Que no le hubiera pedido una cita, ¿eh? ¡No había tardado ni dos días desde lo del cristal! Estaba claro que el roce hacía el cariño. Gimió pensando en lo que sentiría si la rozaba porque solo con una mirada la ponía a mil. Se sentó en una silla que había pintado el día anterior de blanco y apoyó los pies descalzos en la barandilla tomando un trago de la cerveza. Qué satisfacción sentía al haberle dado calabazas. Mañana le llevaría una tarta a su casa. Tampoco había que ser cruel.

Se bajó del coche ante la enorme casa con la boca abierta. ¿Para qué querían una casa tan enorme? La estructura central era de piedra y tenía dos alas en cada lateral con un gran porche que las atravesaba. Era feísima. Mira que ella no era demasiado exigente con la arquitectura, pero aquella casa era

un auténtico horror.

Con la tarta en la mano, abrió la verja blanca y caminó por el sendero de piedra hasta las escaleras en forma de semicírculo que llevaba hasta la puerta principal que estaba abierta.

—¿Hola? —Golpeó la puerta dos veces metiendo la cabeza. —¿Hay alguien en casa?

Eran más de las cinco de la tarde, así que suponía que Sean ya habría llegado del trabajo. Se mordió el labio inferior entrando en la casa. —¿Sean?

—No está.

Se volvió hacia una mujer que debía tener sesenta años y que llevaba un vestido de flores anticuado con un mandil blanco.

—Hola —dijo ella sonriendo. La mujer la miró con odio y perdió la sonrisa. Al parecer era de las que estaban en su contra—. Soy Ava.

—Ya sé quién eres y no puedo entender que tengas el descaro de entrar en la casa del hombre que mató tu madre. Sal de aquí de inmediato.

—No venía a verla a usted, señora como se llame. Vengo a ver a Sean. Ahora somos amigos y le he traído esto.

—¿Amigos? —Jadeó indignada. —¡Sal ahora mismo de esta casa! ¡Sean jamás sería amigo tuyo con todo el daño que le habéis hecho!

—Mire, no quiero conflictos. ¿No está en casa? Pues le espero en el porche.

Se volvió, pero la mujer la agarró por sus rizos pelirrojos, tirándola al suelo de un tirón que provocó que cayera en plancha sobre su espalda. Atontada por el golpe, gimió parpadeando aún sorprendida y gritó cuando aquella loca le dio una patada en el costado con tal fuerza que la dobló.

—¡Fátima!

La vieja estaba fuera de sí dándole patadas una y otra vez hasta que Sean la apartó asombrado sujetándola por los brazos. No se podía mover y asustada miró a Sean que se arrodilló a su lado. —¿Nena? ¿Qué te ha hecho?

Cerró los ojos reprimiendo las lágrimas porque le dolía horrores la espalda. —Llama a una ambulancia. Creo que me ha roto algo. —
Aterrorizada miró sus ojos. —No me puedo mover.

Pálido miró a la mujer que se apretó las manos asustada. —¿Qué has hecho?

Fátima se echó a llorar antes de salir corriendo, pero Sean no le hizo caso para sacar el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Pidió a gritos una ambulancia y cuando colgó le cogió la mano. —¿Qué ha ocurrido?

—Me cogió desprevenida por la espalda. —Levantó el brazo con la intención de tocarse el cabello cuando la traspasó un dolor en la espalda que la hizo gritar de la impresión. Se echó a llorar sin poder evitarlo apretándose el vientre que también le dolía bastante.

—¡Joder! —Sean se levantó nervioso y corrió hacia la puerta. — Llegarán enseguida. Ya verás como sí. —Volvió con ella e impotente al ver que sufría le cogió la mano. —En cuanto lleguen te darán algo para el dolor.

Un espasmo en la espalda la hizo gritar levantando la cadera y apretó su mano con fuerza. —Mueves las piernas. —Le pasó la mano por la frente muy nervioso. —Eso es bueno.

Lloriqueó sin poder evitarlo. —¿Eso es bueno?

Él asintió. —Ya verás, estarás como nueva dentro de nada. —Miró hacia la puerta. —Enseguida llegarán.

—¿No tienes otra cosa que decir? —gritó antes de gemir de dolor. Dios, aquello era horrible.

—¿Me habías traído una tarta?

—Sí, por haberte dado calabazas.

Sean sonrió acariciando su cabello. —No me lo digas, es de calabaza.

—Qué listo eres. —Escucharon la sirena que se acercaba y susurró — No sabes lo que me costó encontrarla. He tenido que ir al centro comercial a treinta kilómetros de aquí.

—Todo un detalle.

—¿A que sí? Me he recorrido sesenta kilómetros para nada.

—Te ha pegado una paliza una mujer de sesenta y cuatro años. Para nada no.

Ella sonrió sin poder evitarlo y Sean le acarició la mejilla que tenía el apósito. —Nena, hay que resolver esto porque una semana más y estarás

hecha polvo.

—Me advertiste.

—No me refería a esto —dijo perdiendo la sonrisa antes de gritar—
¡Estamos aquí!

Entraron en la casa dos sanitarios que ella por supuesto no conocía. Eso la asustó aún más. —¿Dónde está Carla?

—Son los de la ambulancia —le dijo Sean al ver que se asustaba—. Ellos son del hospital del condado. Tranquila.

Se arrodillaron a su lado y uno de ellos empezó a hacerle preguntas. Le pusieron un collarín y al moverla le colocaron una especie de tabla debajo. Cuando la metieron en la ambulancia se asustó al quedarse sola porque Sean no la podía acompañar, pero mirando al techo se dijo que no quería obligarle a ir con ella. Le escuchó hablar con los sanitarios, pero no entendió bien lo que dijo.

Cuando pasaron diez minutos susurró —No me llevan al pueblo, ¿verdad?

—Nos vamos a Austin. Tienes bien la tensión y necesitamos hacerte una resonancia, así que te llevamos al hospital.

Una lágrima cayó por su sien. —¿Sabe? Hace cuatro meses era la mujer más feliz del mundo y lo tenía todo. Un novio guapo, un trabajo estupendo y me había comprado una casa preciosa. Ahora ya no tengo nada de eso. Es increíble cómo puede cambiar la vida en un segundo, ¿verdad?

El hombre sonrió acariciando su brazo y dándole un apretón. —Es una mala racha. A todo el mundo le puede pasar. Ahora está dolorida y lo ve todo negro, pero ya verá como dentro de un mes lo verá todo de color de rosa.

—Un optimista. Lo que me faltaba.

Los dos se echaron a reír.

Cuando entró en el hospital, cerró los ojos mareándose ligeramente. El dolor era terrible y aunque le habían puesto algo, no le parecía que hiciera efecto en absoluto. Un doctor muy joven habló con ella cinco minutos antes de pedir un montón de pruebas a una enfermera. Iba a ser un día larguísimo.

Tumbada en la cama del hospital, con el collarín que tendría que llevar al menos dos semanas, pensaba que no tenía que haber salido de Nueva York. Tenía dos costillas fisuradas, una fuerte contractura en la espalda seguramente al caer en plancha sobre ella y el cuello como si hubiera sufrido un accidente de coche. Eso se lo debía al fuerte tirón de pelo. Medicación y descanso era lo que le había recetado el doctor. Una noche en observación y si todo iba bien al día siguiente a casa. Se abrió la puerta lentamente y Sean pareció aliviado al verla despierta. —¿No te han medicado? Creía que estarías dormida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendida.

—¿Qué hago aquí? Comprobar cómo estabas.

Iba a sentarse en la cama a su lado, pero pareció pensarlo mejor sentándose en una silla. Al estar tan bajo y como Ava no le veía porque no podía mover el cuello, volvió a levantarse sentándose en la cama lentamente. —He hablado con el doctor y dice que no tienes nada grave. Será doloroso unos días y tendrás que tener cuidado, pero te pondrás bien.

—Sí. Seguro que en el pueblo se parten cuando se enteren —susurró sintiéndose muy triste sin saber por qué.

—No digas eso. Seguro que no se alegra nadie de esto. Todavía no sé qué se le pasó a Fátima por la cabeza para hacer algo así. —Parecía preocupado y ella supo lo que iba a preguntar —¿La vas a denunciar?

—¿Tú qué crees? —preguntó agresiva—. ¡No sé qué ocurre en este pueblo, pero os pasáis las leyes por donde no brilla el sol!

—Lo dice la que le partió una silla en la cabeza a Barry.

—Me preguntó cuánto cobraba. —Sus ojos verdes se llenaron de lágrimas y él juró por lo bajo.

—No llores. Estás en tu derecho de denunciarnos a todos.

—Quiero estar sola. ¿Puedes irte, por favor?

—No, nena. No te voy a dejar aquí sola.

—¡Quiero que te vayas! —Hizo un gesto de dolor y cerró los ojos.

—Me quedaré aquí sentado y ni sabrás que estoy en la habitación —

dijo suavemente sentándose en la silla.

Una lágrima corrió por la sien de Ava y furiosa porque la viera hundida, apretó los labios porque ni era capaz de levantar los brazos sin que le doliera.

Dos horas después suspiró sin poder dormirse y él se levantó en silencio saliendo de la habitación. Al fin. Dios, dolía un montón. Intentó mirar el gotero que tenía en el brazo, pero no conseguía verlo. ¿Se le habría acabado? Se abrió la puerta y entró Sean con una enfermera de color que le sonrió. —Al parecer le duele mucho, ¿verdad?

—No puedo dormir.

—He hablado con el doctor y ha aumentado su medicación. Enseguida se encontrará mejor. —Escuchó el sonido de un teclado. —Si le sigue doliendo en un rato vaya a buscarme.

—Gracias —dijo él sentándose de nuevo.

—No tienes por qué quedarte aquí.

—Quiero hacerlo.

Una caricia en la mejilla la despertó y abrió los ojos atontada. —Al parecer la medicación ha funcionado. Nena, te han dado el alta. Has dormido catorce horas.

—¿De verdad? —Sus ojos volvieron a cerrarse sin poder evitarlo.

—He ido a comprarte algo de ropa porque cortaron la tuya. Ava, abre los ojos.

Volvió a abrirlos con pesadez. —Quiero dormir.

—Lo sé, nena. Pero hay que dejar la cama libre. En cuanto lleguemos a casa, sigues durmiendo todo lo que quieras.

La enfermera y Sean la ayudaron a incorporarse. Le dolía mucho menos que el día anterior, pero aun así no podía apoyarse en sus brazos. La enfermera le bajó la bata dejándola desnuda de cintura para arriba, pero a ella le dio igual. Sean apretó los labios al ver los morados en sus costados y le puso una camiseta roja con mucho cuidado.

—Tengo que ir al baño.

La enfermera le bajó las piernas con eficiencia y sujetándola por la cintura la acompañó al baño. Caminaba como un robot, pero estaba tan cansada que ni se daba cuenta de que iba enseñando el trasero bajo la camiseta.

Cuando regresó, Sean se agachó ante ella para ponerle unos leggings cortos negros y sus sandalias antes de sentarla en una silla de ruedas. — Recuerde que tome la medicación cada seis horas y que la revise el médico mañana.

—Iré a ver a nuestro médico en cuanto lleguemos para entregarle la carta del hospital.

—Bien. Si tiene algún problema, no duden en llamar a una ambulancia.

—Gracias —susurró ella dejándose llevar.

Sean la sacó del hospital y vio su camioneta ante la puerta. —Al estar dormida te has saltado el desayuno. Estarás hambrienta.

—No demasiado.

—En cuanto lleguemos comerás algo. Te tocan las pastillas. —Suspiró como si todo le diera igual e intentó levantarse, pero le dio un tirón en la espalda al apoyarse en las manos. —Espera, nena.

Tuvo que dejar que la sujetara por la cintura para levantarla y sonrió. —No pesas nada.

—Muy gracioso.

La ayudó a sentarse en el asiento del pasajero y rodeó el coche a toda prisa. Sonrió mirándola. —Enseguida llegamos.

—¿Quieres dejar de decir eso?

—¿Te está pasando el efecto de la medicación?

—¿Eres uno de esos tíos que hablan y hablan hasta volver loca a una?

—Veo que está pasando el efecto de la medicación. ¿No te he demostrado que puedo estar callado?

—Pues aplícalo de nuevo por favor.

—Entiendo que estés gruñona. ¿Dónde está aquella chica todas sonrisas

que conocí en tu primer día en Friedman Valley?

—Una vieja de sesenta y cuatro años la molió a golpes.

Él hizo una mueca incorporándose a la autopista.

El movimiento del coche le estaba haciendo ver las estrellas. Diez minutos después intentó ponerse cómoda, pero no lo conseguía.

—Enseguida... —Ella le fulminó con la mirada y Sean sonrió sin poder evitarlo.

—No tiene gracia.

—No, no la tiene. —Se echó a reír. —Perdona —dijo rápidamente al ver su indignación—, pero después de todo lo que ha pasado y la pinta que tienes...

—¡Serás gilipollas! ¡En cuanto llegue y encuentre mi móvil para llamar a mi abogado, os vais a enterar!

—Tienes que entenderla, nena.

—¡No me llames nena, imbécil!

—¿Te duele mucho? Te veo algo gruñona.

—En este momento no puedo partirte la cara, pero espera a que me recupere.

—Lo tendré en cuenta. —La miró de reojo. —Entonces de la cita ni hablamos.

Abrió los ojos como platos. —¡No saldría contigo ni aunque fueras el último hombre de la tierra!

—¿Estás segura? Si has ido a mi casa es por algo.

—¡Sí! Para pasarte por los morros que jamás tendría algo contigo. ¡Esa neurona que te queda en el cerebro está algo perdida si cree que saldría con alguien como tú! ¡No me extraña que mi madre saliera corriendo de esta mierda de pueblo! ¡Lo que sí me extraña es que no lo hubiera hecho antes!

—En cuanto dijo esas palabras se arrepintió de ellas y le miró de reojo para ver que apretaba el volante hasta tener los dedos blancos. Sabía que le había hecho daño y se sintió fatal. Ella no era así. ¿Qué le estaba pasando? Se estaba volviendo loca, gritando como una histérica por algo de lo que él no era responsable. Con lo bien que se había portado con ella quedándose a su

lado. Definitivamente todo aquello la estaba superando. Se echó a llorar y se frustró porque no podía levantar los brazos para taparse la cara siguiera.

La mano de Sean cogiendo la suya la hizo hipar de la sorpresa. No podía verla, pero no la rechazó. —Necesitas relajarte un poco, nena. Son muchas cosas en poco tiempo y estás abrumada.

—Lo siento.

—Después de todo lo que has pasado y de lo que te hemos hecho, no te disculpes por favor. Eso es lo que faltaba.

—Yo no soy así —susurró avergonzada.

—Joder nena, si no eres así, estoy deseando conocer a la que eres en realidad.

Cuando llegaron al pueblo, Sean se detuvo ante el consultorio y le dijo —Solo serán unos minutos. Voy a entregarles el informe del hospital y a comprar las medicinas.

—Está bien.

Se bajó del coche cogiendo el sobre y corrió rodeando el vehículo para entrar en la consulta. Mirando al frente se quedó observando el ayuntamiento. Sonrió al ver a dos adolescentes besuqueándose en el banco que había delante y apartarse a toda prisa cuando pasó ante ellos el sheriff. Su puerta se abrió sobresaltándola y gimió de dolor al ver a Carla ante ella. —Perdona, pensaba que me habías visto.

—No te preocupes.

La enfermera la miró de arriba abajo. —Estás hecha una mierda.

—Vaya, gracias. Pero me pilló desprevenida, ¿sabes? Es una viejecita con mucha fuerza, la muy puñetera.

Carla se echó a reír y metió la mano en el bolsillo. —A ver si esto te anima.

Sacó dos fotos y al volverlas vio un grupo de mujeres sentadas a una mesa. Sonreían a la cámara mientras cosían una colcha. —Esta es tu abuela —dijo Carla señalando la mujer que estaba en el centro.

Se le cortó el aliento mirando a Carla a los ojos antes de mirar la foto. Era una foto en color, pero se notaba que era antigua. —Mi madre la tenía en su casa. En aquella época Ava era la presidenta de la asociación de amas de casa. Esa foto debió sacarse hace treinta años o más.

Su abuela que debía tener cuarenta años era pelirroja y tenía los rizos alborotados. Su madre había sido rubia, así que no se había imaginado que su abuela fuera pelirroja. Apretó los labios porque su madre no se lo hubiera dicho. —Se parecía a mí.

—Ella tenía los ojos castaños. Puedes quedártelas. Son unas copias.

La miró emocionada. —Gracias por molestarte en buscarlas.

Carla sonrió. —No ha sido nada. Tengo que volver. Mañana nos vemos. —Le guiñó un ojo antes de cerrar la puerta y Ava volvió a mirar las fotos alejando lentamente los brazos. Al pasar a la otra foto, se mordió el labio inferior al ver que su madre también salía. Mostraban la colcha terminada y pudo ver como su abuela miraba orgullosa a su hija. Era increíble que se quisieran tanto y hubieran terminado así.

Sean entró en el coche dejando la bolsa de papel con la medicación sobre el salpicadero y vio las fotos en sus manos. —Nena, ¿qué es eso?

—Nada. —Volvió las fotos colocándolas sobre los muslos y tapándolas con las manos como si quisiera protegerlas. Él sonrió y tiró de una de las esquinas de las fotos. —No, Sean. Son mías.

—Solo quiero enterarme de que me ocul... —Al ver la foto perdió la sonrisa.

—No tenía ninguna foto de mi abuela y Carla la ha buscado para mí. No sabía cómo era y se ha molestado en buscarla para dármele.

Sean la miró a los ojos muy tenso. —Ha sido todo un detalle. —Se las entregó arrancando el motor. Forzó una sonrisa. —¿Y qué te ha parecido?

—Era pelirroja.

—Sí, y tenía un carácter...

—¿De veras? —La miró de reojo. —Ya claro. Como no iba a tener carácter si no fue capaz de perdonar a su hija.

—Tu madre no solo se fue del pueblo, Ava. Hizo daño a mucha gente. Pero no quiero hablar de eso.

Lo entendía y decidió callarse. Al ver que no iba por el camino que ella cogía para ir a su casa frunció el ceño. —¿Se va por aquí a mi casa?

—Nena, ¿cómo voy a llevarte a tu casa si no eres capaz ni de comer sola?

—¿Y a dónde me llevas? —preguntó sintiendo que el pánico la recorría—. ¿Quieres que me remate?

—No exageres.

—¿Que no exagere? ¡Si cuando estaba sana me ha dejado hecha un cromo, no quiero ni imaginar ahora! Sean da la vuelta.

—He hablado con Fátima y se portará bien.

—¿Se portará bien? ¿Es acaso una niña?

—Ava... necesitas ayuda.

—¡De ella no! —Asustada intentó pensar. —Contrataré una enfermera. ¡A dos enfermeras! —Al ver la casa chilló —¡Da la vuelta!

Aparcó ante la casa sin hacerle ni caso y vio a la psicópata en el porche. Parecía nerviosa. —Tú quieres que me quite del medio, ¿verdad? —gritó fuera de sí.

—Vamos, hora de comer y tomar una pastilla que te deje ko.

—¡Para que me quite del medio!

Sean bajó del coche mientras esa mujer descendía insegura los escalones y él cuando abrió la puerta, intentó patear a Sean para que no la cogiera por la cintura para bajarla. —Preciosa, ya estás mucho mejor.

—Te odio.

La cogió por la cintura con cuidado para ayudarla a bajar y se volvieron hacia Fátima, que al verla se echó a llorar de nuevo antes de salir corriendo hacia la casa tapándose la boca.

Sean la fulminó con la mirada. —¡No he hecho nada! —Él gruñó sujetándola del brazo para llevarla hacia la casa. —Vale, me quedo porque si sale corriendo cada vez que me ve, podré sobrevivir.

—Nena, te quedas porque no tienes más remedio. Si no ya estarías corriendo hacia tu casa.

Era cierto. Le dolió al subir las escaleras y atravesando el hall fueron hasta una impresionante cocina. —Madre mía, ¿cuántos vivís aquí? —preguntó al ver una mesa para unas cuarenta personas.

—Ahora solo nosotros —dijo él ayudándola a sentarse en una silla—. Cuando se hizo la ampliación de la casa mi bisabuelo tenía que mantener a catorce hijos, así que...

—Entiendo que la casa sea tan grande.

Él sonrió sentándose en la cabecera y Fátima asomó la cabeza por la puerta pasándose el pañuelo bajo la nariz. —¿Quieres dejar de llorar, mujer? —preguntó él exasperado—. ¡Discúlpate como Dios manda y ya está! Ava no es rencorosa.

—Ah, ¿no?

—Nena...

Suspiró con resignación mirando a la mujer. —Disculpa que no me levante, pero una loca me ha dejado baldada.

Fátima se acercó tímidamente. —Lo siento. No sé qué me pasó, pero al verte en la casa...

—Pues por tu culpa, ahora me vas a ver hasta en la sopa.

—¡Ava!

—¿Qué? ¿Tengo que callarme? No seré rencorosa, pero tampoco soy tonta. No puedo pegarle porque es una anciana y no puedo levantar los brazos. ¡Al menos déjame decirle cuatro cosas!

Fátima se sonrojó enderezando la espalda. —Bien, estoy lista.

—¿Para qué? —preguntó con desconfianza.

—Para que me digas todo lo que quieras.

—¡Ahora no me acuerdo! —Exasperada miró a Sean que sonreía de oreja a oreja. —¿Puedo comer para tomar la pastilla que me deje ko?

Fátima se acercó a toda prisa a la cocina y cuando les puso delante unos enormes filetes con puré de patatas y guisantes gimió porque era la primera comida decente que veía en días y no podía ni siquiera cortar la carne.

Sean miró de reojo a Fátima que sonrió encantada. —Quizás es una comida algo fuerte para ella...

—Así se recuperará más rápido. —Sin cortarse cogió uno de los filetes que no cabía en el plato y empezó a cortárselo en cachitos como si fuera una niña. —Es algo floja. Mira que estar así por una caída de nada. ¡Si soy una vieja, por el amor de Dios! Si se enfrenta a una de su edad no sale viva.

—Me pillaste por la espalda —siseó con ganas de patear a la vieja.

Fátima chasqueó la lengua antes de coger el cucharón y tirarle encima del filete puré de patatas y encima de la montaña dejó un montón de guisantes. —Ahora a comer.

Ella levantó el brazo lo suficiente para coger el tenedor, pero no podía levantar el tenedor hasta la boca. —Oh, por Dios. Esta niña. —Asustada miró a Sean pensando que la atacaría de nuevo cuando le arrebató el tenedor antes de coger una buena porción de comida y metérsela en la boca. —Come.

Sean reprimió la risa sirviéndose sin quitarle ojo. Cuando tragó vio como le llenaba la boca de nuevo antes de que pudiera respirar siquiera. —No la cebes como si fuera un pavo, Fátima.

—¡Tiene que comer! Está esquelética la pobre. —¡Esquelética! Masticando fulminó con la mirada a la mujer. —No me mires así. No me extraña que te hayan plantado. Ese tipo no tenía dónde agarrarse. —Jadeó mirando a Sean que hizo un gesto sin darle importancia. —Si no tienes ni tetitas.

Se puso como un tomate y se atragantó, pero cuando Fátima le iba a palmear la espalda Sean se levantó cogiéndola del brazo. —En la espalda no.

—Ay, se me olvidaba. —Fátima vio preocupada como Sean se agachaba a su lado y le acercaba el vaso de agua.

—Bebe, nena.

Con los ojos llenos de lágrimas bebió del vaso y cuando lo apartó lentamente tomó aire. —Quiere matarme asfixiándome.

—Será exagerada.

Sean reprimió la risa. —Fátima trae más agua.

Él se acercó a su oído. —Tus pechos son perfectos, preciosa. —La besó en el lóbulo robándole el aliento y se sentó de nuevo en su sitio.

Sonrojada le miró a los ojos y cuando Fátima le volvió a meter el

tenedor en la boca ni protestó sin dejar de mirar esos ojos verdes que eran capaces de subirle la temperatura.

Pensativa siguió comiendo. Estaba claro que Sean quería pasar página y estaba dispuesto a tener con ella una relación sexual. Su actitud hacia ella había cambiado totalmente y ya era el Sean que había conocido el primer día. El Sean que le alteraba la respiración.

Cuando ya no pudo más, miró a Fátima negando con la cabeza lo poco que podía moverla. —Venga, la última.

—No la fuerces. No quiero que vomite. —Sean se levantó. —Se me han olvidado las pastillas en el coche.

En cuanto salió, Fátima levantó una ceja con el tenedor ante su boca. Apretó los labios con fuerza porque no se daba por vencida, pero la vieja le tapó la nariz y jadeó de indignación antes de que le metiera el tenedor hasta la campanilla. Rabiosa masticó y Fátima sonrió de oreja a oreja. —¿Ves como sí podías? Cuando termine contigo, estarás tan hermosa que los hombres harán cola en la puerta.

Gruñó sin dejar de masticar y Fátima riendo le retiró el plato para llevarlo a la enorme pila. Cuando Sean volvió abrió los botes dejando tres pastillas ante ella. —¿Tantas?

—Lo que te han recetado. No soy médico. Abre esa boquita.

Ella lo hizo y Sean le metió una en la boca antes de darle agua. Las dos últimas eran más pequeñas y se las dio a la vez. —Estarás deseando acostarte.

La verdad es que después de esa comida estaba deseando dormir una siesta, así que se dejó llevar hasta la escalera. —Te subiría en brazos, pero temo hacerte daño en la espalda. ¿Quieres que lo intente?

—No.

Sean vio cómo le costaba subir los escalones, porque cada vez que subía un peldaño le tiraban los músculos de la espalda, pero la dejó a su ritmo. Cuando llegaron arriba, él la cogió de la mano. —Ven por aquí.

Fueron hacia el pasillo de la derecha y la llevó hasta una enorme habitación que daba al jardín de atrás. La cama tenía dosel y se imaginó allí a las damas vestidas como en lo que el “Viento se llevó” riendo mientras se arreglaban para una fiesta. Sean la acercó a la cama y susurró —Después iré a

tu casa a buscar algo de ropa. Puedes dormir así.

La sentó en la cama y le quitó las sandalias. Acarició sus tobillos antes de mirarla a los ojos. —Cuando te despiertes, te encontrarás mejor.

—Sí —susurró sin saber ni lo que decía.

Él sonrió incorporándose hasta ponerse a su altura a unos centímetros de su cara. A Ava le dio un vuelco en el estómago al tenerle tan cerca y sentir su aliento sobre sus labios. —Nena, no estás para fiestas.

Confundida dejó que la tumbara con cuidado. —¿Qué?

Sean reprimió una sonrisa. —Te veré cuando te despiertes.

—¿No tienes que trabajar?

—Barry se encarga.

—¿Barry? ¿El Barry al que rompí una silla en la cabeza?

—El mismo. —Ella destapó una pierna, pero Sean frunció el ceño volviendo a taparla. —Ahora a dormir.

—¡Hace calor!

—No quiero que te enfríes.

—¿Cómo me voy a enfriar si estamos a cuarenta grados?

Él frunció el ceño llevando su mano a su frente. —No tienes fiebre.

—Pues no. —Apartó las sábanas y la colcha suspirando. Se le cerraron los ojos.

—Descansa, nena. —Sintió un beso en los labios tan suave, tan perfecto, que pensó que se lo había imaginado. Minutos después estaba dormida de nuevo soñando con ese beso y muchos más.

Capítulo 5

Un silbido en el exterior la despertó y reprimió un gemido de dolor al sentarse en la cama, pero no iba a pegar gritos pidiendo ayuda para ir al baño. Como no podía ponerse las sandalias, salió descalza de la habitación y sujetándose a la barandilla, bajó los escalones palpando los peldaños con los pies, porque no podía mirar hacia abajo para ver donde pisaba.

Cuando llegó abajo, sonrió al ver por la ventana del hall que Sean estaba hablando con Barry en el porche, pero perdió la sonrisa al ver que estaban muy serios. De hecho, parecía que discutían. Se acercó a la puerta principal, que como siempre estaba abierta.

—Debes estar de coña. ¿La has metido en tu casa? ¿A esa zorra?

—¡Es algo temporal! Ha denunciado a Rogers. ¡No quería que denunciara a Fátima también! No sabes cómo la ha dejado. ¡No puede ni levantarse de la cama sola!

Barry sonrió a su amigo que estaba de espaldas a ella. —¡Me hubiera encantado verlo, joder! —Bebió de su cerveza.

Ava apretó los puños dando otro paso hacia la puerta.

—Me niego a ver a Fátima en un juzgado y si tengo que tragarla, lo haré.

—Vaya huevos que tienes. Y vaya huevos que tiene ella al venir a tu casa. Después de lo que te hizo su madre. Menuda hija de puta. —Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas. —Hay que tener cara.

—Ava no tiene culpa de lo que hizo su madre. —Sean estaba muy tenso. —Y Fátima se ha pasado. El médico me ha dicho que podía haber sido muchísimo peor. Si la hubiera demandado podría acabar en la cárcel.

—¿Por un tirón de pelo? ¿No me jodas?

—La pateó en el suelo. Cuando digo que no puede moverse, hablo en serio. En el hospital hablé con un abogado y me ha dicho que hasta puede tener que indemnizarla económicamente por daños y perjuicios. Me revuelve las tripas que se quede con nada de Fátima cuando sólo ha cuidado de nosotros toda la vida. No sabes lo que me costó convencerla para que no le hiciera nada cuando trajera a Ava a casa. Menos mal que al ver su aspecto sintió pena por ella.

Barry se echó a reír. —Debe estar hecha un croco.

—Entre el collarín, que camina como si se hubiera meado encima y el apósito de la cara, parece que ha salido de un accidente de avión. Ni se dio cuenta de que Fátima le había arrancado un mechón de cabello porque no puede levantar los brazos.

—La hostia. —Se echó a reír a carcajadas. —Ahora ya no está tan buena, ¿verdad? ¿Crees que en esas condiciones me hará precio?

Ava reprimió las lágrimas tragando saliva, porque jamás se hubiera imaginado que Sean la humillara de esa manera después de cómo se había comportado. Aunque ahora entendía su cambio de actitud.

—No tiene gracia, Barry. Ahora tengo que tenerla en casa. Me pone malo solo pensar en que duerme bajo mi techo. —Una lágrima cayó por su mejilla. —A tres metros de donde murió mi padre.

Barry le miró preocupado. —Ni su abuela volvió a pisar el rancho después de lo que ocurrió por la vergüenza que le daba.

—Ella no tenía ninguna culpa. La muy zorra incluso se llevó sus ahorros. —Ava abrió los ojos como platos sin darse cuenta de que lloraba. —Casi la arruina. Y tenía el descaro de querer volver después de lo que hizo. Quería más pasta. Eso era lo que quería.

—¿Y esta qué crees que quiere? ¿Te crees que la han plantado el día de su boda?

—¿Estás loco? Es una excusa que se ha buscado para caerle bien a la gente. ¡Si incluso Carla le ha buscado fotos de su abuela, como si a ella le interesara cuando no la conoció en toda su vida! Intenta ablandar a los del pueblo y lo está consiguiendo. Qué pronto olvidan con todo lo que mi padre hizo por ellos. Lo que esta quiere es más dinero por sus tierras. ¿No es mucha

casualidad que haya aparecido después del artículo en el periódico sobre que voy a ampliar mi explotación? Le he ofrecido trescientos, pero no los quiso.

Barry se echó a reír a carcajadas. —¿Trescientos? Esas tierras cuestan un millón por lo menos.

Dio un paso atrás impresionada. —Es más de lo que merece.

—Puede que no sea tonta, amigo. Puede que sepa lo que valen sus tierras.

—De mí no va a sacar más de trescientos por mucho que se empeñe. Ya la ablandaré y firmará encantada, eso te lo aseguro.

Barry malicioso bebió de su cerveza. —Ya entiendo. Te la vas a tirar.

—Cuando acabe con ella, va a salir del pueblo con ganas de correr. Ya me encargaré de ello.

—Quieres enamorarla y destrozarla.

—Si cree que puede venir aquí moviendo el culito y sacarme el dinero después de hacerme recordar el peor momento de mi vida, lo lleva claro. Todavía veo a mi padre tirado en el pasillo con la mano en el pecho.

—Casi me da pena.

—No me jodas. Lo que pasa es que tú has sido demasiado directo. —Se echó a reír. —Mira que dejarte noquear.

—¡Me pilló desprevenido!

Ava se quedó allí de pie intentando digerir la decepción y la pena. Increíblemente se sentía más rota en ese momento que cuando Greg la dejó plantada ante la Iglesia y muchísimo más humillada. Lentamente se volvió y fue hasta la cocina. Fátima estaba cortando algo en la encimera de espaldas a ella y no la vio coger la bolsa de sus medicinas. Fue hasta la puerta y sorbió por la nariz sin darse cuenta de que sus mejillas estaban llenas de lágrimas. Salió al porche tranquilamente y empezó a bajar los escalones de piedra.

Barry abrió los ojos como platos al verla y Sean se giró de golpe. —Ava, ¿a dónde vas?

Ella no contestó y siguió caminando hacia el sendero.

—¡Joder! —Corrió tras ella y se puso ante ella. —Nena, ¿qué haces?

Ava se detuvo para mirarle con sus ojos verdes cuajados en lágrimas.

—Me voy a mi casa. Gracias por tu hospitalidad.

Sean perdió todo el color de la cara. —Preciosa, no sé lo que has oído, pero...

Forzó una sonrisa. —Nada que importe. Adiós, Sean. —Le rodeó y él se llevó las manos a la cabeza viéndola caminar descalza por el sendero.

—¡Ava, no lo entiendes! —Sin hacerle caso reprimió un sollozo y siguió caminando mientras las lágrimas caían por sus mejillas. —¡Ava! ¡No seas loca! ¡No puedes ni levantar los brazos! ¡Ava!

Fátima salió al porche asombrada y miró a Barry. —¿Qué ha ocurrido?

—Que se ha enterado de la verdad. Y la verdad duele.

Fátima palideció antes de correr tras ella. Cuando pasó a Sean le gritó —¿Qué has hecho?

Él apretó las mandíbulas viéndola correr tras ella. Fátima llegó a su lado con la respiración agitada y al ver su rostro la miró con pena caminando a su lado. —Niña, vuelve a casa.

—No tienes que simular que te importa.

—No sé lo que has oído, pero...

—He oído lo que pensaba de mí. —Sorbió por la nariz. —No importa.

—Claro que importa. Detente. Estás muy dolorida y...

—No os necesito. No necesito a nadie.

Fátima se detuvo horrorizada por lo que habían hecho a esa muchacha y se volvió impotente para ver en los ojos de Sean algo que nunca pensaba que iba a volver a ver desde lo que le había ocurrido a su padre. Pánico por perderla. Se tapó la boca impresionada mientras los ojos de Fátima se llenaban de lágrimas porque la niña jamás le perdonaría.

Cuando llegó a su casa estaba agotada y tan dolorida que pensó que no lo conseguiría. Phill salió en ese momento de la casa y al verla corrió hacia ella. —Señorita, ¿qué le ha pasado?

Sonrió cansada y dejó que la cogiera del brazo. —Un pequeño

accidente.

—Déjeme que la lleve hasta la casa. ¿Y su coche? ¿Y sus zapatos? — preguntó asombrado por las heridas de sus pies.

—En casa de los Friedman.

El hombre no dijo nada mientras la ayudaba a entrar en la casa. Se sentó en una de sus sillas blancas y forzó una sonrisa apoyando las manos en las rodillas. Se encontraba fatal pero no podía demostrarlo. —¿Cómo va mi cuarto de baño?

—Está casi terminado —respondió asombrado—. ¿Se encuentra bien?

—¡Claro! En un par de días como nueva. ¿Así que ya está casi terminado?

—¿No pensará quedarse aquí en este estado? —Parecía escandalizado.

—Claro. ¿Dónde me iba a quedar sino? En mi casa estoy muy bien. — Phill no sabía ni qué decir. —¿Ya te ibas?

—Sí, ya me iba. ¿Necesita algo o...?

—No, gracias. Tengo de todo. Vete a casa y descansa. Nos veremos mañana.

—¿Quiere que mi hijo recoja su coche mañana?

—¿Me harías el favor?

—Por supuesto. ¿Por qué no la han traído a casa?

—Oh, no surgió el tema.

Phill apretó los labios con fuerza. —Entiendo. No se preocupe, mi hijo lo traerá mañana de la que venimos. Como es sábado vendrá a ayudarme.

—Gracias, eres muy amable. —Respiró hondo intentando no ponerse a llorar de nuevo. —Hasta mañana, Phill.

—Hasta mañana, señorita Ava.

—Llámame Ava...

—Hasta mañana, Ava. —Fue hasta la puerta inseguro. —¿Seguro que no necesita nada?

—Nada en absoluto. —Su sonrisa era casi una mueca y el hombre

asintió viendo el dolor en sus ojos. —No te preocupes, estoy bien.

Phill asintió saliendo de la casa. Sin moverse de la silla escuchó el motor de la camioneta al encenderse y mirando la pared dejó que el dolor fluyera llorando desgarrada. ¿Cómo podía haber sido tan estúpida? Y lo peor de todo, ¿cómo podía haberse enamorado de él?

Phill le hizo el favor de llevarla al médico al día siguiente y Carla al enterarse de que estaba en su casa sola puso el grito en el cielo. Más aun cuando se enteró de que no tenía ni cama y que dormía en un colchón hinchable. Carla se negó en redondo a que volviera a esa casa, pero ella fue más cabezota aún. Volvería a su casa. No quería la caridad de nadie. Rechazó que le llevaran un somier y un colchón porque no lo necesitaba.

—¡Ava, deja de ser tan orgullosa! —protestó Carla.

—Sólo me queda mi orgullo. Todo lo demás me lo han quitado.

Carla la miró a los ojos durante varios segundos y susurró ajustándole el collarín —No sé lo que ha ocurrido, pero no hay mal que dure cien años. Saldrás adelante.

—Lo sé. Llevo haciéndolo desde los diecisiete años.

—Así me gusta. No dejes que te hundan. ¿Me lo prometes?

—Prometido.

Los tres días siguientes fueron realmente duros. Casi no podía ni asearse y Carla le hizo el favor de ir a su casa a quitarle el punto de la cara y le lavó el cabello. Al verse en el espejo hizo una mueca al ver la cicatriz sonrojada. —No te preocupes, protégela del sol y casi no quedará la marca. —Carla empezó a cepillarle el cabello con profesionalidad.

—Haces esto mucho, ¿verdad?

—Mi madre está enferma y la cepillo todos los días. —Le guiñó un ojo. —Tiene el cabello por la cintura como cuando tenía dieciocho años. Siempre a la misma altura.

—Vaya. Debe dar mucho trabajo.

—Ni loca se lo cortaría, aunque ella no se daría cuenta porque tiene

Alzheimer.

—Lo siento mucho.

Carla sonrió con tristeza mirándola a través del espejo. —Pero de tu abuela se acuerda muy bien. Es extraña esa enfermedad. No recuerda a su hija y recuerda a una amiga de costura.

—Debe ser terrible.

—Sí... Ayer nos pasamos un rato hablando de tu abuela. —Se echó a reír. —Siempre fue una mujer de carácter. Recordó un día siendo aún soltera en que le pegó un puñetazo a un vaquero en el baile de verano porque le tocó el trasero bailando. Me hizo reír porque me acordé de ti en la cafetería con el porrazo que le diste a Barry.

—No sé lo que me pasó. Nunca había pegado a nadie. —Perdió la sonrisa mirando al vacío.

—Llegaste al límite. No te reprimas. Y si tienes que dar un puñetazo, lo das y te quedas tan a gusto. Así no te toman el pelo. Hablando de pelo. Tienes el cabello más bonito que he visto nunca.

—Gracias. Mi madre se sentaba a mi lado en la cama y me lo acariciaba por la noche antes de dormir diciendo que tenía el cabello más bonito del mundo.

Escucharon el ruido de un motor y Carla se acercó a la ventana y silbó. —Es Sean.

Apretó las manos que tenía sobre el lavabo nuevo y susurró —¿Puedes decirle que me he ido?

—¿De la ciudad, del estado o del país?

—Del planeta.

—Por supuesto.

Su nueva amiga salió del baño y ella con cuidado se puso una bata de seda verde que tenía en el perchero de la puerta. Se la ató lentamente y gimió al levantar los brazos para sacar el cabello húmedo. Se acercó al collarín y dobló las piernas para agacharse para cogerlo cuando se abrió la puerta. Asombrada vio a Sean mirándola como si estuviera a punto de pegar cuatro gritos —¿Te has ido del planeta?

—Sal de mi casa —siseó furiosa porque tuviera el descaro de presentarse allí.

—¿Qué es esto? —Levantó la carta que le había enviado su abogado, pero ella le ignoró para intentar colocarse el collarín. Sean se acercó para ayudarla, pero Ava se apartó de él como si tuviera la peste.

Carla entró en el baño. —Sean, no creo que te haya invitado a importunarla. Te aconsejo que te vayas.

—¡Vamos a hablar de esto!

—¿Qué es esto? —Carla le arrebató el papel y abrió los ojos como platos. —¿Estás loca? —gritó a los cuatro vientos.

—No tengo nada que decir y menos a Sean.

—¿Lo haces para que me sienta culpable? —gritó él cogiéndola por el brazo para que le mirara.

—¡Le vas a hacer daño!

—Suéltame y vete o llamo al sheriff.

—¡No quiero tus malditas tierras!

—En la conversación que tuviste el otro día con Barry me dio la sensación de que sí las querías. Pues todas tuyas. Yo no las quiero para nada. Creo que a mi abuela le hubiera gustado que os las hubierais quedado.

—Dios mío. Estás loca —susurró Carla—. Estás regalando una fortuna.

—Solo me quedo con la casa. Es lo único que me interesa de momento. ¿Ahora puedes dejarme salir del baño, por favor?

—¡No las quiero!

—Muy bien. ¿Ahora me puedes soltar? —Estaba tan calmada que ponía los pelos de punta y Sean soltó su brazo lentamente mirándola como si no la conociera. Y realmente no la conocía. Estaban viendo la Ava profesional que nunca perdía la calma. No la Ava que había llegado al pueblo y que tenía los nervios destrozados. Estaba claro que sus nervios ya no podían destrozarse más.

Salió del baño dejando el silencio tras ella y Carla miró a Sean. —Puto cerdo. No sé lo que le has hecho, pero mereces que te peguen un tiro.

Furioso salió del baño y vio a Ava entrar en una habitación. Entró tras

ella sin pedir permiso y juró por lo bajo al ver el colchón hinchable en el suelo. —¿Duermes ahí?

Ava asombrada se giró con los pantalones cortos en la mano que se iba a poner. —¡Sal de mi habitación!

—¡No hemos terminado de hablar!

—No tengo nada que hablar contigo y deja de gritarme, por favor.

—Sean, como no te largues, seré yo la que llame al sheriff.

—¡Métete en tus asuntos!

—¡Ava es mi paciente!

Él se acercó. —Nena, no sé a qué viene esto, pero no quiero tus tierras. Creía que querías sacarme dinero por ellas y...

—Pues ya las tienes.

Pareció frustrado porque no entraba en razón. —¡No las quiero!

—Seguro que algo podrás hacer con ellas. No quiero que estén sin usar. Y según tengo entendido por tu conversación con Barry, piensas ampliar tu explotación. —Sonrió poniéndole los pelos de punta. —Piensa que es una donación al rancho Friedman de Ava Morris. No lo hizo en vida, pero seguro que le hubiera gustado que siguieran formando parte de un rancho.

—¡Ava te las dejó a ti! —gritaron los dos a la vez.

Suspiró cansada del tema. —¿Podéis dejar que me vista, por favor? Me está empezando a doler el cuello y tengo que ponerme el collarín.

Phill apareció en la puerta con una enorme llave inglesa. —¿Estás sordo, Friedman? Puede que seas el dueño de medio pueblo, pero esta sigue siendo su casa y quiere que desaparezcas.

Sean se tensó con fuerza. —Nunca he sido un cacique.

—Ahora mismo lo eres al no respetar sus deseos y aquí estoy yo para poner las cosas en su sitio.

—¡Bien dicho, Phill! —Carla le fulminó con la mirada. —¡Lárgate de una vez!

Él la miró a los ojos, pero Ava no podía soportar mirar esos ojos traidores, así que se volvió intentando disimular. —Nena, mírame.

—Vete por favor y no vuelvas a entrar en mi casa.

Frustrado se pasó una mano por la nuca antes de dar un paso hasta ella, pero al ver que se tensaba, juró por lo bajo antes de salir de la habitación.

Carla se acercó a ella y la cogió por los hombros suavemente. —Ven, voy a ponerte el collarín.

Respiró hondo asintiendo. —Gracias.

Dos meses después

Ava sonrió a una vecina cuando salía de la tienda y fue hasta la librería después de guardar la compra en el coche. Le apetecía leer algo con crímenes crueles y misteriosos. Algo habría. Empujó la puerta pensando en ello cuando se detuvo en seco al ver a Sean al lado del mostrador. Estaba tan guapo como el día en que le conoció y soportó el dolor que le atravesó el pecho. Como si no le viera, sonrió a la chica de rizados castaños que estaba tras el mostrador. —Buenos días, Teresa.

—Ava, ya ha llegado el libro que me pediste.

—Estupendo. —Fue hasta la estantería de misterio y terror. —Voy a mirar si me apetece otra cosa.

—Mira lo que quieras.

Al pasar la mano por los títulos vio que le temblaba y tomando aire apoyó la mano en la estantería. Sintió que se acercaba por la espalda y se tensó sin dejar de mirar los libros. —Te veo muy bien —dijo en voz baja para que solo le oyera ella—. Nena, sé que fui muy cruel, pero...

Se volvió de golpe rodeando toda la librería y fue hasta el mostrador forzando una sonrisa. —Me llevo el que tenía encargado. Tengo algo de prisa y no puedo elegir a gusto.

—Muy bien —dijo la muchacha mirando de reojo a Sean, que en ese momento salió de la tienda—. Lo siento. Pero ya se ha ido. Puedes mirar lo que quieras.

—No hay problema. Volveré mañana.

—Los devoras. —Metió el libro en una bolsa de papel con el logo de la librería.

—Me encanta leer.

—Y a mí. —Hizo una mueca. —Aunque el dueño ha pensado en cerrar porque ya no da dinero.

—¡Pero si no hay otra librería a treinta kilómetros! —exclamó asombrada—. ¡No puede hacer eso!

—Ya. Pero quiere jubilarse y no hace lecturas, ni invita a autores para promocionarla, así que se ha ido hundiendo poco a poco.

—Es una pena.

—Sí. —Se encogió de hombros. —Si sabes de alguien que quiera una librería...

—¿Yo? —Se echó a reír. —Si no conozco a casi nadie.

—¿Quieres venir a la fiesta de esta noche? Te presentaré a gente y Carla va a ir.

—¿Una fiesta?

—¿No sabes que esta noche hay fiesta detrás del ayuntamiento? En verano se hacen una vez al mes.

—No lo sabía. —Se mordió el labio inferior porque hacía mucho que no salía y le apetecía asistir con las chicas. —¿A qué hora?

—Empieza a las cinco porque hay atracciones y eso, pero el baile empieza a las ocho.

Sonrió mirando sus ojos castaños. —Vale. ¿No molestaré?

—¡Qué va! Así te presento a mis amigas que estarán encantadas de que vayas. Están deseando conocerte. Y a Carla ya la conoces.

—Muy bien. Te veo allí...

—¿A las siete? Comemos algo y jugamos un rato antes del baile.

—Perfecto, lo estoy deseando. —Sonrió de oreja a oreja. —Te veo allí.

Cuando salió de la tienda, pasó ante una mueblería y vio en el escaparate un joyero de pie que era una maravilla. Parecía una mesilla con patas de estilo francés y tenía un montón de pequeños cajones. La tapa de arriba se abría para mostrar un espejito. Estaba pintado de blanco con preciosas rosas. Una obra de arte. Gimió porque no podía comprarlo. No se iba a quedar allí y no podía llevárselo a Nueva York. Suspirando se volvió para sobresaltarse al ver a Sean tras ella.

—¿Te gusta?

—No me gusta que me acosen. Eso es lo que no me gusta. —Caminó hacia el coche y Sean la siguió. —¿Quieres dejarme en paz?

—Tengo que hablar contigo.

Extrañada se volvió. —¿De qué tengo que hablar contigo? ¿No te han llegado las escrituras a tu nombre?

—No es sobre eso.

—Pues no tenemos más que hablar. —Abrió la puerta del coche y se subió ignorándole. Él impidió que cerrara. —¿Qué haces?

La cogió por la nuca y atrapó sus labios impidiéndole moverse. Fue un beso exigente y Ava no tuvo ninguna posibilidad de rechazarle porque lo que le hizo sentir desde el momento que entró en su boca, fue tan embriagador que no pudo evitar responder a su beso. Él se apartó con la respiración agitada y la miró a los ojos antes de susurrar —Nena, me muero por hacerte el amor.

Su corazón saltó en su pecho. —¿De verdad?

Él suspiró acariciando su nuca. —¿Quieres venir esta noche al baile conmigo?

Que después de decirle que quería hacerle el amor, le pidiera una cita, la descolocó un poco. —¿Dejas de tocarme el cuello? Todavía me duele esa zona.

Sean frunció el ceño apartando la mano. —¿Eso es que no?

—¿Que no qué?

—¿Qué si quieres ir al baile esta noche?

—Ya he quedado. —Sonrió de oreja a oreja. —Pero gracias por la invitación. ¿Me cierras la puerta?

—Vamos a ver... —dijo enfadándose—. ¿Cómo que has quedado? ¿Con quién?

—Eso no te importa, Friedman.

—¡Si no me importara, no te lo preguntaría! —gritó haciendo que dos mujeres que hablaban en la acera les miraran.

Ella miró al frente con las manos apoyadas en el volante y las vio acercarse disimuladamente. —Quiero irme a casa.

—¡De eso ya me he dado cuenta! ¿Quién te ha pedido una cita?

—No quieras saberlo.

—¿Cómo has dicho?

Se volvió para mirar sus ojos. —Pregúntale a tu amigo Barry. He decidido que después de todo sí que quiero un buen revolcón y se lo haré gratis. —Se estiró y cerró la puerta dejándolo con la boca abierta. Bloqueó las puertas del coche antes de que reaccionara y arrancó el vehículo. Dio marcha atrás y giró para incorporarse a la carretera. Al ver que estaba furioso, se despidió con la mano sonriendo de oreja a oreja antes de irse.

Tomó aire sintiendo una satisfacción enorme. Por supuesto se enteraría de que era mentira, pero el tiempo que durara estaría furioso porque su amigo se le hubiera adelantado. Entonces recordó su beso y gimió apretando el volante. ¿Cómo se atrevía a besarla después de lo que había hecho? Y decía que ella no tenía vergüenza. ¡Él sí que era un sinvergüenza de primera que hasta quería timarla! Movi6 la cabeza de un lado a otro. No quería pensar en eso de nuevo. Iba a salir esa noche e iba a pasárselo bien y no pensaba dejar que Sean Friedman se lo fastidiara. Ya la había fastidiado bastante. Uff, pero cómo besaba.

Capítulo 6

Como no sabía cómo vestirse para la fiesta del pueblo, decidió ponerse un vestido blanco de gasa que le llegaba hasta las rodillas con finos tirantes, pues hacía mucho calor. También decidió dejarse el cabello suelto. Sus rizos brillaban cayendo hasta la mitad de la espalda y se puso unas sandalias plateadas, estilizando sus piernas que ahora estaban muy morenas de ir tanto en pantalones cortos. Se maquilló destacando sus ojos verdes con un eye liner y se puso algo de colorete. Sus labios los pintó de rojo. Estaba muy chic y se dijo que el moreno le favorecía. Se puso la cadena de su bolsito plateado cruzado sobre su pecho y salió de casa.

Le costó un montón aparcar, lo que indicaba que aquello iba a estar de bote en bote. Caminando hacia el ayuntamiento, vio que varios la miraban como si buscara problemas y no lo entendía. Ella nunca buscaba jaleo. Era los jaleos los que la buscaban a ella.

Al rodear el ayuntamiento, sonrió encantada porque las atracciones eran las clásicas que a ella le encantaban. Vio a las chicas en el tiro al blanco y caminó hacia allí emocionada sin darse cuenta de que dos hombres la miraban desde el puesto de cervezas.

—Ahí está —dijo Barry divertido mirando de reojo a su amigo con su ojo hinchado y algo amoratado—. Está para comerse...

Sean le cogió por la pechera de la camisa y Barry se echó a reír. —Tranquilo, amigo. No tienes que preocuparte por mí. Sino por todos esos que no le quitan ojo.

Al mirar a su derecha vio que varios de sus peones y otros hombres del pueblo se comían a Ava con los ojos. —Me cago en la... ¿Qué miráis? —gritó sobresaltándolos. Varios lo miraron sin saber de qué hablaba, mientras

que sus hombres se giraron disimulando.

—Vas a tener que espantar moscones toda la noche.

Cogió su cerveza viendo a Ava saludando con dos besos como las europeas a las chicas que Carla le iba presentando. Estaba preciosa. Parecía salida de una revista y apretó el botellín entre sus dedos recordando que al final se iría del pueblo. Bebió de su botella viendo como cogía la escopeta y se la ponía al hombro. Sus nuevas amigas se reían porque no tenía ni idea y Ava se echó a reír a carcajadas de algo que le dijo Carla. Seguramente que se volviera y que le pegara un tiro a él.

—¿Sabes? Vestida de blanco me recuerda el día de su boda. Aunque llevaba el cabello recogido.

Sean le miró sin entender. —¿De qué hablas?

—¿No has visto los videos? —Sacó su teléfono. —Me los ha pasado el sheriff.

Cuando cogió el teléfono vio la imagen de Ava vestida de novia al lado de un hombre vestido de cura con sotana blanca. Estaba a punto de llorar y Sean palideció. —¿Qué coño es esto?

—Los videos que los invitados de la boda colgaron en internet. Menudos hijos de puta. La tuvo una hora ante la puerta de la Iglesia.

Sean se apartó para darle al símbolo del play de la imagen. Barry vio cómo su amigo perdía todo el color de la cara y cuando pasaron varios minutos regresó a la barra dándole el teléfono. —Borra esa mierda. ¿Cómo crees que se sentiría si supiera que los has visto?

—¿Crees que eso le importa después de todo lo que hizo ese cabrón?

Sean se tensó. —Bórralos.

—Tranquilo amigo, pero no soy el único que los tengo. El sheriff está haciendo una campaña a su favor y no va a parar hasta que todos nos avergoncemos de nuestros actos. Es nuestra penitencia.

Ava se echó a reír dando saltitos cuando el hombre del tiro al blanco le entregó un oso panda. Se lo tendió a Carla que se sonrojó de gusto cogiendo su regalo.

—No se lo ha quedado. Lleva media hora pegando tiros para regalar el oso.

—No quiere recuerdos —dijo Sean muy tenso—. O no le gustan los ositos. No sé qué pensar. Siempre me equivoco con ella.

—Sí que le gustan. —Vieron como Ava acariciaba las orejas del oso panda mientras charlaba y Sean se tensó. —Puede que no quiera exceso de equipaje para el viaje de vuelta.

Él gruñó, bebiendo de su cerveza después para ver que se acercaban al puesto de los aros y las botellas. —Vamos a jugar.

—Tío, déjala disfrutar un poco con sus amigas.

—Yo voy a jugar.

Barry resignado siguió a su amigo, que se dirigía al puesto donde estaban las chicas como si fuera a la guerra.

Ava estaba con el aro en la mano y con el brazo extendido mirando la botella central. —No hay espacio para el aro en el centro —dijo Carla con su osito en brazos—. Tira a los de los laterales.

—No, quiero el premio gordo.

Cuando alguien se puso a su lado, le miró distraída antes de mirar la botella. Al darse cuenta quién era, dejó caer el brazo antes de mirarle y Sean sonrió. —Hola, nena. ¿Quieres la tortuga?

Atónita miró a sus amigas y Carla la miró maliciosa. Entendiendo sonrió. —Sí, pero no se me da bien. —Tiró el aro hacia el centro y rebotó en una botella de al lado.

Sean sacó cien pavos y le hizo un gesto al del puesto que le dio cuatro aros antes de darle la vuelta. Ava se cruzó de brazos, apoyando la cadera en el mostrador mirándose las uñas mientras él tiraba aros uno tras otro. Estaba para comérselo con sus pantalones negros de vestir y su camisa negra enrollada hasta los codos. Se dijo que era estúpida por pensar en él siquiera. Exasperada, después de varios minutos miró al hombre y dejó cinco pavos sobre el mostrador. Sean sonrió. —Está trucado, nena.

—Eso le he dicho yo —apostilló su amiga—, pero no me hace caso.

Ava cogió un aro y cerró un ojo tirándolo de canto. El aro cayó entre las botellas tumbándose hacia el otro lado y todos gimieron porque si hubiera caído hacia el lado contrario la tortuga sería suya. Cogió otro aro sonriendo a Sean irónica. —Todo tiene su truco.

—Eso ya lo veo —dijo devorándola con la mirada.

Sus amigas abrieron los ojos como platos antes de murmurar, aunque Carla no les hizo ni caso. —Vuelve a tirar.

Ava cogió otro aro y Barry tiró el suyo que cayó transversal bloqueando su tiro. Todos le fulminaron con la mirada y se sonrojó. —Eh, que yo también he pagado.

—Será mete patas —siseó Carla arrebatándole los aros de la mano.

—No decías eso cuando me besuqueabas en la camioneta.

—¡Eso fue en el instituto, imbécil! ¡Ahora no te tocaría ni con un palo!

Varios se echaron a reír al ver que Barry se enderezaba ofendido. Ava tiró su aro y Sean se cruzó de brazos cuando falló de nuevo. —Ava, no vas a conseguirlo. Siempre rebota.

—Tu neurona sí que rebota en tu cerebro.

Las chicas se partían de la risa y cuando tiró el siguiente aro gritaron de la alegría cuando el puñetero aro rodeó la boca de la botella. Ava sintió una satisfacción enorme y chilló de la alegría haciendo reír a Sean cuando vio que el hombre le acercaba una tortuga preciosa tan grande como ella.

—Se la ha ganado —dijo el hombre sonriendo—. De eso no hay duda.

Ella se volvió abrazando la tortuga y miró a Teresa. —Toma, para ti.

Teresa abrió los ojos como platos. —¿Para mí?

—Es mi manera de agradecerte lo amable que has sido conmigo buscándome esos libros.

Abrumada la cogió entre sus brazos. —Gracias, no tenías por qué. — Sean se tensó tras ella y Teresa le miró de reojo. —¿Seguro que no la quieres? Es muy bonita.

Ava pareció insegura. —¿No te gusta?

—Oh, claro que sí. Es preciosa. Pero...

Sonrió sin darle importancia. —Seguro que en tu casa queda mucho mejor que en la mía. Además, no quiero dejar demasiadas cosas cuando me vaya, por si me las vuelven a destrozar. —La cogió por el brazo. —Vamos a esa tómbola. Estoy en racha.

Vieron como las chicas se alejaban y Barry se acercó a su amigo. — Ahora sabes la razón.

—Sí —gruñó molesto—, se va a ir y no volverá.

—Eso no lo sabes.

—¿Quién querría volver aquí después de lo que le ha pasado? Es un milagro que siga en esa maldita casa.

—Creo que la está arreglando como una especie de terapia. —Sean miró sorprendido a Barry. —Como si arreglando la casa, pudiera arreglar su vida. Eso me ha dicho Phill, que habla mucho con ella. El otro día tomamos una cerveza y habló como una cotorra de todo lo que trabaja tu chica.

—No es mi chica. No quiere ni verme.

Barry se echó a reír y palmeó su espalda. —Ni lo será si te alejas de ella.

Sean siguió su mirada y vio que Jerry, el cartero, se había acercado a ella para mirar el contenido del sobre que acababa de comprar por tres pavos, para ver el regalo que le había tocado. —¿Será posible? Mira que buitre.

Su amigo se partía de la risa mientras Sean se acercaba a Ava, que emocionada abrió otro sobre. Una mirada al cartero y prácticamente salió corriendo. Confundida Ava miró sobre su hombro para darse la vuelta y verle correr hacia la barra donde estaban varios vecinos tomando algo. Encogiéndose de hombros abrió otro sobre y bufó al ver que le había tocado una bolsa de caramelos. Carla se acercó a ella. —¿Qué te ha tocado?

—Dos bolsas de caramelos. ¿Y a ti?

—Una Barbie. La donaré a la Iglesia.

—Esa bici es mía. —Rasgó el sobre y Sean se puso a su lado leyendo sobre su hombro. Ava giró la cabeza lentamente. —¿No tienes nada que hacer que perseguirme por toda la feria?

—No.

Furiosa puso las manos en las caderas. —Hablo en serio, Sean. ¡Desaparece!

Sean se acercó al hombre de la atracción sonriendo y le entregó otro billete de cien pavos. —Dame sobros.

Con sus treinta y tres sobres en la mano se acercó a ella tendiéndoselos. —¿Me los das? —preguntó asombrada como si no se esperara eso de él.

—Sí. Son tuyos. Para que te diviertas.

Miró de reojo a Carla que la animó con la cabeza. No se pudo resistir a arrebatarse los sobres. Empezó a abrirlos emocionada y él sonrió al ver su frustración. —¿Para qué quiero yo cromos de béisbol?

—Ese para mí.

Carla se echó a reír cuando había abierto la mitad y no había conseguido nada decente. —Esto es un timo. ¿Un chupete?

—Puede que te sea útil en el futuro —dijo Carla asombrándola—. Nunca se sabe.

Abrió el siguiente sobre y casi ni lo leyó para abrir el siguiente cuando chilló como una loca. —¡Una bici! —Corrió chillando hasta la tómbola. — ¡Una bici! ¡Me ha tocado una bici!

Sean se echó a reír como los demás al verla señalar la bicicleta de paseo con una cestita blanca que estaba expuesta en la mitad del puesto. Sean se acercó a ella que esperaba impaciente su bicicleta. —Felicidades.

—¿A que es preciosa? —Sonrió radiante viendo su bicicleta blanca.

—¿Esa la vas a regalar?

—No. Me la llevaré a Nueva York.

Sean perdió la sonrisa. —¿No me digas?

—Aquí no la puedo dejar. —Le rodeó para ir hacia el hombre que había puesto la bicicleta sobre el mostrador. Ava miró a su alrededor buscando ayuda y Sean se acercó para bajarla al suelo. Ella la cogió por el manillar. —Es preciosa, con su cestita y todo.

—Sí que lo es. —Carla se echó a reír. —Hacéis juego.

—Me encanta. —Se volvió hacia Sean y le entregó los sobres restantes. —Gracias.

—Nena, no me des las gracias.

—Voy a llevarla al coche.

—Te acompaño. —Le miró con desconfianza. —Necesitarás ayuda

para subirla al maletero.

Todavía no tenía muy bien la espalda y los demás se hicieron los locos, sobre todo Barry que disimulaba fatal. —Gracias —dijo a regañadientes.

Sean sonrió siguiéndola y Ava se sintió incómoda. —¿Dónde tienes el coche?

—Al final de la calle. —Apretó el manillar sin darse cuenta. —Si quieres puedes volver. Alguien me ayudará a meterla en el coche.

—Nena, no tienes que sentirte incómoda conmigo. —Preocupado intentó tocarla, pero ella se apartó caminando más deprisa. Muy nerviosa caminó por la acera. No quería estar a solas con él porque no confiaba en sí misma después de su reacción al beso. Tenía que haber protestado, haberle pegado por intentar tocarla, pero simplemente le había respondido y no se entendía a sí misma.

En silencio llegaron al coche y Ava susurró —Tengo que bajar los asientos traseros.

—Déjame a mí. —Él reclinó los asientos hacia delante para ampliar el maletero y ella abrió la puerta de atrás. No le costó meter la bicicleta ni cinco segundos y aliviada forzó una sonrisa cerrando el maletero. —Gracias.

—¡Joder, deja de ser tan educada! Grítame que soy un cabrón insensible que te ha hecho daño, pero no me trates como si fuera un simple conocido porque sabes que no lo soy.

Ava parpadeó sorprendida. —Es que no te conozco, Sean. Y no quiero conocerte. Ahora no.—Se volvió para regresar a la fiesta y él la cogió del brazo tirando de ella hasta un callejón.

Ava quiso gritar, pero él le tapó la boca con la mano pegándola a la pared. —¿No quieres conocerme? Quisiste conocerme cuando ninguno de los dos sabíamos quienes éramos. Quisiste conocerme cuando fuiste a mi casa llevándome aquella tarta y quisiste conocerme cuando te llevé allí para que te curaras. —Ella gritó asustada bajo su mano y miró a un lado buscando ayuda. Por su reacción Sean se tensó. —¿Qué crees? ¿Qué voy a violarte o algo así? ¡Solo quiero que me escuches! —Aliviada dejó de forcejear mirando sus ojos. —Cuando te vi en la tienda, quise hacerte el amor al instante, nena. Siento haberme alejado al saber tu nombre y en cuanto tuve la primera oportunidad fui a verte con la excusa de comprar tus tierras. ¡Estaba furioso

porque necesitaba verte cuando mi cabeza me decía que me alejara de ti! Casi me muero del susto cuando te hice daño, pero te juro que fue sin querer y cuando vi a Fátima pateándote, mi instinto fue protegerte. —Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas. —Pero algo dentro de mí me decía que ibas a hacer lo mismo que tu madre y que después de sangrarme te irías del pueblo. ¡Intentaba protegerme y cuando hablé con Barry no quería demostrarle que me interesabas! Sé que fui cruel y que no tenía derecho a decir toda esa mierda que ahora sé que no era verdad, pero... Ava, intentaba poner barreras entre nosotros para que cuando te fueras... no quería sentir lo que sintió mi padre.

Una lágrima cayó por su mejilla viendo en sus ojos que decía la verdad. —No quería que te fueras de mi casa y cuando vi el daño que te había hecho, me sentí un miserable. Tú no me habías hecho nada y te había roto el corazón.

Ava tragó saliva intentando no llorar, pero no era capaz. —Dime que me perdonas. Dime que tenemos otra oportunidad.

Apartó la mano lentamente y destrozada por lo que acababa de decir susurró sin dejar de mirarle a los ojos —Entiendo que te sintieras en conflicto por lo que ocurrió con tu padre y que dudaras de mí al aparecer de repente. Pero no puedo perdonarte que quisieras follarme como si fuera una puta, para darme una lección, intentando timarme con mis tierras. —Sean palideció dando un paso atrás. —No te perdono que me tumbaras en tu cama, besándome tiernamente, para después hablar de mí con tal desprecio que sentí que me odiabas. Tienes dos personalidades y no quiero conocer a ninguna de las dos. Ya no.

—No te odio, nena. Te lo juro.

—Pues lo disimulas muy bien. Cuando tuviste el descaro de ir a mi casa con el cheque tirándomelo a la cara, me exigiste que me fuera, dándome una limosna por mis tierras como si tuvieras todo el derecho del mundo. Te puso furioso que no te hiciera caso y sin medir las consecuencias tiraste la botella contra la pared. No te arrepentiste de eso.

—Sí que lo hice.

—No. Porque después te burlaste con tu amigo del apósito de mi cara. Si te hubieras arrepentido, no lo hubieras hecho.

—¡No lo entiendes!

—No. Eres tú el que no lo entiende. No quiero estar contigo y no quiero conocerte. ¿Ahora te has dado cuenta de que has metido la pata? Me da igual. El día que me fui de tu casa, decidí que la opinión que tuvieras de mí ya no me iba a afectar y que hayas cambiado de parecer no me afecta en absoluto. —Le miró con desprecio. —No puedo ni verte. Y si tuvieras decencia, te alejarías de mí el tiempo que esté en el pueblo.

La agarró por los brazos desesperado. —Nena, sé que sientes algo por mí. Intento arreglarlo. Por favor, danos una oportunidad.

—No.

Esa palabra cayó como una losa entre ellos y se miraron a los ojos. Sean desesperado, mientras que ella le observaba de una manera tan fría que claramente decía que no tenía ninguna oportunidad. Sean dejó caer los brazos y Ava caminó hacia el coche limpiándose las lágrimas. —¿Puedes decirles a las chicas que me he ido a casa?

—No hace falta que te vayas. Me voy yo.

Sin hacerle caso, se alejó y cogió las llaves del coche que le habían caído al suelo cuando la agarró. —Ava...

Desesperada porque iba a hacer que perdiera el control, miró el contacto para meter la llave y arrancó el motor. Chilló cuando él abrió la puerta del conductor y aceleró golpeándose con el coche de delante. Sean la cogió por la cintura empujándola al otro asiento y antes de darse cuenta, sacó el coche del estacionamiento golpeando al coche de atrás con fuerza antes de salir de allí.

—¿Estás loco?

—Claro que sí. Ponte el cinturón.

Furiosa se tiró sobre él tirándole del pelo y Sean dio un volantazo que rompió el espejo retrovisor del coche del sheriff. —¡Estate quieta!

—Ya te he dado las tierras, ¿qué más quieres?

—¡No quería las malditas tierras!

—¡Mentiroso!

—¿Te da igual lo que piense de ti? ¡Me da igual lo que pienses tú!

Furiosa le dio un puñetazo y el coche salió de la calzada derrapando al volver a la carretera. —¡Ava! ¡Estate quieta, que nos vas a matar!

—¡Para el coche!

—¡No voy a parar hasta que entres en razón!

—¡Puñetero chiflado! —Se tiró a él de nuevo, pero Sean la empujó por la cintura antes de que le agarrara.

—No quiero hacerte daño. ¡Estate quieta!

Asustada vio que tomaba una carretera de tierra. —¿A dónde me llevas? —La miró con deseo poniéndole la piel de gallina. —Sean, esto es un secuestro. ¡Déjame salir antes de destrozar nuestras vidas! —gritó histérica.

—Yo ya destrocé mi vida cuando le dije eso a Barry. Todo lo demás me importa una mierda.

A Ava se le retorció el corazón. —¿Qué dices?

La miró de reajo un instante antes de mirar la carretera. —Te quiero. Quiero que sigas en mi vida y voy a hacer que te enamores de mí.

Se le cortó el aliento e impresionada se llevó una mano al pecho porque su corazón dio un salto. —No me mientas. ¡Di que quieres echar un polvo y ya está!

—¡Claro que quiero hacerte el amor! ¡Y si fueras sincera, tú también lo reconocerías!

—¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Te voy a demostrar lo bien que estoy en cuando detenga el coche.

—Sean... te lo advierto. ¡Tócame un pelo y te mato!

—No te voy a tocar solo un pelo, te voy a comer entera.

¡Dios mío! ¡Estaba loco y ella se estaba excitando! ¡Estaban locos los dos! Sean la miró de reajo porque no contestaba y miró su pecho para darse cuenta de que tenía la respiración alterada. Frenó en seco en la cuneta y ella posó la mano en la luna delantera sin dejar de mirarle. Se miraron a los ojos unos segundos antes de que se tiraran el uno sobre el otro besándose como posesos. Las manos de Sean la atrajeron a su cuerpo y acariciaron su muslo hasta subir por debajo de su vestido y llegar a la tira de sus braguitas. Tiró con fuerza rompiéndola para meter la mano entre sus muslos y acariciarla con

pasión haciéndola gritar en su boca al sentirle. La tumbó en el asiento y tiró del tirante de su vestido mostrando su pecho antes de amasarlo con pasión. Sean apartó sus labios, llevando su boca hasta su pecho y chupando su pezón con fuerza. Ava gritó arqueando su cuello. Metió sus dedos entre su cabello negro para que no se apartara. Sean se separó ligeramente y Ava gritó cuando entró en ella con fuerza robándole el aliento. Él juró por lo bajo y besó sus labios suavemente antes de susurrar —Eres perfecta, mi amor.

Ava se aferró a su cuello y cerró los ojos cuando él salió lentamente de ella para volver a empujar con fuerza. Fue la sensación más increíble que había experimentado nunca y quería más. Lo quería todo. Se abrazó a él sintiendo que su vientre se tensaba de necesidad y Sean gruñó acelerando el ritmo hasta que se volvió frenético. Con un último empujón la llevó al paraíso y en ese momento sintió que jamás saldría de su corazón porque ahora era suyo.

Capítulo 7

La besó por toda la espalda mordisqueando sus nalgas para provocar que se despertara. Ella gimió abrazando la almohada y Sean se echó a reír cogiéndola por la cintura como si fuera una muñeca para tumbarla sobre él. —Esta cama hinchable es de calidad.

Ava acarició sus hombros antes de besar su cuello. —Me llega la cama el lunes.

—Nena, hoy es lunes. —Acarició su trasero gimiendo porque ella apretó la pelvis contra su miembro erecto.

—¿Es lunes? —preguntó mimosa antes de lamer el lóbulo de su oreja sonriendo cuando le escuchó gruñir amasando su trasero.

—Debería ir a trabajar.

—Sí que deberías. —Se sentó a horcajadas sobre él y metió la mano entre los dos, robándole el aliento cuando introdujo su sexo dentro de ella. Cerró los ojos disfrutando de él y Sean acarició su cintura antes de subir las manos hasta sus pechos acunándolos. Ava cerró los ojos moviendo las caderas lentamente. Muy lentamente hasta que Sean levantó la cadera con fuerza haciéndola gritar de placer. Él la volvió tumbándola de espaldas y mirándola a los ojos entró en ella con fuerza una y otra vez. Fue duro, intenso y no le dio tregua hasta que la lanzó al éxtasis.

Cuando volvió en sí se echó a reír. —Así que quieres pasar el día trabajando en lugar de estar conmigo haciendo cosas mucho más interesantes.

Él sonrió besando su pómulo. —Preciosa, tendría que llevar trabajando horas. Me distraes.

—¿No me digas?

—¿Ava?

Él levantó la cabeza para mirarla a los ojos. —¿Has oído eso?

—Sí.

—Ava, ¿estás aquí?

Abrió los ojos como platos asombrada y Sean preguntó con desconfianza —¿Quién es?

—Mi ex.

—¿Cómo has dicho?

—¡Es mi ex!

—¡Lo dices como si aún fuera algo tuyo!

—Ava, tu coche está fuera. Cielo, tengo que hablar contigo.

—¡Te ha llamado cielo! —le gritó a la cara.

—¡Mira, no te pongas chulo que llevamos juntos dos días!

—¡Y pico! —Se levantó furioso y cogió sus pantalones poniéndoselos como si fuera a cargarse a alguien asombrándola. —Se va a enterar este pijo.

—¿Pijo?

Se levantó de un salto y corrió tras él. —Sean, cálmate que se te está hinchando la vena del cuello.

—¡Los huevos me ha hinchado al venir aquí!

Ella jadeó dándose cuenta de que estaba desnuda y fue corriendo hacia el baño para coger la bata. Corrió escaleras abajo para ver a Sean cogiendo de la pechera de la camisa a Greg colocándolo contra la pared. —¡Sean! ¡Suéltalo!

—¡En cuanto le rompa un par de huesos lo suelto para que corra cagando leches fuera de aquí!

—¿Pero quién es este bruto? —chilló asustadísimo su ex. Estaba claro que la comparación era odiosa. Su amante era todo músculo y le sacaba la cabeza. Greg a su lado se quedaba en nada.

—Es mi novio. ¿Qué haces aquí?

—Tienes que volver.

—Repite eso —dijo Sean elevándolo.

—¡Sean, le vas a ahogar! —Se acercó y le cogió del brazo. —¡Suéltale!

—Espera nena, que estamos hablando. —Y a continuación le gritó a la cara a su ex prometido —¡Repite eso de que quieres que vuelva!

—¡Tiene que volver! ¡Mi revista se arruina!

—¡Pues te jodes, cabrón! —Le cogió del cuello y fue hasta la salida tirándole fuera sin ningún reparo antes de cerrar la puerta con tal fuerza que podría haberla desencajado. Miró a Ava. —Sube a vestirte.

—¡No puedes hacer eso! ¡Es mi vida!

—¡Tu vida está a mi lado!

—¿Pero qué dices, chiflado? ¿Cuándo he dicho eso yo?

—Nena, no me provoques. ¡Eres mía!

—¡Mira, no te pongas así de posesivo cuando hace dos meses te hubiera dado igual que me hubiera acostado con Barry!

—¡Eso es mentira! —le gritó a la cara.

Ava sonrió por lo celoso que estaba y él la cogió por la cintura poniéndola a su altura. Le abrazó por el cuello y susurró —Tengo que hablar con Greg. No voy a volver con él, pero tengo que escucharle.

—No te vas a ir.

—Ya veremos. Ahora dame un beso y vete a hacer el desayuno.

—Casi cuela. —La besó como si quisiera devorarla antes de dejarla en el suelo. —Estoy detrás de ti. —Abrió la puerta y cogió su mano saliendo al porche.

Greg magullado todavía estaba levantándose del suelo ante las escaleras y miró con rencor a Sean. —¿Desde cuándo tienes a este musculitos de guardaespaldas?

Sean dio un paso hacia él, pero ella se puso delante empujándolo por el vientre. —Cielo, por favor. —Volvió la cabeza para fulminar con la mirada a Greg. —Di lo que tengas que decir y vete.

Su ex sonrió satisfecho. —La dirección de la revista. Eso es lo que te ofrezco.

Se le cortó el aliento sin dar crédito a sus palabras. —¿La dirección?

—Nadie te ofrecerá tanto y lo sabes. Me retiraré y tú la dirigirás. Sin que yo intervenga en ningún momento. Tienes vía libre y la revista te alquilará un apartamento en la Quinta. Volverás a lo grande con un sueldo a la altura.

No se lo podía creer. Con las ideas que tenía, era su sueño. Podría hacer lo que le diera la gana sin que nadie interfiriera.

Greg dio un paso hacia ella. —Ava, tienes tres meses para sacarla adelante antes de que tenga que cerrar. Eres la única esperanza para toda esa gente.

—¿Tendré vía libre? ¿Podré hacer lo que quiera?

—Ava... Te está utilizando.

—Lo sé, pero después de levantar esa mierda de revista que está sacando, podré trabajar donde quiera. —Greg se sonrojó. —¡No aparecerás por la revista y si te veo por allí, me iré de inmediato!

—No quiero que el pitbull me salte al cuello.

Le miró con desprecio reteniendo a Sean, que ya estaba perdiendo la paciencia. —Sabes que tú la has hundido, ¿verdad?

—Y tú la levantarás de nuevo porque será la venganza perfecta. No podrías dejarme más en ridículo.

—Exacto —dijo maliciosa.

—Nena...

—Te llamaré en una hora con mi respuesta —dijo a Greg dejándolos a los dos de piedra. A Greg porque no se esperaba que se lo pensara y a Sean porque no esperaba que se fuera. Pero no iba a pensar en ninguno de los dos. Iba a pensar en ella y en lo que quería.

Entró en la casa sin mirar a ninguno y fue hasta la cocina. Sean entró tras ella dando un portazo. —¿Qué has querido decir con eso de que le llamarás en una hora?

Ella se volvió apoyándose en la encimera y le miró a los ojos. —Voy a hacerlo. Le he dicho que le llamaré luego porque tenemos que hablar.

Sean se pasó la mano por el cabello poniéndose nervioso y sonrió sin

ninguna gana. —Vamos a ver nena, que no lo entiendo. ¿Quieres irte a Nueva York con ese tipo?

—No. Me voy a Nueva York a salvar la revista donde llevo trabajando desde que salí de la universidad. De ella dependen más de doscientas familias y son mis compañeros.

—¿Esos que colgaron los videos en internet?

Ella hizo una mueca. —Sí, algunos fueron esos.

—Pues menudos cabrones.

—¡No solo lo hago por ellos! ¡Es una oportunidad única para mí!

—¡Lo que tú quieres es que ese gilipollas se dé cuenta de lo que ha perdido y vuelva con el rabo entre las piernas suplicándote que le perdones!

—Nunca volvería con Greg.

—¡A mí no me mientas! Has oído su voz y has salido corriendo para encontrarte con él. ¡Otra le hubiera metido una patada en las pelotas!

—Me voy a Nueva York —susurró mirando sus ojos verdes—. Y vas a aceptarlo si quieres que lo nuestro funcione.

—¿Qué nuestro? ¡En cuanto te vayas, se habrá acabado!

Ella suspiró y se acercó a él abrazándolo por la cintura. —Cariño, vendré los fines de semana. Lo pondré de condición para que lo pague la revista. —Le guiñó un ojo maliciosa y él la apretó contra su cuerpo. —Después de todo lo que ha ocurrido entre nosotros, deberíamos conocernos más relajadamente. Tomarlo con más calma.

—No quiero tomarlo con calma.

Ella se apartó furiosa. —¡Si te dejo, en cuatro días estaré preñada y con un anillo en el dedo!

—¿Y qué hay de malo en eso? —Vio que ella desviaba la mirada. —Joder nena, no confías en mí. Preciosa, te quiero. ¿Cómo tengo que decirte que fui un gilipollas y que estoy arrepentido?

—Vamos a tomarlo con calma, ¿vale?

Sean la cogió por la barbilla para que lo mirara. —Te lo advierto, como no vengas un fin de semana, voy y te secuestro otra vez.

Ella sonrió. —Hecho.

Mes y medio después ya no lo soportaba más. Se moría por volver a la que ya consideraba su casa y estaba harta de regresar a ese apartamento frío y vacío todas las noches. Pero la situación de la revista era aún peor de lo que se imaginaba y sus trabajadores estaban asustados. Decidió hacer dos tiradas al mes, doblando el trabajo pues las revistas semanales se lo llevaban todo, y además decidió bajar el precio. Buscó iconos de las redes sociales para atraer a la juventud, promocionando así la ropa más cara entre ellas. La primera tirada con la portada de una celebrity fue una bomba y se vendieron tres ediciones, pero eso no les sacaba de los números rojos y la presión de los créditos que había pedido Greg era brutal. A la mañana siguiente salía su segunda revista y estaba de los nervios. Eran las dos de la mañana y seguía trabajando.

Uno de sus editores entró en su despacho y sonrió con pena. —
¿Todavía estás aquí?

—¿Me traes las fotos de la siguiente portada?

—Sí.

—Muéstramelas.

—Puedes verlas mañana. Deberías descansar.

—No pegaría ojo. —Alargó el brazo y cogió las muestras. Gimió tapándose los ojos porque no le gustaba ninguna. Bueno, aún tenían tiempo. —No valen.

Martin suspiró pasándose la mano por la nuca. —Lo sabía.

—Mañana quiero las fotos del fotógrafo para volver a empezar. ¡Debe ser impactante, joder! Y esto es una mierda de segunda. ¡Parece que está enfadada!

—Es que estaba enfadada en la sesión porque se había ido de juerga la noche anterior. Es lo que ocurre por trabajar con gente poco profesional.

—¡Pues que las repita! ¡Amenaza a su representante con una demanda y que venga con una sonrisa en los labios después de dormir ocho horas!

Le sonó el teléfono y contestó. —¿Qué ocurre ahora? ¡Como haya un problema con la distribución de nuevo, van a rodar cabezas!

—Nena, necesitas relajarte —dijo Sean divertido—. Estás un poco de los nervios, mi amor.

Escuchar a Sean hizo que sus ojos se llenaran de lágrimas porque siempre le decía lo adecuado cuando lo necesitaba. Martin salió del despacho cerrando la puerta y ella se sentó en su sillón. —¿Qué haces despierto?

—Preguntarme qué hace mi mujer en Nueva York.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo de cuero y se volvió para mirar la ciudad. —¿Cómo lo haces?

—¿El qué?

—Llamarme cuando más lo necesito.

—No tengo ni idea. Será que estamos conectados.

—Te echo de menos.

—Solo quedan dos días y estarás aquí de nuevo. Mañana triunfarás otra vez y llegarás más tranquila. —Se echó a reír. —Al menos eso espero.

—Estoy siendo una novia pésima, ¿verdad?

—No pienso responder a esa pregunta. Que luego me dejas en dique seco.

—¡Solo fue una noche y ocurrió porque no había dormido en dos días!

—Excusas. —Ava se echó a reír. —Nena, vete a casa.

—Sí, me voy ahora.

—Estoy deseando verte.

—Y yo a ti. —Gimió haciéndole reír. —Ahora duérmete que mañana tienes que trabajar.

—Buenas noches, nena.

—Buenas noches, cariño.

Colgó el teléfono suspirando y apoyó los codos sobre la mesa pasándose las manos por la cara. Resignada se levantó y llamó a un taxi para que la esperara en la puerta. Siete minutos después abrió la puerta de su piso

y tiraba su bolso sobre el sofá del salón. Levantó la vista y sonrió al ver a Sean en calzoncillos apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados mirándola con esa sonrisa que la volvía loca.

—Estás aquí.

—He decidido que por un fin de semana podía venir yo. Así me enseñarás tu ciudad. Ven aquí. Estoy deseando tocarte.

Se quitó los zapatos y caminó sobre la moqueta hacia él abrazándole por la cintura acariciando su piel. Levantó la cara y Sean la besó suavemente en los labios disfrutando de su contacto. Se abrazaron durante varios minutos y Sean la cogió en brazos haciéndola reír. —Ahora a la cama. Estás agotada.

—¿Me perdonas?

—Te perdonaría cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa? —Rió cuando la dejó caer en la cama. —Ya veo.

—Casi cualquier cosa.

—¿Qué no me perdonarías?

Levantó la cadera para que le quitara la falda. —Nena, es muy tarde para tener esta conversación.

—Solo dime qué es lo que no me perdonarías.

—Que me fueras infiel. —Le quitó la blusa y se tumbó a su lado.

—Eso yo tampoco te lo perdonaría. —Besó su pecho antes de mirarle a los ojos.

La abrazó pegándola a él. —No te perdonaría que antes de casarnos no me digas que me quieres y tampoco te perdonaría que rechazaras casarte conmigo cuando te lo pida. —Ella se echó a reír. —No te perdonaría que no quisieras tener un hijo y que no quieras que el niño monte a caballo. —Se partía de la risa. —Pero lo que nunca, jamás, nunca jamás te perdonaría, es que no quisieras hacer una fiesta por todo lo alto para nuestro cincuenta aniversario.

—¿Cincuenta aniversario? Estás loco.

—No te perdonaría... —Miró al techo acariciando su espalda. —Nena, te lo perdonaría todo porque te quiero tanto que no puedo dejar de pensar en ti.

A Ava se le cortó el aliento y le abrazó. —Te quiero.

Sorprendiéndola la volvió para tumbarla de espaldas y Ava se echó a reír. —Has tardado en decírmelo, preciosa. —La besó en los labios acariciando con la lengua su labio inferior. —Eso significa que me has perdonado.

—Te lo perdonaría todo porque te quiero tanto que no puedo dejar de pensar en ti.

Se miraron a los ojos demostrándose todo lo que se querían. —No te vas a arrepentir, nena. Te lo juro.

—Lo sé.

Durante los meses siguientes su relación se hizo más fuerte. Y por fin regresaba a casa.

—¿Estás segura de lo que haces? —le preguntó Greg firmando los documentos que les acababan de entregar sus abogados—. La revista te debe mucho y si quieres un aumento de sueldo...

—No es eso. Sean me espera.

—No puedo creer que te vayas a enterrar en un pueblo de Texas.

Sonrió divertida. —Allí soy feliz. Mil veces más que aquí. Voy a llevar una vida tranquila y feliz.

—Si algún día quieres volver, no dudes en hacerlo. —Ambos sabían que lo decía por decir.

Se levantó de su sillón y Greg la abrazó. —Siento haber sido tan capullo y hacerte pasar por todo aquello.

—Ahora ya es agua pasada. Espero que seas muy feliz.

—Lo mismo digo.

Cogió su bolso y miró su oficina. —Bueno, ha sido horrible y no echaré de menos estos meses. —Greg se echó a reír. —Ahora no la cagues. Me ha costado muchísimo sacarla adelante.

—Seguirán tu línea editorial. No te preocupes. —Greg cogió un sobre

de la mesa de caoba y lo abrió mostrándole un cheque. —Aquí tienes la compensación por tu trabajo.

Asombrada fue hasta él y cogió el sobre. —¿Compensación?

—En tu contrato ponía que ganarías el cinco por ciento de la producción —dijo exasperado—. Deberías leer lo que firmas.

Se echó a reír mirando la cantidad. —Sí, debería leer lo que firmo.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó acompañándola a la puerta.

—¿De qué hablas?

—A tu novio. Que vas a mudarte y que vas con regalo. —Le guiñó un ojo haciéndola reír.

—No. El domingo cuando me fui le provoqué un poco diciéndole que igual no podía volver este fin de semana. Imagínate cuando me vea llegar en miércoles, ni se lo va a creer.

—Pues cuando le digas lo del bebé.

—¿Cómo te has enterado?

—Quizás no deberías haber pedido que te enviaran los análisis a la oficina. Tu secretario no pudo resistirse.

—Será chivato.

Greg se echó a reír apretando el botón del ascensor para bajar al hall. ¿Sabes? Cuando te vi con él en tu casa pensé que me iba a dar una paliza.

—Se puso algo celoso. Ahora es distinto porque sabe que le quiero. —Apartó sus rizos pelirrojos para mirar dentro de su bolso y cuando levantó la vista vio en los ojos de Greg un deseo que no le gustó un pelo.

Perdió la sonrisa y Greg levantó las manos en son de paz. —Perdí mi oportunidad y ahora estás con otro. Fue culpa mía y lo acepto.

—No te queda otro remedio, porque jamás volvería contigo.

—Lo sé. A veces me preguntó qué hubiera pasado si ese día me hubiera presentado.

—¿Sabes? Me alegro de que no lo hicieras porque así he conocido al amor de mi vida. —Sonrió saliendo del ascensor y levantó la mano para despedirse de Greg que se quedó dentro. —Suerte, Greg. Te deseo lo mejor.

—Lo mismo digo, Ava.

Se bajó del coche en la finca de los Friedman, cerrando la puerta y frunciendo el ceño cuando vio la entrada principal cerrada. —Qué raro. — Caminó por el sendero de piedra. Subió los escalones y llamó a la puerta. Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave lo que indicaba que no había nadie. Se alejó para mirar la fachada pensando que vaya mal que había organizado la sorpresa. —¿Dónde estarán?

Rodeó la casa y tampoco vio a nadie. Ni siquiera había ningún peón en el establo. Entonces se asustó por si había pasado algo.

Se subió al coche y decidió ir al pueblo. Se puso nerviosa y cuando llegó pudo ver que la Iglesia estaba llena de gente que salía en ese momento. Apretó los labios al ver un coche fúnebre en la puerta.

—Mierda. —Al bajarse varios vecinos la miraron con inquina y se sorprendió porque esa actitud hacia ella había cambiado hacía meses.

Vio salir a Fátima de la Iglesia y en cuanto la vio en lugar de acercarse, volvió a entrar a toda prisa. Sorprendida por su actitud, caminó hacia la escalinata que subía hasta la iglesia cuando salió Sean a toda prisa. Bajó las escaleras y muy tenso la cogió por el brazo tirando de ella fuera de allí.

—Cariño, ¿quién ha muerto?

—Nena, vuelve a casa. —Muy tenso tiró de ella hacia la acera cuando salió de la Iglesia una mujer de unos cincuenta años que lloraba desgarrada.

—¿Quién es?

—Ava, vete a casa que yo voy después.

Entonces escucharon un grito que puso los pelos de punta y Ava se giró para ver a la mujer vestida de negro señalándola. —¡Tú eres la culpable de todo! —gritó fuera de sí llorando—. ¡Ha muerto por tu culpa!

Atónita miró a su alrededor y todos los vecinos observaban muy serios. —¿Pero qué dice esa mujer?

—¡Ava, vete a casa! —gritó Sean tirando de ella hacia su coche.

—¡Tienes mala sangre! ¡Como tu madre! —Pálida escuchando los

gritos de esa mujer desquiciada, se dejó llevar. —¡Sabía que solo ibas a crear problemas cuando llegaste! ¡Tú has matado a mi marido! ¡Maldita zorra! ¡Espero que te pudras en el infierno como debe estar pudriéndose la zorra de tu madre!

Blanca como la nieve miró a Sean, que la metió a la fuerza en el coche. —¡Vete a casa!

Sentada tras el volante miró a Sean que cerró la puerta con un portazo, volviendo hacia la iglesia sin mirarla siquiera. Temblando por las palabras de esa mujer sus ojos se llenaron de lágrimas y vio a través del cristal como Carla la miraba desde la acera sin acercarse. Una lágrima rodó por su mejilla por el dolor que le traspasó el corazón. Observó cómo Sean se acercaba a la viuda y la abrazaba susurrándole algo que la calmó. No se lo podía creer. El hombre que decía amarla por encima de todo, dejaba que la humillaran y consolaba a esa mujer ante sus ojos. Todo el pueblo la observaba y Sean se volvió para mirarla por encima del hombro sin dejar de abrazar a la mujer. Le hizo un gesto para que se fuera, pero no era capaz de arrancar el coche porque el dolor era tan intenso que la impedía moverse.

Fue el sheriff quien se acercó al coche y abrió la puerta. —La señora Rogers está muy nerviosa. Su esposo se suicidó pegándose un tiro y está muy impresionada.

—Lo siento mucho —susurró con la voz congestionada.

—No es culpa tuya, aunque necesitan un culpable. Por favor, vete a casa para que no se altere más.

Miró al sheriff a los ojos. —Yo también tengo sentimientos, ¿sabe? Y estoy harta de que siempre se me eche la culpa de todo. —Sorbió por la nariz limpiándose las lágrimas.

—Lo sé, chiquilla. Lo sé. —Cerró su puerta y volvió hacia la Iglesia. Al mirar hacia allí vio a Sean hablando con Barry, que miró hacia ella de reojo.

Sonrió sin ganas arrancando el coche y Sean miró hacia ella cuando aceleró a tope. Apretando los labios sin poder dejar de llorar, movió la palanca de cambios y miró hacia atrás sacando el coche de la plaza haciendo chirriar los neumáticos. Sean caminó hacia la acera pálido y Ava mirándole a través del cristal a los ojos, cambió de marcha para acelerar lo que podía para

salir del pueblo.

Llegó a su casa saltándose todos los límites de velocidad sin dejar de llorar. Le había dolido lo que esa mujer le había gritado ante todo el pueblo, pero lo que más le había dolido era que Sean no la hubiera protegido, demostrando que no le importaban sus sentimientos. Salió corriendo del coche que había dejado en marcha y fue hasta el antiguo establo. Giró la madera que lo cerraba y vio la garrafa de gasolina. Sin pensar la cogió llevándola hasta la casa. Su preciosa casa blanca ahora terminada que había compartido con Sean los fines de semana para estar los dos solos. Miles de recuerdos agolparon su mente. Risas, conversaciones y todos los lugares donde habían hecho el amor. Todo era falso. Quitó el tapón de la garrafa y empezó a echar la gasolina por el porche entrando en la casa y subiendo las escaleras mientras la gasolina se derramaba por los escalones. Cuando la vació, la tiró al suelo y volvió a bajar para entrar en el salón. Cogió la enorme caja de cerillas que había comprado por si un día encendía la chimenea. Salió de la casa y la volvió a mirar angustiada encendiendo una cerilla. —Lo siento, abuela —susurró antes de tirar la cerilla en el porche. El fuego corrió por la madera blanca extendiéndose rápidamente y Ava se acercó al coche sujetándose a la puerta rota de dolor. Miró hacia la casa angustiada. —Adiós Sean.

Volvió a subirse al coche y aceleró dejando la casa atrás, mientras las llamas la devoraban.

Pasó por el pueblo de nuevo pues no tenía más remedio y al mirar hacia la Iglesia vio que estaba vacía. Apretó el volante mirando al frente y susurró —No les necesitamos.

Capítulo 8

—Ava, ¿tienes ese libro nuevo, que habla de ese régimen tan efectivo?
—preguntó la señora Feldman acercándose a la estantería.

—No necesita esa dieta para nada. Está perfecta.

La mujer se sonrojó encantada. —Me sobran dos kilos.

—Menuda tontería. —Se acarició el enorme vientre y salió del mostrador. —Sí que lo tengo, pero no se lo voy a vender. Quítese esas pastas que se come por la noche y bajará los kilos.

—Niña, no seas descarada. —Sonriendo se sentó en uno de los sillones orejeros que tenía para que su clientela le echara un ojo a los libros que pudieran interesarles.

—¿Un café? Tengo pastas —dijo maliciosa cogiendo unos libros infantiles que le acababan de llegar y colocándolos en las estanterías.

—Tendrás mala leche.

Ava se echó a reír y miró hacia el escaparate. —Ya está ahí su hija.

Se volvió para ver como Louise entraba cargada de compras. —Mamá, tenemos que irnos. ¿Has comprado ya el libro?

—No me lo quiere vender.

Louise reprimió una risita. —¿Por qué no compras una de esas novelas eróticas que te gustan tanto?

—No son eróticas —dijo haciendo reír a las demás—. Son algo subidas de tono.

—Tengo una de vikingos...

La señora Feldman se levantó en el acto. —¿De verdad?

—Me ha llegado una nueva remesa.

La mujer chilló yendo hacia la estantería del género romántico.

Louise suspiró dejando las compras sobre el mostrador. —Vienes cargada.

—Es para la fiesta de cumpleaños de mamá. Vamos a organizar la barbacoa del siglo. Vendrás, ¿verdad? Tengo varios solteros disponibles.

—Mira, no me hables de hombres que he llegado a mi límite.

Su amiga se apartó un mechón de su pelo rubio colocándoselo tras la oreja. —Has tenido mala suerte, eso es todo. Tú mereces mucho más.

—En este momento no quiero nada. —Perdió la sonrisa pensando en Sean y en todo lo que había ocurrido.

—Pero vendrás de todas maneras, ¿verdad?

—¿Y perderme la barbacoa del siglo? No estoy loca.

Louise sonrió. —Estupendo. Es mañana a las doce. Habrá música y lo pasaremos bien.

La señora Feldman se acercó con cuatro libros emocionada. —Me los llevo todos.

Los metió en una bolsa con un lacito rosa y colocó la bolsa sobre el mostrador sonriendo. —Feliz cumpleaños.

Asombrada miró a su hija que negó con la cabeza e iba a protestar cuando Ava dijo —Vamos, déjame regalarle algo que sé que va a disfrutar mucho.

La señora Feldman sonrió. —Gracias, es todo un detalle.

—No dirá lo mismo cuando me coma todas las costillas de la fiesta. — Se acarició el vientre. —Esta niña no para. —En ese momento le sonó el estómago sonrojándola y las tres se echaron a reír.

—Te vemos mañana —dijo Louise cogiendo las bolsas—. Y no traigas tacones. La fiesta es en el jardín y se hunden.

—De acuerdo. Hasta mañana.

En cuanto madre e hija se fueron, se acercó hasta la puerta y dio la

vuelta al cartel que decía que estaba cerrado. Cerró el pestillo mirando por el cristal la calle mayor. Un niño pasó de la mano de su padre y la saludó con efusividad. Ella respondió con una sonrisa y saludando. En Gleenfield todo el mundo la apreciaba. La habían recibido con los brazos abiertos y le habían facilitado la vida todo lo posible. En cuanto se enteraron de que quería abrir una librería, varios vecinos la ayudaron a arreglar el local que había alquilado en la calle mayor. Era tan distinta la vida allí a la que había llevado en Friedman Valley que era como la noche al día. No tenía que preocuparse por los comentarios de la gente y la habían acogido tan bien que la invitaban a todas las celebraciones. En Friedman Valley no la habían invitado a ningún sitio en los diez meses que había estado allí. Eso le hizo recordar a Sean, que había renunciado a ir a bodas y bautizos para estar con ella esos fines de semana porque Ava no había sido invitada. Ella le había dicho que podía ir, pero él le había respondido que daba igual, que prefería estar a su lado porque durante la semana no estaban juntos. Qué estúpida había sido. No quería enfrentarse al pueblo para estar con ella. Solo iban al bar del pueblo de vez en cuando con Barry, Carla y las demás. Tomaban unas cervezas, bailaban un rato y volvían a casa. Ahora se daba cuenta de que si todo hubiera sido perfecto, tenía que haber salido de él decir que ella iría a esas celebraciones como su acompañante y que le importaba una mierda lo que dijera nadie.

Suspirando se volvió porque estaba harta de darle vueltas a lo mismo. Fue hasta la caja y sacó los billetes dejando las monedas. No había sido un mal día. Aunque no ganaba el dinero al que estaba acostumbrada en la revista, le daba para vivir cómodamente sin tocar sus ahorros. Una patada en el vientre le hizo recordar que tenía que llamar a su abogado para dejar las cosas en orden. Nunca se sabía lo que podía pasar y no quería que la niña quedara desamparada. Tenía un padre y quería que el abogado se pusiera en contacto con él en caso de fallecimiento.

Cogió su bolso metiendo el dinero en la cartera y decidió ir a hacer la compra pues al día siguiente puede que no le diera tiempo. Al salir a la acera sonrió a Cris, una chica de dieciséis años que era una adicta a la lectura. —Ni hablar. No voy a abrir de nuevo —dijo dando la vuelta la llave haciendo que la chica gruñera.

Ava se echó a reír y la cogió del brazo. —¿No deberías salir por ahí con tus amigos?

—Ahora todas tienen novio. Es un rollo.

—Pues búscate un novio también.

—El que me gusta no me hace caso. ¿Seguro que no puedes abrir para que coja algo rápido?

—Seguro. Porque vas a salir a comer una hamburguesa y a disfrutar de tu juventud. ¿Me oyes?

—¡Ava, no fastidies!

—Hablo en serio. ¡O sales hoy con tus amigas o no te vendo un libro más!

La chica la miró con los ojos como platos. —¡Pareces mi madre!

—Mira, así voy practicando. Ahora a casa a ponerte guapa. —Cris no se movió. —¡Venga!

—Vaaaale. ¿Mañana abres?

—¡Cris!

La chica sonrió guiñándole un ojo y Ava viéndola correr en sentido contrario suspiró recordando lo feliz que era ella a esa edad, justo antes de que se jodiera todo.

Entró en la tienda y la señora Smith le sonrió. —Vaya, te has cortado el cabello.

Ella llevó la mano a la nuca haciendo una mueca. Acostumbrada como estaba al pelo largo, todavía no se hacía a la idea de tenerlo cortado a la altura de la barbilla. —Una locura que me ha dado.

—Así estarás más fresca cuando nazca la niña. Te ha llegado el helado de tu marca.

—¿De menta? —Chilló de alegría corriendo hacia la sección de los helados mientras la mujer se reía.

Abrió la puerta de la nevera y se volvió sonriendo radiante para ver a Carla con una bolsa de patatas fritas en la mano mirándola con los ojos como platos como si no se lo pudiera creer. —¡Ava!

Dejó caer el bote del helado al suelo palideciendo. —¡Ava, eres tú! — Miró su vientre alucinando antes de subir sus ojos de nuevo hasta su cara.

—Hola.

—¿Hola? ¡La madre que te parió! ¿Cómo que hola?

—Ava, ¿ocurre algo? —preguntó la señora Smith preocupada.

—No, no ocurre nada. Es una conocida.

—¡Pensaba que éramos amigas!

—¿Amigas? —Carla tuvo la decencia de sonrojarse. —Las amigas no se comportan como tú.

—¿Te está molestando? —La mujer se acercó a Carla quitándose las gafas y dejándolas caer sobre su pecho sujetas por su cadenita dorada. —Oiga, no moleste. Compre si quiere y sino váyase.

—¡No se meta en esto! —Carla la miró a los ojos. —No sabía qué hacer. La señora Rogers estaba de los nervios y era lógico, ¿no crees? No quería alterarla más.

—Y me disteis la espalda. Todos. —Sonrió con burla. —Amigos. Menuda broma. —Se agachó a recoger el helado.

—Si lo dices por Sean... la señora Rogers fue su profesora cuando él perdió a su padre y fue un gran consuelo.

—¡Es una timadora como su marido! ¿Crees que no sabía lo que él hacía? ¡Se aprovecharon de lo que había ocurrido para sacarme el dinero y nadie les reprochó nada! —Furiosa le dio la espalda. —Y sobre lo de Sean no pienso contarte nada porque no es asunto tuyo.

Su antigua amiga la miró preocupada al ver lo afectada que estaba.

—Oiga o se va o llamo al sheriff. ¡Aquí protegemos a los nuestros!

—¿Por qué te has mudado aquí? —preguntó Carla sin hacerle caso.

—Quería vivir tranquila y aquí soy feliz. —Cogió un paquete de harina sin mirarla.

La señora Smith asintió cruzándose de brazos. —Señorita, váyase. Nuestra Ava aquí es feliz. ¿No lo ha oído?

—Sean...

—¡No quiero hablar de Sean! —gritó muy nerviosa.

—¡Se acabó! ¡La está alterando y está embarazada! —La cogió por el brazo tirando de ella hasta la puerta.

—¡Oiga! ¡No me toque!

—¡Largo de mi tienda! —Le cogió la bolsa de patatas fritas y la dejó sobre el mostrador antes de abrir la puerta y empujarla a la calle. —¡Largo!

Avergonzada cogió varias cosas sin mirar yendo hacia el mostrador y susurró —Gracias.

—No me des las gracias, niña. Es obvio que eres una buena persona y que te han hecho daño. Aquí te haremos feliz, ya verás.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mordiéndose el labio inferior. — También quiero caramelos.

La mujer sonrió cogiendo el enorme bote de cristal con sus favoritos. Metió un montón en una bolsa de papel. —A estos invita la casa.

Una lágrima cayó por su mejilla abrumada por su amabilidad. — ¿Mañana irás a la barbacoa? —preguntó la mujer haciendo que no se daba cuenta de que estaba llorando—. Lo pasaremos muy bien.

—Sí, me han invitado.

—Estupendo. Llevaré mi tarta de nuez. Te vas a chupar los dedos y esa niña saldrá para que le sirva un buen trozo.

Sin poder evitarlo se echó a reír. —Todavía queda un mes.

—Por mi tarta se adelantará.

—Espero que no porque todavía no me he decidido en la cuna y...

Carla entró de nuevo en la tienda dejándola de piedra. —¡Que sepas que esto no me lo voy a callar! ¡Te lo digo porque puede que en un año o en diez años me digas que te he traicionado de nuevo! —Se acercó al mostrador y cogió la bolsa de patatas dejando diez pavos en el mostrador mirándola a los ojos. —¡Te veo en Friedman Valley!

—¡No pienso volver! —le gritó a la cara.

—¡Eso díselo a Sean!

Palideció al escucharla y la señora Smith siseó —Ahora sí que te vas a largar, ya verás. —Sacó el pistolón que tenía bajo el mostrador y Carla chilló antes de salir corriendo.

Asombrada miró a la señora Smith. —¿Sabe usar eso?

—Claro, soy de Texas.

El día siguiente por la mañana estaba en la tienda buscando por internet una cuna que le gustara, cuando vio una sombra pasando ante su tienda. Miró hacia allí sobresaltada porque había pasado una noche horrible pensando que Sean se presentaría allí y suspiró del alivio al ver al sheriff, que guiñándole un ojo la saludó llevándose la mano al sombrero. Ava saludó con la mano sonriendo y cuando pasó de largo siguió mirando la página leyendo la hora en la pantalla del ordenador para que no se le hiciera tarde. Todavía tenía más de una hora. No quería llegar tarde a la barbacoa. La niña le dio una patada y se acarició el costado susurrando —¡Alba, me acabo de comer un bocadillo de queso! ¡Ya está bien, que me vas a dejar un pandero que no voy a entrar por la puerta!

Exasperada abrió el cajón de su escritorio y sacó una chocolatina. Abrió el envoltorio mirando la pantalla y le dio un mordisco siseando — ¿Tres mil pavos? ¿Por una cuna? Hay que estar locos. —Cerró la pantalla del ordenador y suspiró disfrutando del chocolate cuando vio que alguien se acercaba a su escaparate. Dando otro mordisco miró hacia allí para ver a Sean con las manos pegadas al cristal para ver en el interior de la librería mirándola atónito. Gimió encogiéndose en su sillón, llevando hacia atrás la silla hasta la sombra que proporcionaba una estantería.

—¡Ava! —Furioso fue hasta la puerta y tiró con fuerza, pero afortunadamente había cerrado con llave. La campanilla vibró una y otra vez mientras él tiraba sin darse por vencido, cuando el sheriff apareció de repente saltando sobre él y tirando a Sean al suelo.

Ava abrió la boca alucinada y se levantó de la silla para ver al ayudante del sheriff tirándose también sobre ellos. —¿Qué coño hacen? —gritó Sean mientras intentaba zafarse—. ¿Están locos? ¡Vengo a ver a mi mujer!

—Tu mujer, ¿eh? Yo creo que intentabas robar —dijo el ayudante del sheriff sacando las esposas—. ¿Usted que cree, jefe?

—Está mintiendo claramente porque la señorita es soltera. Lo sé de buena tinta. Así que debía querer robar. Eso está claro.

Sean le miró con odio. —¿Lo sabe de buena tinta? ¡Ava! ¡Ven a decirle

a este idiota que me conoces! —Le levantaron esposado por la espalda y él la miró a través del cristal—¡Nena, di que me conoces!

¿Que le conocía? No le conocía de nada. Pensaba que sí y le había decepcionado continuamente. Ella lo había dado todo por esa relación y él la había traicionado. Miró al sheriff y negó con la cabeza haciéndole sonreír. —Vas a conocer la comisaría. Seguro que estarás muy cómodo hasta el lunes que el juez te reciba.

—¡Ava! ¡Tengo que hablar contigo, nena! —gritó mientras le empujaban hacia el coche patrulla. —¡Metí la pata! ¡Lo siento! —Ava apretó los labios intentando reprimir las lágrimas. —¡Dijiste que me lo perdonarías todo!

—¡Pues esto no te lo perdona! —gritó el sheriff—. ¡Entra de una vez en el coche!

Estuvo a punto de dar un paso hacia la puerta, pero se vio a sí misma dentro de su coche mientras él le daba la espalda para volver a la Iglesia. Sintió lo mismo que en aquel momento y eso la detuvo de cometer otro error. Vio cómo conseguían meterle en el coche mientras seguía gritando. Se quedó allí de pie mucho tiempo incluso después que el coche hubiera desaparecido. No entendía que hacía allí y cuando sintió una patada en su vientre miró hacia abajo. Sonrió con tristeza acariciando su vientre. —No te preocupes. Tú vas a tener una relación normal con tu padre. Ahora tengo que soportar verle.

Más tranquila porque sabía que estaba arrestado, fue a la barbacoa y se puso morada charlando con todos los vecinos. Estaba integrada totalmente y cuando sacaron la tarta se echó a reír al ver que al lado salía otra hecha de pañales que le regalaron a ella. Y no solo eso, también le regalaron un enorme biberón lleno de accesorios de higiene para su hija. Fue un detalle precioso y se emocionó.

Esa noche totalmente saciada después de comerse el enorme trozo de tarta de nuez que le había dado la señora Smith para que se lo llevara a casa, cruzó los tobillos sobre la mesa de centro cambiando de canal. Llamaron a la puerta y se tensó mirando hacia el hall. Bajó las piernas mirando su camiseta de Mickey Mouse. —¿Quién es?

—Ava, ¿puedes salir un momento? Tenemos un problema.

Al escuchar la voz del sheriff se levantó a toda prisa para abrir la puerta de inmediato. Parpadeó asombrada al ver allí al sheriff y a su ayudante. — ¿Qué ocurre?

—Se ha escapado.

—¿Perdón?

—Sean Friedman se ha escapado de la comisaría.

—¿Cómo ha podido pasar eso? —Miró al ayudante, que se sonrojó intensamente.

—Un error cuando fue al baño. Me olvidé de que le había llevado al baño por una llamada.

—¡Una llamada de su novia! ¡Y ahora no sabemos dónde está! Y no sé si debo ponerle en busca y captura porque puede que haya vuelto a su pueblo... —Entrecerró los ojos. —Lo que tú digas. Tú mandas. Le enchirono o no. Lo dejo a tu elección.

Ava se mordió el labio inferior. No le podía hacer eso al padre de su hija. Si fuera al Sean el capullo que la había traicionado sí, pero al padre de su hija no. —No se preocupen. Seguro que ha vuelto a su pueblo y no vuelve por aquí.

—Lo dudo. —El sheriff llevó la mano al sombrero en despedida. —Si necesitas algo, llama de inmediato.

—Gracias. —Sonrió con dulzura al sheriff. —Lo agradezco de verdad.

—Lo sé. Vamos inútil.

El ayudante del sheriff se sonrojó más aún. —Lo siento.

—No pasa nada y saluda a Lori de mi parte.

Les vio subir al coche y suspiró cerrando la puerta con llave. Escuchó como el coche se alejaba y se volvió viendo a Sean al lado de la escalera. No estaba enfadado simplemente parecía preocupado y Ava susurró —No deberías estar aquí. Te volverán a detener si te ven por el pueblo.

Él la miró de arriba abajo—Me da igual. Estás preciosa, nena.

Cerró los ojos porque esas palabras le revolviaron el estómago y cuando los abrió en sus ojos se reflejaba una profunda frialdad. —Mi abogado te iba a llamar en cuanto diera a luz. Ya nos pondremos en contacto

entonces para regular las visitas.

—¿Por eso estás viviendo a treinta kilómetros de casa? ¿Para que tenga relación con el bebé?

—No voy a hablar contigo de otra cosa que no sea la niña y mis razones para vivir aquí no te incumben.

—Es una niña.

Ella asintió. —Ahora quiero que te vayas.

—No me voy a ir.

—Claro que sí, porque sino llamaré al sheriff. Apuesto que está todavía por aquí.

—¿No vas a dejar que me explique? —Tenso dio un paso hacia ella.

—No me interesa nada de lo que me digas, sólo quiero que te vayas. — Se volvió para abrir el pestillo y Sean se pegó a su espalda sujetando su muñeca. Ella cerró los ojos odiando lo que sentía cuando la tocaba.

—Te hice daño y lo siento. Lo he vuelto a hacer y no sé cómo he podido ser tan estúpido. Tenía que haberte apoyado, tenía que haberles gritado a todos que eres mi mujer y que les partiría la cara si hablaban mal de ti. Tenía que haberte defendido ante la señora Rogers, pero sólo pensé en lo que sentía esa mujer antes de lo que sentías tú.

—Suéltame.

—Escúchame por favor...

—¡No! —gritó sorprendiéndole y apartándose dolida para mirarle con rencor—. ¡Que te escuche! Sólo quiero que te largues de mi casa.

—¡Metí la pata! —dijo frustrado viendo como sus ojos se llenaban de lágrimas—. Lo siento, cielo.

—¡Lo sientes! —gritó desgarrada—. ¡Renuncie a todo por ti! ¡Por el bebé que íbamos a tener y la vida que me prometiste! ¡Y me diste la espalda! —Sean palideció por su dolor. —Jamás te lo perdonaré. ¡Me mentiste desde el principio! ¡Nunca seré lo primero en tu vida como tú lo has sido para mí! ¡Te odio por lo que me hiciste no una sino dos veces y jamás volveré a esa mierda de pueblo! ¡Si fuera por mí te querría fuera de mi vida, pero por la niña pondré buena cara en las visitas y en los cumpleaños! ¡Eso si te importa

algo, claro! Sino desaparece de una puta vez. ¡Te aseguro que no te necesitamos!

—Ava, no te alteres. Estás embarazada y ...

—¡Sé que estoy embarazada! ¡Y no tiene que preocuparte mi salud porque yo te importo una mierda!

—No es cierto. Te juro que...

—¡No me jures! —Le miró con desprecio. —Dije una vez que te perdonaría todo porque te quería y no es cierto. ¡Porque ya te perdoné una vez y no soy un perro al que puedas apalea cuando te venga en gana! ¿No me queréis por allí? ¡Perfecto! ¡Aquí soy muy feliz! ¡Me tratan como a una persona, no como a la hija de la zorra de mi madre! —Dio un paso hacia él fuera de sí. —¿Y sabes una cosa? ¡Mis padres se amaban por encima de todo y no me extraña que se escaparan de ese puto pueblo para vivir en paz!

Respiró hondo sintiendo una liberación enorme. —He tenido que escuchar como insultaban a mi madre y a mí cuando tú no has hecho nada para evitarlo. ¿Qué clase de hombre eres tú si tanto me querías? —Le dio un bofetón sin poder retener la rabia que la recorría. —¡Te odio! —gritó histérica—Te odio y no puedo soportar ni verte. ¡Por eso quemé esa maldita casa, porque jamás podría entrar de nuevo sin sentir el dolor de tu traición!

Sean la vio allí de pie descompuesta de dolor y no sabía qué decir. Creía que la había perdido una vez y le había costado muchísimo que le diera otra oportunidad. Ahora sabía que la había perdido.

Ella se volvió porque no quería que la viera llorar y Sean salió de la casa sin decir una sola palabra. Ava corrió hacia la puerta y la cerró tras él deseando que no volviera nunca más.

Capítulo 9

Sean aparcó ante la casa de Ava y se bajó del coche sonriendo al verla esperando en el porche con su preciosa hija en brazos. Le estaba leyendo un cuento y al verle perdió la sonrisa que tenía y cerró el libro. Sean carraspeó abriendo la valla blanca y caminando hasta ella. Ava bajó los escalones y sin mirarle a los ojos le preguntó —¿Te has acordado de la silla de la niña?

—Hola, Ava.

—¿Te has acordado?

—Sí, me he acordado.

Le puso a la niña en brazos y cogió la bolsa que tenía tras ella en el porche tendiéndosela. —Te veo el domingo a las cinco. Adiós.

—Ava... —dijo cuando iba hacia la puerta de su casa—. Me preguntaba si querías ir a... —Ella entró en su casa dando un portazo. Sean dejó caer los hombros antes de mirar a su preciosa hija, que en sus brazos se miraba las manitas como si fueran todo un descubrimiento. Era preciosa con sus grandes ojos azules muy abiertos y su pelito negro. —Vamos a pasarlo estupendamente este fin de semana, ¿verdad Alba? Claro que sí. —Se volvió para caminar hacia el coche cuando otro coche se detuvo tras el suyo. Frunció el ceño al ver que era un Mercedes y no se veían muchos de esos por allí.

Cuando Greg se bajó del coche con una sonrisa en la cara no se lo podía creer. —¡Pero si estás aquí! Creía que no te vería —dijo el tío como si nada acercándose.

Sean entrecerró los ojos. —¿Qué coño haces tú aquí?

—¿No te lo ha dicho Ava? Nos vamos este fin de semana. —Se acercó a él y miró a la niña antes de darle un beso en la frente. —Nuestra pequeña

Alba está cada día más preciosa. Bueno, tío. Nos vemos. Pasarlo bien.

Fue hasta el porche a paso ligero antes de entrar en casa de Ava sin llamar siquiera gritando —Estoy aquíiii. Preciosa, ¿estás lista?

Sean se quedó allí de pie sin poder reaccionar y la niña gorgoteó haciendo que la mirara. —¿Cómo que se van de fin de semana? —A toda prisa metió a la niña en el coche asegurándose de que estuviera atado su cinturón de seguridad y buscó un mordedor en la bolsa antes de tirarla en el asiento trasero a su lado. Se subió al coche y encendió el motor mirando fijamente la casa. —Vamos a ver si mamá ha quedado de verdad con ese imbécil. —Encendió el motor y rodeó la manzana rápidamente para aparcar en la esquina donde veía perfectamente su coche. —Nuestra niña. Será gilipollas. —Miró a la niña por el espejo retrovisor. —No le digas a mamá que he dicho una palabrota que luego me echa la bronca. Más aún. —La niña hizo una pedorreta llenándose la barbilla de saliva. —Sí, lo de los tacos es lo de menos. —Miró al frente y se tensó apretando el volante al ver como se acercaban al coche y Greg llevaba una bolsa en la mano mientras hablaban muy distendidamente. —Me cago en... ¿Y a ese si le ha perdonado? —Apretó los labios viéndola reír antes de entrar en el coche. Nunca había estado más guapa y encendió el motor frustrado y cabreado porque con él pudiera reír.

Les siguió a cierta distancia y Sean susurró —Van a entrar en la autopista. —Miró a su hija. —No pueden estar juntos. Él está en Nueva York, ¿no? Aunque igual está haciendo turismo por la zona y ella le acompaña. —Apretó el volante viendo como ella se acercaba a él y le besaba. —¡Turismo! ¡Ja! ¡Lo que quiere ese lo sé muy bien! —Miró por el retrovisor. —¡Y tú no lo catarás hasta los treinta! ¡Por lo menos!

Gruñó mirando al frente. —Ese mamón va a hacer que me salga una úlcera. —Vio que tomaban la desviación a Austin y susurró —A ver a dónde la lleva.

Les siguió por la ciudad y cuando se detuvieron ante un hotel de cinco estrellas Sean siseó —Se la va a camelar. —Se bajaron del coche y un botones cogió las maletas. Greg la cogió de la cintura para entrar en el hotel. —Menos mal que nos tiene a nosotros para que no meta la pata.

Salió del coche cogiendo a la niña y la bolsa. Fue hasta el hotel y se escondió disimulando detrás de una columna de mármol para verles en la

recepción. Fue un auténtico alivio ver que a cada uno le daban una llave de plástico, pero puede que fueran dos llaves de una misma habitación. Tendría que asegurarse. En cuanto entraron en el ascensor miró los números y vio que se detenía en la cuarta planta. Con el bebé en brazos fue hasta la recepción y la chica que estaba detrás se acercó. —¿Puedo ayudarle en algo?

—Espero que sí. —Sonrió haciendo que la mujer suspirara. —Verá, la madre de mi hija debe estar en el hotel y necesito que se quede a la niña. Una urgencia médica.

—Oh, dígame su nombre.

—Ava Rawson.

—Precisamente acaba de llegar. ¿Quiere que la avise?

—Solo si está acompañada en la habitación, sino la subiré directamente. Tengo algo de prisa, ¿entiende?

La chica asintió. —Habitación cuatrocientos veinte. Por cierto, dígale a la señorita Rawson que en el hotel disponemos de servicio de guardería.

—Estupendo. Así no me sentiré tan culpable.

Fue hasta el ascensor y cuando llegó al cuarto piso fue hasta la cuatrocientos veinte. Llamó a la puerta con ganas de destrozarla y escuchó pasos al otro lado. —¿Quién es?

—Soy yo.

La puerta se abrió de inmediato y Ava que no se daba cuenta que estaba en ropa interior le gritó —¿Qué coño haces aquí?

Él entró en la habitación antes de que le pegara con la puerta en las narices. —Tengo un problema —dijo dejándole la niña en brazos.

—¿Qué? —Miró a su hija que cogió su piececito y se lo intentaba meter en la boca. —Está bien.

—No, si ese no es mi problema —dijo mirando su precioso cuerpo cubierto de una lencería blanca que le hizo tragar saliva—. ¿Qué haces aquí?

Ava le fulminó con la mirada. —¡No, esa no es la pregunta! ¡Cómo sabías que estaba aquí!

Como no podía decir la verdad, lo mejor era mentir como un bellaco. —Por tu móvil.

—¿Mi móvil?

—Tengo una aplicación que me dice dónde están los contactos guardados en mi móvil. ¿Tú no la tienes? —Negó con la cabeza. —Tienes que ponerte al día.

—Bueno, ¿y qué pasa? ¡Te toca este fin de semana!

—Pues no podrá ser. Me acaban de llamar y tengo trabajo este fin de semana. Van a traer los nuevos toros y tengo que hacer los cercados.

—¡Yo también tengo trabajo!

—¿Ah, sí?

Ella entrecerró los ojos. —Me estás mintiendo, ¿verdad? Has venido porque te encontraste con Greg cuando llegó.

—No sé qué pasa aquí, pero no me gusta. Y a Alba tampoco. ¡Noto que no le cae bien!

—¡Y yo noto que eres idiota! —Se acercó para darle la niña, pero él dio un paso atrás. —Coge a la niña, Sean. Antes de que me cabrees más.

—¿Sabes? ¡Que me da igual que te cabrees! ¡Llevas cabreada siete meses! ¡Eso sin contar el embarazo!

—¿Ves cómo eres idiota? ¡Solo un idiota diría algo así! ¡Coge a la niña! —Él levantó las manos divertido. —¡Sean, tengo una entrevista de trabajo muy importante dentro de una hora!

—¡No te vas a ir de nuevo! Así que mejor. —Se cruzó de brazos y exasperada fue hasta la cama dejando a la niña encima para ponerse un vestido blanco de tirantes tan entallado que parecía una segunda piel. Sean la devoró con la mirada y se acercó para subirle la cremallera, pero ella se apartó a toda prisa. —Eres muy cabezota.

—¿No quieres a la niña este fin de semana? Pues llamaré a la guardería. Tú a mí no me fastidias el trabajo. —Descolgó el teléfono de la mesilla de noche y él se acercó arrebatiéndole el auricular. Al colgar el teléfono se hundió en el medio y ella se le quedó mirando asombrada. — ¡Serás bruto!

—Es que parece de juguete. ¡Seguro que no es americano!

La niña se puso a llorar y Ava se acercó a ella frunciendo la nariz. —

Hay que cambiarla.

Él levantó una ceja y con ganas de matarle fue hasta la bolsa colocándola al lado de la niña. —No me lo puedo creer —siseó empezando a abrirle los corchetes del pantaloncito corto que llevaba. —¿No tenías que irte?

—Esperaré hasta que me asegure de que la niña está bien cuidada, si no te importa. —Se puso tras ella y Ava gruñó quitándole el pañal a la niña. —¿Puedes tirar esto o crees que será demasiado esfuerzo?

—El sarcasmo no te va. —Cogió el pañal y miró el vestido.

Ava frunció el ceño al sentir algo en la espalda y le miró sobre su hombro. Él tenía una mueca mirando su espalda y no tenía el pañal en la mano. —¡No!

—¡Se me ha resbalado!

Se incorporó llevándose la mano a la espalda y chilló al tocar el pañal abierto cerca de su cadera. Corrió hasta el espejo quitandoselo para ver la enorme mancha que había dejado en su vestido blanco. Y el olor era horrible. Ahora tendría que ducharse de nuevo.

—¡Eres idiota! ¡No tengo otro vestido para la reunión!

—Seguro que tienes otra cosa. —Siguió limpiándole el culito a la niña que soltó una risita. —Mamá está muy gruñona. —Con eficiencia empezó a ponerle el pañal mirándola de reojo. Estaba roja de rabia. —¿No tenías prisa? Deberías pensar en que te vas a poner, ¿verdad? Además, no hueles muy bien.

—Te mataría. Lenta y dolorosamente.

Miró a la niña cerrando los corchetes. —¿Cómo está mi niña bonita? —Alba soltó un chillido de alegría alargando las manitas y Sean se las cogió besándoselas. Ava sintió un vuelco en el estómago al ver la conexión que tenían y lo que podrían haber tenido regresó con fuerza a su memoria. Reprimiendo el dolor fue hasta el baño y cerró la puerta.

Se quitó el vestido y lo metió en agua en el lavabo. Se quitó la ropa interior a toda prisa. Iba a llegar tarde y todavía no sabía qué iba a hacer con la niña. Se metió en la ducha enjabonándose rápidamente y cuando se volvió se encontró a Sean observándola desde el lavabo. La miró de tal manera que

su corazón saltó en su pecho y cuando se miraron a los ojos vio la determinación en su mirada. Se quitó la camiseta mostrando su musculoso pecho y ella dio un paso atrás con la boca seca sin poder dejar de mirar el vello que recorría su vientre hacia los vaqueros. Sean los abrió mostrando que no llevaba nada debajo y cuando le mostró su sexo, tembló de necesidad sin darse cuenta. Se metió en la ducha y ella iba a negar con la cabeza cuando Sean la cogió por la nuca pegándola a su cuerpo antes de atrapar sus labios con ansiedad. Ava no fue capaz de pensar en nada que no fuera en sentirle dentro y rodeó su cuello con sus brazos respondiéndole ansiosa. La cogió por la cintura elevándola y pegándola contra el mármol de la pared. Ella rodeó sus caderas con sus piernas. Se miraron a los ojos y gimoteó de ansiedad al sentir como entraba en su interior muy lentamente. Sean cerró los ojos por el placer que le recorrió y sujetando sus glúteos, la apretó contra la pared entrando en ella más profundamente. Volver a sentirse completa la hizo estremecerse con fuerza y la necesidad aumentó. Se abrazó a su cuello con desesperación y Sean salió de ella antes de regresar con un fuerte movimiento de cadera que la hizo gritar de placer contra su cuello. Sean apoyó una mano en la pared antes de repetir el movimiento una y otra vez, hasta que Ava que no podía más arañó con fuerza su espalda antes de que Sean la enviara al paraíso, estremeciendo cada centímetro de su cuerpo entre sus brazos.

Cuando Ava volvió en sí abrazada por él, se tensó porque no se podía creer que hubiera sido tan estúpida. Sean se alejó para mirarla a los ojos, pero ella bajó la mirada avergonzada de sí misma. —Nena, mírame.

—Déjame en el suelo.

—No lo había planeado.

—¡Déjame en el suelo!

Él apretó los labios dejándola con cuidado sobre el suelo de pizarra y muy alterada salió de la ducha cogiendo la enorme toalla blanca y cubriéndose dándole la espalda. Se fue del baño apenas un segundo después. Sean cerró el grifo y salió tras ella. Se puso una toalla en las caderas y miró a la niña, que ahora estaba dormida rodeada de las almohadas que le había puesto. Se volvió hacia Ava, que muy nerviosa había abierto el armario intentando disimular.

—Nena...

—No quiero hablar de esto. Ha pasado y ya está.

—¡No, ya está no! ¡Todavía me quieres!

—No seas ridículo. Ha sido solo sexo.

Ava intentaba hacer como si no fuera importante y no iba a tolerarlo. Caminó hacia ella y la cogió por los brazos volviéndola. —¡No nos hagas esto!

—¿El qué? —preguntó con burla—. Hemos follado, ¿y qué? Miles de parejas lo hacen al día. Hoy será contigo y mañana con otro. Así es la vida.

Sean palideció. —¡Ni se te ocurra ensuciar lo que tenemos!

—Mucha química. Eso es lo que tenemos. Nada más.

—¡Yo te quiero! Y sé que tú me quieres también. —Desesperado intentó besarla, pero ella apartó la cara soltándose con fuerza. —Ava, sé que me quieres.

—No. Ya no siento nada por ti. Ha sido un momento de debilidad porque hace mucho tiempo que no tenía sexo y tú siempre has follado de miedo.

Sean dio un paso atrás como si le hubiera golpeado y Ava vio en sus ojos el dolor que habían provocado sus palabras. Él fue hasta el baño haciéndole sentirse una miserable y regresó ya vestido apenas un minuto después. —¿Sabes por qué estoy aquí? ¡Porque no soporto que puedas tener con otro lo que tenías conmigo! ¡Es cierto que te defraudé varias veces! Soy un cabrón por no apoyarte y sé que te hice daño, pero al menos yo he luchado por ti.

—¡Que has luchado por mí! ¡He sido yo la que lo dio todo en nuestra relación! ¡He sido yo la que pasé por alto tus insultos y manipulaciones para quedarte con mis tierras! ¡He sido yo la que ha tenido que tragar que tus amigos me llamaran zorra! ¿Qué hiciste tú por nuestra relación?

La miró a los ojos. —Olvidar la cara de mi padre cada vez que te veía o te tocaba e ignorar que le estaba traicionando al estar contigo.

—¡Pues ya no traicionarás más su memoria! ¡Como yo no traicionaré de mis padres al no responder a los insultos sobre mi familia! ¡Así que déjalo estar!

—Ni muerto. —Se acercó a la cama y cogió a la niña con delicadeza sin despertarla. —Puedes seguir gritando y discutiendo todo lo que quieras, pero eres mía y terminarás entrando en razón.

—¡Eso no va a pasar!

Sean se detuvo al ver el pánico en sus ojos, pero no podía ceder. Se acercó a ella y la cogió por la nuca besándola con fuerza antes de apartarse y ver las lágrimas en sus ojos. —No llores. Estamos sufriendo los dos y esto se ha terminado. Lo arreglaremos, te lo juro. Ahora me llevó a la niña a casa para que pienses que por mucho que te empeñes yo no me voy a dar por vencido. ¿Y sabes por qué? Porque no puedo vivir sin ti, Ava. Pienso en ti cada momento del día y te echo tanto de menos, que no me puedo creer que haya sido tan idiota como para dejar tus sentimientos a un lado y consolar a otra persona por lo que consideraba un deber y una obligación. Pero eso no va a volver a pasar. Tú y la niña seréis lo primero y te lo voy a demostrar. — La volvió a besar y se apartó para coger la bolsa de la niña antes de salir de la habitación.

Ava se quedó mirando la puerta varios segundos. Se limpió las mejillas con la mano entrecerrando los ojos. ¿Qué rayos acababa de pasar? Se preguntó horrorizada. ¡Se había acostado con él y desde hacía meses no soportaba ni verle! Una angustia la recorrió de arriba abajo y tuvo que sentarse en la cama. Pensando en lo que había sentido haciendo el amor con él, gimió tapándose la cara dejándose caer sobre el colchón y al quitar las manos vio el mordedor en forma de mariposa de Alba. Chilló levantándose de golpe mirando aquella cosa con los ojos como platos. No habían usado protección, pero no pasaba nada. No podía tener tan mala suerte. ¿O sí?

Al ver los zapatos tirados en el suelo, corrió hasta el armario y se iba a poner el vestido de flores que había llevado hasta allí cuando recordó que no tenía puesta la ropa interior. Corrió de un lado a otro de la habitación. Cuando se miró al espejo tenía los rizos húmedos. Como ya le habían crecido, decidió hacerse una cola alta de caballo porque no tenía tiempo para más. Llamaron a la puerta cuando se estaba pintando los labios de rojo y suspiró mirándose al espejo, pasándose las manos por su vientre plano. No estaba mal del todo. Gruñó al ver su vestido blanco de diseñador en el lavabo.

—Le han puesto en el universo para joderme la vida.

Fue hasta la puerta cogiendo el bolso y sonrió a Greg al otro lado, que levantó las cejas mirándola de arriba abajo. —Lo sé. No hace falta que me lo digas.

—Eras una de las editoras de moda más importantes de Nueva York. ¿Ha vuelto el estilo Laura Ashley y no me he enterado?

—Era la directora de una revista especializada en moda. No me fastidies. Me he ensuciado el vestido que iba a llevar y he improvisado.

—Ya he escuchado los gritos. —Se puso como un tomate y Greg se echó a reír. —Tenéis una relación explosiva.

—No tiene gracia. Nos ha seguido.

—Porque estaba celoso, ¿verdad? ¿Cuánto vas a dejar que sufra? — preguntó entrando en el ascensor.

—No quiero que sufra, quiero que pase página.

—¿Ah, pero tú has pasado página?

—Cierra el pico.

Greg rió apoyándose en el ascensor y cruzando los brazos la observó en silencio. Incómoda siseó —¿Qué?

—Le amas. ¿Qué estás haciendo? ¿No ha mostrado estar lo bastante arrepentido por algo que hizo sin pensar en dos minutos de vuestras vidas? ¿Crees que hubiera reaccionado así si hubiera sabido que ibas a ir al pueblo esa tarde? Por respeto a la viuda tenía que haberte subido al coche e irse contigo.

—¡Tenía que haberme defendido!

—Delante de todos para que supieras que te amaba.

—¡Exacto!

—¿Y la viuda? ¿Cómo iba a decirle a esa mujer que estaba hundida que cierre la boca cuando lo que quiere sacar es el dolor que tiene dentro y echarle la culpa a alguien? A veces el dolor te hace decir disparates. ¿No le has gritado a pleno pulmón hace unos minutos que no le querías y que no volverías con él?

Salió del ascensor dejándola con la palabra en la boca. —¡Es que no

quiero volver con él!

—Es interesante que no me hayas dicho que no le querías.

—¿Nos centramos en la reunión por favor?

—¡Encima que vengo a hacerte un favor! Al menos podrías escucharme. —La cogió por el brazo deteniéndola. —¿Sabes por qué te digo esto? Porque he visto durante meses como sufrías por no estar a su lado y desde que le dejaste no has sido feliz.

—Sí que he sido feliz. ¡Soy feliz con la vida que llevo y con mi niña!

—Serás cabezota. No puedes ser feliz rechazando continuamente al hombre que amas, ¿y sabes por qué lo haces? Porque tienes miedo a que te haga daño de nuevo, pero en esta vida el que no arriesga no gana. Yo por mi chica sería capaz de cualquier cosa.

—De eso ya me he dado cuenta —dijo con rencor sonrojándole.

—¿De qué serías tú capaz por él? Fuiste a aquel pueblo para huir de la humillación que te provoqué y le encontraste, exigiendo a un hombre que había perdido a su padre, quedándose huérfano, que te amara por encima de todo y de todos. Y lo hizo. Se olvidó del pasado y te demostró lo que te quería, pero en cuanto cometió otro error se lo echaste en cara destrozando todo lo que teníais. —Los ojos de Ava se llenaron de lágrimas. —Quieres que te dé la razón, pero no la tienes porque nadie es perfecto y tú tampoco lo eres al rechazar una y otra vez al hombre que amas y que te ama. Y que te quiere por encima de todo. Te lo digo yo, que le vi en Nueva York cuando fue a buscarte desesperado porque habías desaparecido y ni siquiera estaba seguro de que no estuvieras herida por el incendio de tu casa. ¿Quién está demostrando su amor? ¿El que no se da por vencido o tú que tiraste por la borda toda la felicidad que tenías a su lado por un tropiezo y que te largaste sin escuchar lo que tenía que decir? —Pálida se quedó mirando sus ojos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Greg suspiró y la abrazó con fuerza. —No te estoy recriminando tu actitud. Los dos cometisteis errores y mi falta de sinceridad hacia ti demuestra que soy un cobarde. Pero no quiero que dentro de unos años, cuando él tenga otra vida quizás con otra mujer que no ama como te ama a ti, te arrepientas de haber sido tan dura con él. Tenéis una hija preciosa que merece que lo intentéis de nuevo. —La besó en la mejilla y se apartó sonriendo.

Ava seguía en shock porque eran ciertas todas y cada una de las palabras que le había soltado. Recordó aquella vez que le había dicho a Sean que se lo perdonaría todo porque no era capaz de dejar de pensar en él. Sean unos segundos antes le había dicho lo mismo y había dicho la verdad, porque era cierto que la amaba y tenía que estar sufriendo mucho con esa situación. Le estaba demostrando una y otra vez que perdonaba cada mala palabra que salía de su boca cada vez que discutían. La culpa la invadió por lo injusta que estaba siendo. Él había cometido un error, pero ella había cometido cientos rechazándole una y otra vez.

—Venga, reponte que nos están esperando. —Greg sonrió viendo cómo se limpiaba las lágrimas y respiraba hondo.

—No te he dado las gracias por ayudarme.

—Te lo debía. Tú me echaste una mano cuando más lo necesitaba y esto es una tontería. —La cogió por la cintura y entraron en el comedor donde varias personas les esperaban sentados a una mesa. Se levantaron de inmediato en cuanto reconocieron a Greg y Ava forzó una sonrisa intentando relajarse mientras les presentaban.

—Bueno... —dijo Greg sentándose a su lado—. ¿Cuándo vais a publicar su libro?

Todos se echaron a reír y Ava se relajó.

Capítulo 10

Sentada en el sofá el domingo a las cinco de la tarde, se mordió el labio inferior muy nerviosa mientras se apretaba las manos compulsivamente.

Escuchó como el coche se detenía ante la casa y como una cobarde no salió a recibirles como siempre, sino que esperó hasta que Sean llamó a la puerta. Tomó aire levantándose y abrió la puerta para ver a Sean con la niña en brazos dormidita.

—Hola, nena.

—Hola. —Extendió los brazos sin ser capaz de mirarle a los ojos y cogió a la niña.

—¿Qué tal la reunión de trabajo? —preguntó dándole un beso en los labios sorprendiéndola y entrando en su casa como si le hubiera invitado.

Parpadeó estirando el cuello para ver que se sentaba en el sofá. Preocupada cerró la puerta y entró en el salón algo insegura porque no sabía cómo comportarse. Dejó a la niña en la cuna portátil que tenía en el salón y se volvió carraspeando cuando vio que él le miraba el trasero con descaró. Sean sonrió de oreja a oreja. —¿Te lo has pasado bien en Austin?

—Ha sido interesante.

—¿Y qué tal Greg? ¿También se lo ha pasado bien?

Lo preguntaba con segundas, pero no pensaba entrar al trapo. Se cruzó de brazos. —Pues sí. También se lo ha pasado muy bien.

—Veo que no vas a extenderte en esto. ¿No piensas contarme para qué era esa reunión de trabajo? ¿No irás a mudarte de nuevo?

—No. No voy a mudarme de nuevo.

Sean entrecerró los ojos y se levantó. —Nena, ¿estás incómoda?

—Mucho.

—¿Y eso? Si quieres pégame cuatro gritos, pero esta personalidad no me gusta.

Se sonrojó intensamente. —Solo intentaba mantener una conversación cordial.

—¿Ah sí? —Desconfiando dio un paso hacia ella. —¿Ahora quieres ser cordial conmigo? Después de nuestra última conversación, hubiera esperado que me sacaras de la casa por los pelos. —Ava se puso como un tomate. —Si quieres ser cordial conmigo, es que quieres mi colaboración por algo y la respuesta es no.

—¡No quiero tu colaboración!

—¡Si te vas a Nueva York otra vez, te juro que la monto!

—¡Ya te he dicho que no me voy a Nueva York!

—¿Seguro?

—Sí, seguro.

—¿Entonces qué quieres?

—¡No quiero nada! —gritó exasperada—. Bueno sí, que te largues.

—Esa es mi chica. —Sonrió de oreja a oreja. —¿No me ofreces una cerveza? Hace muchísimo calor.

Él mismo fue hasta la cocina y tomando aire le siguió. —Sean...

—No me digas que no tienes cerveza, nena. —Abrió la cerveza y la sacó satisfecho. —Estupendo.

—Sobre lo que pasó en Austin...

—No he dejado de pensar en ello. —La miró con deseo y Ava se puso aún más nerviosa porque no quería mezclar el sexo en esa conversación por mucho que su cuerpo lo pidiera a gritos. —Incluso me he masturbado recordándolo. —Ava sintió que se estremecía su vientre mirando sus ojos. —Dime, nena... ¿Te has tocado tú pensando en cómo te sentías mientras entraba en ti una y otra vez?

—No te has puesto nada y... —susurró sin aliento.

Él se acercó dejando la cerveza sobre la encimera. —Es que no fue premeditado. Pero si tenemos otro bebé, no es tan grave, ¿verdad? Además, me encanta sentirte. —Acarició su cuello bajando la mano por el escote de su camiseta y metiendo la mano dentro para acunar uno de sus pechos. —Esta vez haremos las cosas bien. —Apretó su pezón entre sus dedos haciéndola gemir. —Ya lo verás. —La besó en el cuello subiendo hasta el lóbulo de su oreja y mordisqueándolo. La conocía muy bien y sabía que eso la volvía loca, pero sorprendiéndola se apartó cogiendo la cerveza de nuevo. —No quiero que pienses que me quiero aprovechar de la química que tenemos. Así que lo tomaremos con calma.

—¿Qué?

Él sonrió bebiendo de la boquilla sin dejar de observarla. Cuando tragó atontada se le quedó mirando la nuez que subió al tragar. Dios, se moría porque la besara y separó los labios sin darse cuenta.

—He pensado en hacer unos cambios en el rancho y no sé si el fin de semana siguiente podré venir. Pero puedes ir tú. Me harías un favor.

Eso fue un jarro de agua fría. —¿Ir yo? Debes estar de broma.

—Es la feria de ganado y habrá una fiesta. Lo pasarás bien.

—No se me ha perdido nada en Friedman Valley.

—El padre de tu hija. Eso se te ha perdido. —Perdiendo la sonrisa dejó la cerveza sobre la encimera. —Tengo que irme. Te llamaré esta noche para saber cómo estáis.

Como todas las noches cuando la niña no estaba con él. La llamaba todos los días a las siete de la tarde para que le dijera que la niña estaba bien. Siempre intentaba hablar de otra cosa, pero ella siempre le decía que tenía que colgar. Otra razón para sentirse fatal por él. Sean se acercó y la besó en los labios suavemente antes de susurrar —Puede que me quieras lo más lejos posible de ti, pero eso no va a pasar. Hablamos esta noche.

—Sobre lo de Austin me he dado cuenta de que esta relación...

—Esta relación se va a arreglar. —La besó de nuevo de una manera tan tierna que su corazón lloró por él. —Te llamo luego. —Fue hasta la puerta. —Por cierto, la niña esta algo gruñona. Fátima dice que son los dientes.

Ella le siguió hasta la puerta. —¿Qué tal los toros?

Sean sonrió. —Los dos sabemos que era una excusa para saber qué hacías con Greg en Austin. Aunque todavía no me he enterado.

—Ya te enterarás. Sobre lo de...

—Nena, ¿quieres que me quede?

Parpadeó sonrojándose. —No, pero me gustaría hablar de ello.

—¿Para que me digas que no se va a volver a repetir? Ni hablar.

Y sin más salió de la casa. Frustrada le vio entrar en el coche. Mierda, aquello iba a ser realmente difícil y más si la tocaba, porque le hacía perder el hilo de lo que decía. Bufó cerrando la puerta y regresó a la cocina cogiendo lo que quedaba de su cerveza y bebiéndola de golpe. Le encantaría cogerse un buen pedo que la hiciera olvidarse de todo durante un rato. Su hija le recordó al ponerse a llorar, que no podía huir de su vida.

El jueves de esa semana paseaba a su hija que no se dormía por la habitación cuando sonó el teléfono. Agotada se sentó en la cama cogiendo el teléfono. —Tienes que venir.

—¿Qué ocurre?

—Alba no duerme de noche y llevó tres días sin dormir. Así que haz de padre y ven cagando leches.

—¿Qué tal si vienes tú? Nena, ya te había dicho que este fin de semana era imposible. Fátima te ayudará.

—¡No dijiste que era imposible! —gritó de los nervios sobresaltando a la niña que se echó a llorar.

Gimió levantándose de nuevo y acunándola. Tenía la espalda dolorida de cogerla en brazos continuamente y tanto tiempo sin dormir le estaba pasando factura. —Sean, hablo en serio.

—Te iré a recoger en una hora —dijo antes de colgar.

Cuarenta minutos después Sean entraba en la casa sin llamar y gritaba —¡Ya estoy aquí! —Subió los escalones y se la encontró sentada en la cama profundamente dormida con su hija en brazos. Y la muy pillina estaba jugando con un mechón de su pelo tirando de él, pero Ava no se enteraba.

Muy despacio fue hasta el armario y cogió la primera bolsa que encontró. Empezó a meter cosas y vio un vestido rojo que no le conocía. Hizo una mueca enrollándolo y metiéndolo en la bolsa con unos zapatos. Después de coger todo lo que podía necesitar y meterlo en el coche, cogió a la niña con cuidado susurrando —Pórtate bien. —Como si le entendiera no abrió la boca hasta llegar al coche y asegurarla en su sillita. Diez minutos después entraba en la autopista satisfecho mirando de reojo a su mujer, que dormida como un tronco no se había enterado de nada.

Ava se dio la vuelta en la cama suspirando y cuando su mano se posó sobre algo duro frunció el ceño. Palpó lo que parecía un pezón y abrió los ojos levantando la cabeza para ver a Sean a su lado sonriendo. —Buenos días, nena. ¿Cómo te encuentras ahora?

—¿Qué haces aquí? —Se sentó en la cama de golpe para ver la horrible decoración clásica y anticuada de su habitación en la casa Friedman. —¿Qué hago yo aquí?

—Ni te diste cuenta cuando te saqué de tu casa. Estabas agotada, nena. ¿Ahora estás mejor?

—¿Me has traído hasta aquí? ¿Y Alba?

—En su habitación. Ha estado algo inquieta, pero la acosté con nosotros un rato y mano de santo. Se quedó dormidita al instante.

¡Se había quedado dormida con la niña en brazos! Palideció por lo que podía haber pasado y Sean se sentó a su lado acariciándole la espalda. —Está bien.

—Ni me di cuenta de que me quedaba dormida.

—Puede pasarle a cualquiera. Me avisaste y sabías que iba para allí. Te relajaste y te quedaste dormida, no pasa nada.

—Sí que pasa. Se me podía haber caído o...

—No ha pasado nada. —La besó en la sien. —Ahora vas a desayunar y te encontrarás mejor. No hace falta que lo hagas tú todo. Yo estoy aquí.

Ava asintió mirándole a los ojos. —Tengo que regresar, la librería...

—La librería sobrevivirá cerrada tres días. Llama a alguien para que no se preocupen y ya está. Y te he traído ropa para que no tengas que preocuparte por eso tampoco.

—¿Me has traído ropa? ¿Y el móvil?

—Y el móvil. Incluso el bolso. —Hizo una mueca. —Se me ha olvidado el cargador, pero después de esa llamada no tendrás que preocuparte. Así desconectas unos días.

—¿Qué es lo que tienes que hacer para estar tan ocupado este fin de semana?

—Cosas del rancho. Ya sabes que se trabaja todos los días. —Ava frunció el ceño porque parecía que le ocultaba algo. —¿Nos duchamos juntos? —Se sonrojó intensamente haciéndole reír. —Pues iré yo primero. —Salió en calzoncillos de la cama y Ava se lo comió con los ojos más aun al ver su excitación. Provocándola se bajó los calzoncillos antes de entrar en el baño mostrándole aquella maravilla en todo su esplendor. Excitadísima se levantó y fue hasta la puerta del baño. Sean ni esperó a que el agua estuviera caliente para entrar y al ver como el agua corría por su espalda hasta llegar a su trasero se mordió el labio inferior. —Por cierto, ¿podrías ayudar a Fátima a empaquetar algunas cosas que vamos a guardar en el desván? Ha llegado la hora de meter esta casa en el siglo veintiuno.

—¿Vas a hacer cambios?

—Sí. Pero sobre todo voy a guardar los documentos menos importantes de mi padre. Llevan muchos años en el despacho ocupando sitio para nada. Voy a aprovechar para pintar algunas habitaciones.

—Claro que la ayudaré.

—Prometo que el domingo te llevaré a la feria a que te desquites con la tómbola.

Sonrió, pero al recordar que la bicicleta se había quemado en su ataque de rabia perdió la sonrisa. —No hace falta, me puedo quedar aquí.

—No tienes por qué esconderte. —Él cerró el grifo saliendo de la ducha. —Deberíamos avergonzarnos todos los demás por lo que ocurrió ese día.

—No quiero hablar de eso.

Iba a salir del baño, pero él la cogió por la muñeca. —Nena, sé que no me vas a creer, pero todos nos arrepentimos de cómo te tratamos ese día, sobre todo yo. Y la señora Rogers se ha ido del pueblo. Nadie se atreverá a decir nada que pueda ofenderte.

Asombrada dio un paso atrás. —Has hablado con ellos.

Él se tensó. —No sé qué quieres decir. Solo han tenido que ver a la niña para cambiar su actitud.

—¿Ella no es la nieta de mi madre? —preguntó irónica sin poder evitarlo.

—Ava...

—Da igual.

—No. ¡No da igual!

—Se ha acabado, ¿vale? No volveré a sacar ese tema.

La miró a los ojos. —¿No lo harás?

—Tenías razón. Tú has olvidado lo de tu padre y yo olvidaré todo lo demás por nuestro bien.

Sean sonrió. —Has dicho por nuestro bien. —La cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —¿Eso significa que estás dispuesta a darnos una oportunidad?

Asustada le miró a los ojos haciéndole perder la sonrisa. —Sólo quiero que no nos hagamos más daño.

La abrazó a él con fuerza. —Te dije una vez que no te fallaría y lo hice. No puedo prometerte que no te haga daño de nuevo, solo que si lo hago jamás sería a propósito, nena. Antes me arrancaría un brazo.

Ava sonrió. —Me abrazas mejor con dos.

Se miraron a los ojos antes de besarse con desesperación. Fue como si ambos se liberaran e hicieron el amor de manera apasionada hasta quedarse sin fuerzas. Tumbados uno al lado de otro con la respiración alterada se miraron. —Te quiero nena, nunca lo olvides. Ya sé que no me lo vas a decir a mí hasta que cumpla los cincuenta por lo menos, pero estoy dispuesto a esperar. Esta vez haremos las cosas bien. Ya verás.

—Pues para hacerlas bien no te has puesto la gomita. Otra vez.

Sean chasqueó la lengua haciéndola reír y la besó en el cuello provocando aún más su risa cuando le hizo cosquillas con la barbilla sin afeitar.

El reencuentro con Fátima fue algo tenso al principio, porque la mujer la miraba como si temiera decir o hacer algo que la hiciera salir espantada, pero la niña consiguió que ambas se relajaran al reclamar la atención. Cuando le dijo después de desayunar que la ayudaría con la tarea de guardar las cosas en cajas, se alegró mucho y empezaron a guardar todo lo que ella le decía en cajas de cartón. Estaba metiendo unos libros en la caja cuando vio que Fátima quitaba los cuadros del salón. —Al parecer va a ser un lavado de cara completo. ¿Va a cambiar los muebles?

—Algunos —dijo con pena acariciando un aparador antiquísimo—. Lo he pulido mil veces en estos años.

—No estás de acuerdo con esto, ¿verdad? Al fin y al cabo, también es tu casa.

Fátima sonrió con pena. —No me siento triste por eso. Pero todo lo que tiene esta casa me trae tantos recuerdos... Algunos muy dolorosos. Puede que sea lo mejor. Hay que crear recuerdos nuevos y olvidar las penas.

Se detuvo y arrodillada al lado de la caja la miró pensando en lo que acababa de decir. —Lo está haciendo por mí, ¿verdad?

—Tú eres el futuro y sabe que no te gusta todo esto. Quiere hacerte feliz y a mí me parece muy bien. Tú debes ser lo primero. Y la niña.

—Pero...

Fátima negó con la cabeza. —Por favor no le digas que te he dicho nada de esto. Quiere que sea una sorpresa. Siempre he sido una entrometida.

—No eres una entrometida. Es tu familia.

—Sí que lo es. Desde los dieciséis.

—¿Por qué no te has casado?

—Niña, sí que me he casado. —La miró sorprendida. —Pero mi esposo murió a los veinticuatro años cuando estaba reparando un depósito de agua.

Cayó diez metros hasta el suelo y se desnucó.

—Lo siento mucho —susurró impresionada.

—Fue el amor de mi vida. Lo único que siento es no haber tenido un hijo suyo. —La miró a los ojos. —Por eso dos personas que se quieren como os queréis vosotros, deben intentarlo una y otra vez hasta que funcione. Porque esos amores son nuestra razón para vivir.

—¿Por eso no te has vuelto a casar? ¿Porque no te has vuelto a sentir así?

—Nunca he podido olvidarle y nunca he conocido a otro hombre que me hiciera sentir lo mismo. —A Ava se le puso un nudo en la garganta pensando en Sean. —Pero puede que aparezca en cualquier momento.

—Espero que lo haga.

Fátima sonrió siguiendo con su trabajo. La cuna portátil donde estaba Alba se movió y distraída miró hacia allí para ver a través de la rejilla como su hija se ponía a cuatro patas. —Mira, mira.

La mujer se volvió para ver a la niña gatear hacia un mordedor verde. —¡Está gateando!

Emocionadas se acercaron a la cunita y ella levantó la cabeza babeando. —Oh, y papá se lo ha perdido...

La cogió en brazos besándola en la mejilla y Fátima las miró con ternura. —¿Ves? Recuerdos felices. Y estoy segura de que habrá miles tan buenos como este.

Cuando Sean llegó a casa, se tiró a él sonriendo y besándole por toda la cara. —Alba ha gateado.

—¡No! ¿Me lo he perdido?

—Lo siento. —Le besó suavemente en los labios.

Sean la cogió por los glúteos levantándola. —¿La has grabado?

—Me pilló desprevenida. Lo siento.

—Bueno, lo siguiente no me lo perderé.

—Llevaré la videocámara al cuello.

—Muy graciosa. —La besó en el cuello haciéndola reír antes de dejarla en el suelo y mirar a su alrededor. —Vaya, habéis trabajado mucho. Mañana habréis acabado.

—Sobre eso... —Lo cogió por la cintura. —Si lo haces por mí, no tienes que hacerlo. Son tus recuerdos y...

—Solo son unos arreglillos para darle otra cara. —Le dio una palmadita en el trasero. —Estoy hambriento.

—Fátima ha hecho una cena de reyes.

—Uhhh. Iré a ducharme.

—Déjalo, tienes hambre. Puedes bañarte después. —La miró maliciosa. —Hasta puede que me meta contigo.

—Esa oferta no se puede rechazar.

Sean estuvo muy ocupado todo el fin de semana, pero como le prometió la llevó a la feria. Varios se acercaron para saludarla amablemente y alabaron a su niña diciendo que era preciosa y cosas por el estilo. Ava vio a Carla con sus amigas en la tómbola y Sean la cogió por el brazo. —Vamos, nena. ¿A ver qué ganas ahora?

Cuando Carla la vio abrió los ojos como platos. —¡Estás aquí!

Se sonrojó cuando todas la miraron y varias se acercaron a saludarla. Carla se cruzó de brazos. —¿Te vas a quedar?

—No, no se va a quedar —dijo Sean advirtiéndola con la mirada—. No hemos hablado de lo que vamos a hacer en el futuro y ella tiene la librería en Gleenfield.

—¿Estoy siendo cotilla? —preguntó sorprendida mientras sus amigas retenían una risita.

—¡Carla! —gritó Barry acercándose con grandes zancadas—. ¿Qué haces aquí, mujer? Deberías estar en la cama.

Las risas les rodearon mientras Carla se sonrojaba intensamente. —¿Estás enferma? —preguntó Ava preocupada.

—¡Está embarazada!

—Barry tiene unas ideas algo equivocadas de lo que es un embarazo.

—¿Estáis juntos? —Asombrada dio un paso hacia ella. —¡Si no le soportabas!

—Es que siempre se ha hecho la dura —dijo Barry sonriendo malicioso metiendo los pulgares en su cinturón de cuero—. Está loca por mí.

—Capullo —siseó Carla.

—Nena, se casaron hace ocho meses. Cuando os encontrasteis estaban de luna de miel y habían hecho una parada en Gleenfield para repostar.

—Me pilló borracha —le dijo en confidencia—. Una mala noche y mira. Antes de darme cuenta estaba casada y me había hecho un bombo.

—¡Si ha pasado un año! —Barry exasperado la cogió por el brazo. —A la cama.

—Estoy bien. ¡Ya no tengo náuseas! Además, seguro que Ava va a jugar y quiero verlo... —Puso morritos abrazándole por la cintura y Barry se ablandó al instante.

Sean le susurró al oído —¿A que yo me resisto más?

—Sí, cariño. Es un blando. ¿Mis sobres? —Le guiñó un ojo a Carla haciéndola reír y los hombres las miraron con desconfianza antes de ir a comprar los sobres.

—Así que le has pillado. Ya me extrañaba a mí tanta resistencia —dijo divertida mientras su amiga cogía a la niña en brazos.

—Hablando de resistencia....

—Estamos en ello, ¿vale?

—Algo es algo. —Besó a la niña en la mejilla haciéndola reír.

Barry se volvió con los sobres en la mano. —¡Carla, no puedes coger pesos!

—Va a ser un embarazo larguísimo —respondió exasperada.

Sean la cogió por la cintura y le puso los sobres delante. Sus ojos brillaron arrebatándoselos. —¿Y qué quieres esta vez? ¿La bicicleta?

—La moto.

Ambos la miraron con horror, pero ella estaba ya distraída abriendo sobres. —¿Cómo que la moto? Es de Cross. —preguntó Sean forzando la sonrisa.

—Quiero el premio gordo.

—Las motos son peligrosas, nena. La bici la veo más de tu estilo.

—¡Un paquete de chicles! ¡Mierda!

Barry cogió a la niña de brazos de su esposa y susurró —No ha dicho un taco. Es una expresión.

—Va a ser muy pesado —siseó Carla abriendo los sobres. Chilló mostrando la tarjeta—. ¡La moto!

Barry la miró con horror y Sean se echó a reír a carcajadas del alivio. —¡La moto! —Besó a Barry en los labios antes de salir corriendo hacia la tómbola como si la fueran a robar en cualquier momento. Ava gimió mirando a Sean como si fuera el culpable de todo.

—¡Yo no he escogido los sobres!

—Excusas.

Barry se acercó. —Buena la habéis hecho. A ver cómo la convengo de que no puede subirse a ese chisme. —Le entregó la niña a Sean antes de correr hacia su mujer que ya estaba exigiendo su premio.

Se rieron un rato viendo como discutían mientras Barry estaba negociando que escogiera otro regalo. Cuando le sugirió la secadora casi se lo come. El pobre resignado arrastró la moto hasta la camioneta.

—El de la tómbola no vuelve. Siempre pierde un premio importante. —Miró los sobres que tenía aun en la mano. —Nena, ¿no los abres?

—Se ha quedado con mi premio. Ya no me hace gracia.

—Necesito una maquinilla de afeitarse nueva.

Eso la hizo mirar hacia la tómbola y revisar los regalos. Sus ojos brillaron cuando vio que estaba en la lista y empezó a abrir los sobres de nuevo. Desgraciadamente no salió el premio que buscaban, pero se llevaban varias chucherías y una escobilla de baño rosa. —Se la pondremos a la niña en su cuarto de baño más adelante —dijo divertido metiendo las cosas en el

coche.

Cuando arrancó el vehículo ella sonrió. —Me lo he pasado muy bien.

Sean la cogió de la mano besando su dorso sin dejar de mirar la carretera. —No sabes cómo me alegro, nena. Quiero que te sientas cómoda en el pueblo. Lo deseo muchísimo.

La llevó a casa y bañaron a la niña que estaba agotada. Cuando la dejaron dormidita en la habitación ella le cogió por la camiseta metiéndole en la habitación. —Ahora vamos a jugar tú y yo, vaquero.

—Vamos a mejorar esas lecciones de equitación —dijo con voz ronca excitándola al instante.

Capítulo 11

Durante dos meses todo fue tan perfecto que se planteó seriamente si mudarse a Friedman Valley, pero como él no decía nada no se atrevía a sugerirlo. Él iba a verla cada vez que tenía un hueco y dormía casi todas las noches en su casa. Pero era obvio que no podían seguir así, pues él tenía su explotación y su casa a treinta kilómetros. Debía estar allí por si surgía un problema y ella lo sabía.

Estaban sentados en el sofá abrazados viendo la tele y ella susurró — ¿Qué tal la casa?

Él se tensó. —¿La casa?

—¿Ya la has pintado y arreglado? ¿La has decorado? Si quieres te ayudo.

—Oh, eso está acabado.

—Ah...—Se mordió el interior de la mejilla porque no le había preguntado absolutamente nada sobre lo que a ella le gustaba. ¿No quería que se mudara a su casa? —¿Y cómo ha quedado?

—Quedan algunos detalles, pero yo creo que ha quedado muy bien. ¿Quieres ir a verla este fin de semana?

—Este fin de semana no puedo.

Él la apartó para mirarla. —¿Y eso? —Sonrió radiante antes de coger algo de la estantería y volverse para mostrárselo. —¿Tienes la presentación de una autora en la tienda?

—¡Es mío!

—¿Cómo que es tuyo? —Se levantó y le arrebató el libro para leer su

nombre en la portada. —¿Es tuyo?

—Sí. —Unió sus manos emocionada. —Me lo han publicado y la presentación se hace en mi tienda el sábado. ¿Vendrás, verdad?

Sean la abrazó besándola en la frente. —Claro que sí, cielo. Iré. ¿Cómo se te ocurrió la idea?

—En la tienda me di cuenta de que no había libros infantiles que hablaran del fallecimiento de los padres de manera que los niños pudieran comprender que después de un suceso así no debían sentirse desamparados. Quise escribir un cuento que les aliviara en un caso así, como te pasó a ti.

Sean le miró emocionado y se sentó en el sofá para empezar a leerlo. Tenía cuarenta páginas y cuando terminó la abrazó por los hombros pegándola a él. —Es muy bueno, nena. Me hubiera gustado haberlo leído en aquel momento.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De verdad te ha gustado?

—Es maravilloso. Y Fátima va a llorar como una niña cuando lo lea.

Soltó una risita. —¿Crees que se dará cuenta de que me he inspirado en ella?

Abrió el libro y le mostró el dibujo de una anciana con un vestido de flores sentada en la cama hablando con un niño. Ella hizo una mueca. —Sí, igual lo pillá.

—¿Los dibujos los has hecho tú?

—Sé que no son perfectos, pero es como si lo dibujara un niño, así que... Me alegra que te guste.

—¿Puedo invitar a quien quiera a la presentación del libro?

—¿Vas a invitar a Barry y a Carla?

—Sí.

—Puedes invitar a quien quieras.

El sábado estaba muy nerviosa, porque la editorial había invitado a un programa de televisión para que la entrevistara en directo para un programa

de la tarde. Pero sobre todo se empezó a poner nerviosa porque todo Gleenfield estaba allí una hora antes de la presentación para apoyarla. Disimulando lo histérica que se estaba poniendo porque Sean no había llegado, respondió a las preguntas de la periodista acostumbrada a hablar a los medios. Rodeada de niños que tenían su libro en las manos, salía espectacular en antena con su vestido blanco.

Supo exactamente cuando llegó Sean porque la gente empezó a protestar. Afortunadamente ya estaba despidiendo a la periodista en ese momento y salieron por la puerta de atrás a toda prisa porque tenían otra noticia que cubrir.

El sonido de la sirena del sheriff la hizo gemir antes de mirar a todos los que hacían cola. —¿Sería posible que dejarais pasar a mi novio y a mi hija?

Se pasaron su petición de uno a otro y cuando el rumor regresó, le dijo la que estaba la primera —Es que son un montón y nosotros hemos llegado antes.

Parpadeó sorprendida y levantó la mano. —Un minuto. Ahora vuelvo.

Salió al exterior por la puerta trasera y cuando rodeó la tienda se quedó con la boca abierta al ver allí a todo Friedman Valley, que unido a Gleenfield eran muchísimas personas. —Mierda, no voy a tener ejemplares para todos.

Corrió por la fila saludando a todo el mundo y suspiró aliviada al ver a Sean con la niña en brazos con cara de cabreo. Salió de la fila al verla. —¡No me dejan pasar! ¡Incluso me ha amenazado el sheriff! ¡Ben está intentando negociar!

—¡Hola chicos! —gritó saludando a los de Friedman que sonrieron saludándola—. Lo siento, pero tendréis que esperar, pero a mi Sean me lo llevo... y a Fátima.

—¡Eh, que estoy a aquí!

—¡Y a Carla y a Barry!

Cogió a la niña y besó a Sean que la cogió por la cintura. —Nena, estás preciosa.

—Tengo un problema gordísimo. ¡No tengo ejemplares para tantas personas! —dijo asustada.

Sean miró la cola donde más de quinientas personas esperaban pacientemente. —¿Y qué dice tu editora?

—No se lo he preguntado.

—¿No es ella la responsable de eso? No te preocupes. Tú disfruta de tu día.

Entraron en la tienda y su familia se puso a su lado en la mesa mientras Carla sacaba fotos a todo el que pillaba. Fátima sonreía orgullosa viéndola firmar los ejemplares a sus vecinos que no hacían más que elogiarla. Sean fue saludando a todo el mundo a medida que ella les iba presentando y cuando Barry llegó con dos tipos que dejaron tres cajas en el suelo miró a Sean emocionada. —¿Has sido tú?

—Un viaje a Austin y arreglado. Sabía que regresarían a tiempo.

—Te quiero.

La miró sorprendido. —¿Si no he cumplido los cincuenta!

Ava se echó a reír y le abrazó besándole en los labios, haciendo que sus vecinos aplaudieran.

De regreso a casa le miró con amor. —Lo siento.

—¿Qué sientes, preciosa?

—Haber sido tan dura contigo.

Él la miró cogiendo su mano. —Lo entendí. Y cuando vi la casa de tu abuela en llamas supe que te había hecho un daño irreparable.

—Seremos felices, ¿verdad?

—Eso espero. Yo pienso hacer todo lo posible.

—Lo mismo digo. —Al ver que no iba hacia su casa le miró sorprendida. —¿A dónde vamos?

—Esta noche tendremos una cena especial. Es tu noche.

—¿De verdad? ¿Con champán?

—Con champán.

—¿Con sábanas de seda?

—¿Sábanas de seda?

—¿No habías pensado en eso?

—Algo se me ocurrirá.

—Estoy segura que sí.

Al pasar por Friedman frunció el ceño. —¿Vamos a ese restaurante de las costillas?

—No, preciosa.

—Ah, vamos a dejar a la niña en casa.

—Está algo cansada. ¿No crees que es buena idea?

—Sí, tienes razón. —Se acercó a él y le besó en el lóbulo de la oreja. —Así que una noche tú y yo solos. —Acarició su pecho por encima de la camisa blanca que llevaba. —¿Te he dicho que hoy estás muy guapo?

Sean reprimió la risa. —Nena, eso después de la cena.

—Necesito un entrante. —Miró distraída al frente para ver la casa blanca de su abuela. Impresionada parpadeó porque debía estar viendo visiones y al mirar a su alrededor se dio cuenta que no era la finca de su abuela. ¡Era la finca Friedman!

—¡Sean! —gritó asustada—. ¿Qué...?

Sean sonrió. —Bienvenida a casa, mi amor.

Él aparcó ante la casa que estaba muy hermosa al anochecer y rodeó el coche para ayudarla a bajar cogiendo su mano. —Le he hecho algunas mejoras metiéndola en el siglo veintiuno, pero sigue teniendo la misma estructura exterior. ¿Te gusta?

Emocionada le miró a los ojos. —Pero tu casa...

—Esta es nuestra casa, nuestra historia y todo lo demás ha quedado atrás hace mucho tiempo. —Se arrodilló ante ella y sacó un anillo como por arte de magia haciéndola jadear de la impresión. —Ava, no creía en el amor hasta que te conocí y tú me has demostrado que el amor puede superar cualquier barrera. Dime que serás mi esposa y que llenaremos esa casa de niños tan preciosos como nuestra hija. Dime que me amas y que quieres unirte a mí hasta el día de mi muerte, perdonando mis errores.

Reprimiendo las lágrimas de emoción susurró —¿Perdonarás tú los míos como lo has hecho hasta ahora?

—Mi amor, te perdonaría cualquier cosa porque no puedo dejar de pensar en ti cada segundo del día.

Ava se agachó frente a él y abrazando su cuello le besó en los labios sin poder retener las lágrimas. —Te quiero, te quiero y sí que seré tu esposa hasta el día de mi muerte.

Él la abrazó por la cintura besándola apasionadamente y cuando se apartó susurró —Déjame ponerte el anillo.

Soltó una risita mostrando su mano y él se lo puso en el dedo que le temblaba ligeramente. En ese momento salieron de la casa un montón de personas y Ava se echó a reír cuando una banda de música se puso a tocar saliendo de detrás de la casa.

—Te dije que habría champán.

Ava se echó a reír mientras él la levantaba cogiéndola en brazos y todos se apartaron para que subiera los escalones y la metiera en casa. Ella abrazando su cuello le miró a los ojos. —No me dejarás plantada, ¿verdad?

—Para asegurarnos saldremos a la vez. ¿Qué te parece?

—Que te quiero y que con lo que te ha costado llegar hasta aquí, no llegarías tarde ni un segundo.

—Eso es cierto. Pero de todas maneras saldremos a la vez por si te arrepientes tú. —dijo haciéndola reír a carcajadas. La miró con amor y susurró —Te amo, nena.

—Y yo a ti. Para siempre.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Amor por destino” o “Diseña mi amor”. Próximamente publicará “Por orgullo” y “No te merezco”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de noventa para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.